
DUEÑO
DE MI
OSCURIDAD
FLORA SANCHETTI

DUEÑO DE MI OSCURIDAD

FLORA SANCHETTI

Copyright © 2025 **Flora Sanchetti**

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798289782762

A mi familia, por confirar en mí.



CAPÍTULO 1

No sé si es el cansancio o esa intuición que a veces aparece sin avisar, pero esta noche, algo en el aire del hospital me pone la piel de gallina y siento que debí quedarme en casa. Las luces de

urgencias titilan, y el reloj parece avanzar a paso de tortuga. Llevo dieciséis horas de guardia y, mientras termino un informe, solo puedo pensar en una ducha caliente y en mi cama.

Pero entonces, la puerta de urgencias se abre de golpe, rompiendo el silencio de la noche. Tres hombres entran apresurados. El más joven, que apenas parece mayor de edad, se tambalea; su camiseta está empapada en sangre y sus ojos buscan ayuda, aunque no pronuncia palabra. Los otros dos lo sujetan con fuerza por los brazos y solo basta una mirada a sus rostros para entenderlo: no quieren preguntas, no quieren miradas, solo esperan que haga mi trabajo.

Siento el miedo en el estómago, pero el instinto profesional me obliga a reaccionar.

—En la camilla, rápido —digo, intentando que mi voz suene segura, aunque por dentro tiemblo.

El herido gime de dolor y sus acompañantes lo depositan sobre la camilla sin delicadeza. El más alto me observa con una frialdad que me estremece, mientras el otro, de mandíbula marcada y ceño fruncido, se mantiene a su lado, como si estuviera listo para saltar si me acerco demasiado.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, aunque en el fondo sé que no me lo dirán.

—Disparo —responde el alto en forma de gruñido.

No hay tiempo para más. Me pongo los guantes y reviso la herida; la sangre no deja de brotar, pero el chico sigue consciente. Llamo a la enfermera, que me mira con los ojos muy abiertos, compartiendo mi preocupación. Nadie dice nada. Aquí todos sabemos cuándo es mejor callar.

Mientras trabajo, siento una mirada clavada en la nuca. Me giro un instante y ahí está: el tercero, el silencioso, de pie junto a la puerta. Es alto, moreno, y una cicatriz le cruza la ceja. No aparta los ojos de mí. Su postura, los brazos cruzados, me hacen sentir observada, como si cada uno de mis movimientos estuviera siendo evaluado.

La operación es complicada. El paciente entra en shock y por un momento temo perderlo. Insisto en que no puede ser trasladado, que necesita cuidados intensivos y vigilancia constante, pero los hombres no parecen comprender —o no quieren comprender— la gravedad de la situación. Aun así, no cedo.

Horas después, el paciente sigue vivo, aunque apenas. Cuando por fin puedo respirar, la enfermera se lleva al herido a una sala privada y me quedo sola con los tres hombres.

El de la cicatriz se acerca despacio, sus pasos resuenan en el pasillo y siento el corazón en la garganta.

—¿Puede sobrevivir? —pregunta, con voz calmada, pero hay una urgencia genuina en ella.

—Solo si permanece aquí, bajo supervisión médica. Necesita antibióticos, vigilancia, transfusiones. Si lo mueven, podría morir —respondo, sin apartar la mirada.

Él me observa en silencio, como si pesara cada palabra que digo.

—¿Eres la única que puede hacerlo?

—Esta noche, sí. No hay más cirujanos de guardia. Y si lo trasladan, no llegará vivo.

Tras un silencio tenso, el hombre asiente, como si hubiera tomado una decisión importante.

—No puede quedarse aquí —afirma—. Si lo encuentran, lo matarán.

—¿Quién? —pregunto, aunque ya imagino la respuesta.

—Gente peor que yo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. El hospital ha dejado de ser seguro.

—¿Qué piensas hacer?

No responde. Solo me observa, calculando. Y entonces lo entiendo: no va a pedir mi ayuda, la va a exigir.

El tiempo pasa y, cuando por fin termina mi turno, salgo hacia el vestuario convencida de que ya no hay nada qué temer, pero al llegar al aparcamiento, el miedo me golpea de lleno: dos hombres me esperan junto a mi coche y uno de ellos es el de la cicatriz.

No tengo tiempo de gritar. Una mano me cubre la boca, la otra me sujeta con fuerza. Todo se vuelve oscuro y, cuando abro los ojos, ya no estoy en el hospital. Estoy en el asiento trasero de un coche. Tengo las muñecas atadas y la cabeza apoyada en el cristal. Afuera, la ciudad pasa como una mancha borrosa. Dentro, el silencio es absoluto.

El hombre de la cicatriz va delante, hablando en voz baja por el móvil. No entiendo lo que dice, pero su tono es demasiado autoritario. El conductor ni siquiera me mira. Pierdo la noción del tiempo y, cuando el coche se detiene, me obligan a bajar. Camino a trompicones con las piernas entumecidas. Entramos en un edificio oscuro y subimos por una escalera angosta donde el aire huele a humedad.

Me encierran en una habitación pequeña, sin ventanas, con una cama estrecha y una manta vieja. Cuando la puerta se cierra de

golpe y escucho el clic de la cerradura, siento que todo lo que era seguro se desvanece.

Me dejo caer en la cama, temblando. No sé dónde estoy, ni por qué. Solo sé que el hombre de la cicatriz no va a dejarme marchar fácilmente.



CAPÍTULO 2

El tiempo se mide distinto cuando no tienes ventanas, ni reloj, ni la menor idea de dónde estás. No sé cuántas horas han pasado aquí dentro, pero la habitación sigue igual: fría, desnuda, con una cama que cruje a cada movimiento y una manta que apenas abriga. El silencio es tan denso que a veces me parece escuchar mis propios pensamientos rebotando en las paredes.

Me duele la cabeza y tengo la boca seca. No sé si es miedo, agotamiento o rabia; probablemente todo junto.

La puerta se abre de golpe y el sobresalto me pone el corazón a mil. Es él, el hombre de la cicatriz. Al principio no dice nada, solo me observa desde el umbral con sus ojos grises fijos en los míos, como si intentara leer lo que pienso. Lleva la misma ropa de anoche, pero ahora se le nota más cansado, y en sus manos trae un pequeño botiquín.

—Levántate —ordena, sin alzar la voz.

Obedezco, no porque quiera, sino porque no veo otra opción. Se aparta y me indica con un gesto que lo siga. Salimos al pasillo, tan estrecho y oscuro que casi tengo que rozarle el brazo para avanzar.

Me guía hasta otra puerta. Al abrirla, veo al hombre herido sobre una cama y por su parecido, deduzco que es su hermano. Tiene la piel pálida y el vendaje está empapado de sangre fresca. Al verme, apenas logra abrir los ojos; en ellos solo hay dolor y miedo.

—Haz lo que tengas que hacer —dice el de la cicatriz, con sequedad.

Me acerco y reviso la herida. Necesita antibióticos, cambiar el vendaje, controlar la fiebre. Trabajo en silencio, sintiendo la mirada de mi captor clavada en la espalda. Cada movimiento, cada suspiro, sé que él está ahí, observando, juzgando y decidiendo si confía en mí.

—¿Cómo está? —pregunta de pronto.

—Mal. Si no le traen medicinas y comida decente, no pasará de esta noche —respondo, sin rodeos.

Por un instante, veo algo distinto en su expresión. Una sombra de preocupación, un destello de humanidad, pero desaparece tan

rápido que no sé si lo he imaginado.

—¿Qué necesitas? —Su tono es duro, pero puede percibirse la urgencia detrás de sus palabras.

—Agua limpia, vendas, antibióticos, analgésicos... Y comida, de verdad.

Asiente y sale de la habitación, dejándome a solas con el herido. Aprovecho para hablarle en voz baja, intentando tranquilizarlo aunque no sé si me entiende. Le limpio la herida, cambio el vendaje, le tomo el pulso y hago lo que puedo con lo poco que tengo.

Al cabo de un rato, el de la cicatriz vuelve con una bolsa de plástico. Deja los medicamentos sobre la mesa y me mira, desafiante.

—No intentes nada raro —advierte—. Aquí nadie puede ayudarte.

No respondo. Prefiero no darle el gusto de verme asustada. Sigo trabajando, concentrada en el paciente, en su respiración, en el calor de su frente.

Cuando termino, me giro hacia él.

—Necesitaré verlo cada pocas horas. Si no, morirá.

Me mira en silencio y con los labios apretados. Finalmente asiente y me acompaña de vuelta a mi habitación. Antes de cerrar la puerta, se detiene.

—Si lo salvas, te dejaré ir —dice, más cansado que amenazante.

La puerta se cierra y el clic de la cerradura resuena en mis oídos mucho después de que él se haya ido.

Me tumbo en la cama, agotada. No sé si creerle. No sé si sobreviviré a esta noche, pero tengo claro algo: mientras ese chico

esté bajo mi cuidado, no pienso rendirme. Aunque eso signifique mirarle a los ojos y recordarle, una y otra vez, que no soy su prisionera, sino su única esperanza.

Ya no sé si afuera es de día o de noche. Aquí dentro, el tiempo se mide en visitas al herido, silencios largos y el eco de mis propios pensamientos. Cada vez que salgo de mi habitación, Luca, como creo que se llama—al menos así lo llaman sus hombres—, está cerca. A veces lo encuentro en el pasillo, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, observándome en silencio. Otras veces, escucho su voz grave dando órdenes en otra habitación. Nunca sé si me está vigilando o si simplemente no confía en nadie más.

El hermano de Luca empeora cada vez más y no muestra ninguna mejoría. La fiebre sube y la herida no deja de supurar. Paso horas a su lado, limpiando, cambiando vendajes, administrando medicinas… Siento la responsabilidad pesando sobre mis hombros; si él muere, ¿qué será de mí? Ni siquiera me atrevo a decirlo en voz alta.

La segunda noche, Luca entra mientras reviso el gotero improvisado.

—¿Va a sobrevivir? —pregunta, directo y sin rodeos.

—No lo sé —respondo, sin apartar la vista—. Necesito mejores condiciones. Esto no es un hospital. Si no me das lo que pido, no puedo prometerte nada.

Por un instante, siento su mirada quemándome la nuca. Finalmente, se acerca un paso más. Puedo oler su colonia, un aroma intenso y caro.

—¿Crees que no lo sé? —su voz suena casi como un gruñido—. Si pudiera, lo habría llevado a un hospital de verdad, pero si lo encuentran, lo matan.

Me giro para enfrentarlo y por primera vez, veo algo más allá de la frialdad: una sombra de desesperación, de culpa.

—No tienes que amenazarme —le digo, cansada—. Ya estoy aquí. Ya he visto lo que hay fuera de esta puerta, pero si quieres que viva, necesito ayuda. Y tú también.

Luca sostiene mi mirada por un segundo que se me hace eterno. Luego asiente, apretando los labios, y sale sin decir nada más.

Horas después, uno de sus hombres trae una bandeja con comida caliente y una botella de agua limpia. No me hablan, pero dejan la puerta abierta unos segundos más de lo habitual. Es poco, pero lo noto. Un cambio. Una grieta en la rutina de encierro.

Esa noche, cuando regreso a mi habitación, también encuentro una manta nueva doblada sobre la cama. Es gruesa, suave y huele a detergente. Me siento y la acaricio, preguntándome si es un gesto de compasión o de control.

No duermo. Repaso mentalmente cada conversación, cada mirada, cada gesto de Luca. Hay algo en él que me inquieta y me atrae a la vez. Un peligro latente, una tristeza que no se permite mostrar. No sé si me odia, si me necesita o si simplemente no sabe cómo tratarme. Lo único que tengo claro es que, en este lugar sin tiempo, la única certeza es la incertidumbre. Y, aunque no quiera admitirlo, me siento tan sola que empiezo a esperar el sonido de sus pasos al otro lado de la puerta. Debo estar volviéndome loca.



CAPÍTULO 3

La fiebre no baja. El hermano de Luca delira, suda y se agarra a las sábanas como si pudiera escapar de su propio cuerpo. Yo apenas descanso. Mis días se reducen a limpiar heridas, cambiar vendajes y contar las horas entre una dosis de antibióticos y la siguiente. El miedo a que muera es casi tan grande como el miedo a lo que me pueda pasar si eso ocurre.

A veces, cuando el silencio en la casa es absoluto, escucho pasos en el pasillo y sé que es Luca. No entra, pero sé que está ahí, vigilando, esperando, tal vez dudando. Me pregunto si alguna vez duerme.

La tercera noche, la fiebre sube tanto que temo perderlo. Me inclino sobre él y le hablo en voz baja mientras le limpio el sudor de la frente. Cuando abro la puerta para pedir ayuda, Luca ya está allí. Sus ojos grises me atraviesan, pero esta vez no hay la misma dureza que otras veces.

—Necesito hielo, toallas limpias, más agua —le pido, sin rodeos.

Él asiente. Da órdenes rápidas a uno de sus hombres, que desaparece por el pasillo. Luca se queda en el umbral, observando cada movimiento que hago. Siento su presencia como un peso, pero también como una extraña forma de apoyo.

—¿Cómo se llama? —pregunto, sin mirarlo.

—Matteo —responde, tras una pausa, como si no estuviera seguro de querer compartir ese detalle conmigo.

—Matteo va a salir de esta —digo, más para mí que para él.

Luca no responde. Se acerca a la cama y observa a su hermano con la mandíbula apretada. Por un momento, parece más joven, menos invulnerable. La coraza de jefe se resquebraja y deja ver algo parecido al miedo.

—¿Llevas muchos años trabajando como médico? —pregunta, con voz baja.

—Si no los llevase, tu hermano ya estaría muerto. Este caso requiere más experiencia de la que imaginas.

No sé por qué lo digo así, tan directo. Tal vez porque estoy cansada, tal vez porque necesito recordarle que, aunque esté encerrada, sigo siendo yo. Sigo siendo útil.

Él me mira, y veo una chispa de respeto en su mirada. O tal vez es solo agotamiento.

—¿Por qué estudiaste medicina? —insiste, como si necesitara saber quién soy de verdad.

—Porque alguien tiene que intentar arreglar el desastre que otros provocan —respondo, sin pensar demasiado.

Una sombra cruza su rostro. No sé si es culpa, ironía o simple cansancio, pero antes de que pueda decir algo más, uno de sus hombres regresa con todo lo que he pedido y me concentro en hacer lo que sé hacer.

Luca no se va. Se queda en la habitación, en silencio, observando. A veces me parece que quiere decir algo, pero se contiene. Cuando la fiebre por fin baja un poco y Matteo se duerme,

me dejo caer en la silla junto a la cama. Siento el cuerpo entumecido y los ojos ardiendo por la falta de sueño.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerme aquí? —pregunto, sin fuerzas para disimular el cansancio ni el miedo.

Luca se apoya en la pared con los brazos cruzados.

—Hasta que esté fuera de peligro. Después… —Deja la frase en el aire, como si no supiera cómo terminarla—. No puedo arriesgarme a que hables. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Y si prometo no decir nada? —indago, sabiendo que es inútil y suelta una risa breve, sin alegría.

—No confío en las promesas. Ni en las tuyas ni en las de nadie.

Me quedo callada. No hay nada más que decir. El silencio se instala entre nosotros y quiero odiarlo, pero hay algo en su mirada, en la forma en que observa a su hermano, que me impide verlo solo como un monstruo.

—¿Siempre fuiste así de desconfiado? —pregunto, sin saber muy bien por qué.

Luca me mira, sorprendido por mi atrevimiento.

—No siempre, pero la gente cambia —responde, y se marcha sin decir nada más.

La puerta se cierra tras él, pero esta vez no me siento tan sola. Me quedo mirando a Matteo, escuchando su respiración tranquila. Por primera vez desde que llegué, creo que puede sobrevivir. Y, aunque no quiera admitirlo, una parte de mí también empieza a creer que yo podría salir viva de esta casa.

Los días siguientes siguen el mismo ritmo: cuidar a Matteo, dormir a ratos, comer lo que me traen. Nadie me habla más de lo necesario. Pero, poco a poco, las cosas cambian. Un día, encuentro ropa limpia sobre la cama. Otro, una taza de café caliente. Los hombres de Luca ya no me miran con tanta hostilidad. Incluso uno de ellos, el más joven, me da las gracias en voz baja cuando cree que nadie lo escucha.

Luca aparece cada vez más. A veces entra en la habitación sin decir nada, se sienta en una esquina y observa. Otras, me pregunta por el estado de su hermano, por lo que necesito. No es amable, pero tampoco es cruel. Hay una tensión extraña entre nosotros, una especie de tregua silenciosa.

Una tarde, cuando Matteo ya está fuera de peligro inmediato, Luca me encuentra sentada junto a la ventana cerrada, mirando el cielo gris a través del cristal sucio.

—¿Quieres salir a tomar el aire? —pregunta sin que lo espere y lo miro, sorprendida. No sé si es una trampa o un gesto de buena voluntad—. ¿Puedo confiar en que no vas a intentar escapar? —añade, con una media sonrisa que no llega a los ojos.

—No tengo a dónde ir —me sincero.

Él asiente, y por primera vez, me acompaña fuera de la habitación. Caminamos por un pequeño patio interior, rodeado de muros altos. El aire frío me despeja la cabeza y Luca se queda a mi lado, en silencio.

—¿Por qué me dejas salir ahora? —Necesito saber.

—Porque te lo has ganado —responde, y en su voz hay algo parecido al respeto—. Y porque, aunque no lo creas, no soy partidario de tener a nadie encerrado.

Lo miro de reojo. Hay algo en él que no encaja con la imagen de mafioso despiadado. ¿Una humanidad escondida?, ¿una herida que no termina de cerrar?

—¿Siempre eres así de contradictorio? —pregunto, y veo una sonrisa real en su rostro.

—Solo con la gente que me importa —responde, y su mirada se clava en la mía, intensa, peligrosa.

El silencio vuelve, pero esta vez no es incómodo. Caminamos un rato más, cada uno perdido en sus pensamientos y, cuando volvemos a la casa, siento que algo ha cambiado entre nosotros. No es confianza, ni amistad, ni mucho menos amor, pero es un principio. Una grieta en el muro.

Esa noche, mientras me acuesto, me doy cuenta de que ya no cuento los días esperando escapar. Ahora, cuento los momentos en los que Luca deja de ser mi carcelero y se convierte, aunque sea por un instante, en alguien que podría entender. Y eso, me asusta más que cualquier amenaza.



CAPÍTULO 4

El día comienza con una tensión que se puede palpar en el ambiente. Despierto antes de que nadie venga a buscarme, con la sensación de que algo está a punto de romperse. Me lavo la cara en el diminuto baño y me recojo el pelo en una coleta apretada. El reflejo en el espejo me devuelve una versión de mí misma que apenas reconozco: ojeras profundas, piel pálida y una determinación que no tenía hace una semana.

Cuando salgo, uno de los hombres de Luca me está esperando en el pasillo. No dice nada, solo me hace un gesto para que lo siga. Me lleva directamente a la habitación de Matteo y no tardo en percibir que, el olor a desinfectante y a sudor es más fuerte hoy. Matteo duerme, pero se mueve inquieto, murmurando palabras inconexas. Me acerco para tomarle el pulso y comprobar la herida. La fiebre ha bajado un poco, pero sigue muy débil y eso me preocupa.

—¿Cómo está? —pregunta Luca desde la puerta, con una voz más ronca de lo habitual.

—Responde bien a los antibióticos, pero necesita descanso y nutrientes. Tiene que hidratarse más —le digo, sin apartar la vista del chico. No debe pasar de los dieciocho.

Luca asiente y se acerca, apoyándose en el marco de la puerta. Hoy no lleva la chaqueta, solo una camisa remangada que revela tatuajes en sus antebrazos. Me sorprende lo joven que parece sin esa coraza de ropa cara y actitud fría.

—¿Tú duermes? —me mira, como si no esperara la pregunta.

—Lo justo —responde, con una media sonrisa cansada—. Aquí nadie duerme tranquilo.

No sé si lo dice por mí, por Matteo o por él mismo.

Me concentro en cambiar el vendaje y limpiar la herida, mientras Luca me observa, como si buscara algo más allá de la rutina médica.

Cuando termino, Matteo abre los ojos y me mira con una mezcla de confusión y alivio.

—¿Va a doler? —susurra agotado.

—Un poco, pero estarás bien —le aseguro, intentando sonar más firme de lo que me siento.

Luca se acerca y le pasa una mano por el cabello, un gesto rápido y torpe, como si no estuviera acostumbrado a mostrar afecto.

—Hazle caso a la doctora —dice, y por un instante veo al hermano mayor, no al jefe implacable.

Salgo de la habitación y Luca me sigue. Caminamos juntos por el pasillo, en silencio y cuando llegamos a la cocina, sirve un café y me ofrece una taza que, acepto, más por necesidad que por cortesía.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitará para estar fuera de peligro? —pregunta, sin rodeos.

—Unos días más, si todo va bien, pero no puedes mantenerlo aquí para siempre. Si la fiebre vuelve, necesitará un hospital —le

advierto.

Luca asiente, pero no parece convencido y mira por la ventana, como si estuviera calculando algo que no me incluye.

—¿Alguna vez has tenido miedo de verdad? —habla, sin mirarme.

La pregunta me descoloca y tengo que tomarme un momento antes de responder.

—Sí. Pero nunca como ahora.

Él asiente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía. Bebe un sorbo de café y, parece bajar la guardia.

—No quería esto para ti —dice en voz baja—, pero no tenía opción.

No sé si busca mi comprensión o simplemente se está justificando. No respondo y el silencio se instala de nuevo entre nosotros, pero esta vez como una especie de tregua, un reconocimiento tácito de que estamos atrapados en la misma tormenta.

El resto del día transcurre entre visitas a Matteo, breves encuentros con los hombres de Luca y largos ratos de soledad en mi habitación. Cuando cae la noche, me siento junto a la ventana cerrada, observando las luces lejanas de la ciudad. Me pregunto si alguien me estará buscando, si el mundo fuera de estas paredes sigue girando.

Luca aparece en la puerta, apoyado en el marco como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Te apetece cenar algo caliente? —pregunta, y al notar que su tono es casi amable, asiento, sorprendida.

Bajamos juntos a la cocina, calienta una sopa y la sirve en dos tazones. Comemos en silencio, pero esta vez es un silencio distinto: menos hostil, más humano.

—Gracias —digo, cuando termino.

Luca me mira, y por un instante, la dureza de sus facciones se suaviza.

—No me des las gracias todavía —responde, pero su voz no suena a amenaza.

Esa noche, cuando regreso a mi habitación, encuentro sábanas limpias dobladas sobre la cama. Me tomo mi tiempo para cambiarlas, me tumbo sobre ellas y cierro los ojos, dejando que el cansancio me venza por fin. Antes de quedarme dormida, pienso en Luca, en Matteo y en este extraño lugar donde el miedo y la esperanza conviven en cada rincón. ¿Cómo acabaron así?

La mañana llega envuelta en una luz grisácea que apenas logra colarse por la rendija de la persiana. Me despierto asustada por los truenos y con la sensación de haber dormido demasiado poco. Me incorporo despacio, escuchando la lluvia y cuando salgo de la habitación, me encuentro de frente con uno de los hombres de Luca. Esta vez, no hay hostilidad en su mirada. Me guía hasta la habitación de Matteo y compruebo que sigue dormido. Su respiración es mucho más tranquila que el día anterior y, el color está regresando poco a

poco a sus mejillas. Me siento a su lado, le tomo el pulso, reviso la herida y todo parece estable, permitiéndome un suspiro de alivio.

—¿Cómo sigue? —Luca, como ya viene siendo habitual, aparece en la puerta, con el rostro sombrío y ojeras profundas.

—Mejor. Si sigue así, en un par de días podrá moverse por sí mismo. Pero necesita seguir descansando. Todavía está muy débil —le digo, bajando la voz para no despertarlo.

Luca asiente, se cruza de brazos y se queda allí, mirándonos. Hay algo distinto en su postura, una tensión que no logro descifrar. No sé si está preocupado, aliviado o simplemente agotado.

—Hoy no salgas de esta planta —ordena, sin levantar la voz—. Hay movimiento fuera. No quiero riesgos.

No pregunto más. Sé que no me va a dar detalles, y tampoco quiero saberlos. El peligro es una presencia constante aquí, y es mejor permanecer ignorante.

Paso la mañana entre Matteo y la pequeña cocina. Preparo té, corto fruta, y hago lo que puedo con los pocos ingredientes que encuentro. El ambiente en la casa es tenso, como si todos esperaran que algo suceda en cualquier momento. Los hombres de Luca se mueven de un lado a otro, armados, y aunque eso me asusta, disimulo como puedo.

Al mediodía, Matteo se despierta y me dedica una sonrisa débil.

—Sigues aquí, doctora —murmura—. No sé cómo lo aguantas.

Le devuelvo la sonrisa, aunque no sé si es de alivio o de resignación.

—Ni yo tampoco —le confieso—, pero intento sobrevivir, igual que tú.

Matteo asiente, cierra los ojos y vuelve a dormirse. Me quedo a su lado un rato más, escuchando su respiración, y por alguna razón, comienzo a sentir que no estoy completamente sola aquí. Que, de alguna manera, él y yo compartimos la misma trinchera. No hay derecho a condenar a un chico tan joven a vivir esta guerra.

Por la tarde, Luca me encuentra en la cocina. Se apoya en la encimera con los brazos cruzados y fija la mirada en la ventana.

—Esta noche habrá guardias dobles —dice, sin apenas moverse —. Si escuchas algo raro, no salgas de tu habitación. ¿Entendido?

Asiento, tragando saliva. No me gusta la idea de quedarme encerrada, pero sé que no tengo elección.

—¿Va a pasar algo? —pregunto, incapaz de contener la inquietud.

Luca se queda en silencio unos segundos, hasta que finalmente, gira la cabeza y me mira.

—No lo sé, pero prefiero estar preparado.

Hay un brillo extraño en sus ojos, una mezcla de determinación y cansancio que me resulta inquietante. Me pregunto cuánto tiempo lleva viviendo así, siempre al borde, siempre esperando el próximo golpe.

Dos horas después, me encierro en mi habitación como me ha pedido, pero no consigo relajarme. Leo, escribo notas mentales sobre el estado de Matteo y repaso una y otra vez los mismos

pensamientos, pero no hay forma. El miedo es como un animal pequeño que me roe por dentro.

Cuando cae la noche, la tensión en la casa es casi insoportable. Escucho pasos, voces y el chasquido de armas cargándose. Me acurruco bajo la manta, con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando que todo pase, que el peligro se disuelva con el amanecer, pero la noche es larga, y no es tan sencillo.

La madrugada pasa a ser en una sucesión interminable de lo mismo: pasos en el pasillo, puertas que se abren y se cierran con sigilo, voces bajas que se apagan en cuanto me acerco a la puerta. Intento dormir, pero el sueño se me escapa cada vez que creo alcanzarlo. El miedo y la incertidumbre son demasiado fuertes.

En algún momento, pierdo la noción del tiempo. No sé si han pasado minutos u horas cuando un ruido seco me obliga a incorporarme de golpe. Un disparo. Después, silencio. Siento el corazón golpeando en mi pecho con tanta fuerza que me cuesta respirar.

Me levanto de la cama y me acerco a la puerta, pegando el oído a la madera. Escucho gritos ahogados, el retumbar de pasos apresurados. Un golpe más fuerte, como si algo pesado hubiera caído al suelo. El instinto me dice que me quede donde estoy, pero la ansiedad me empuja a girar el picaporte. La puerta, por primera vez, no está cerrada con llave.

Abro apenas una rendija y el pasillo, iluminado por la luz mortecina de una lámpara me permite ver sombras moviéndose rápido y figuras armadas deslizándose de una habitación a otra. Reconozco a uno de los hombres de Luca, el más joven, que con el rostro tenso viene hacia mí con una pistola en la mano.

—¡Cierra la puerta! —me susurra en cuanto me ve, con los ojos desorbitados.

Obedezco y con el corazón desbocado, me siento en la cama, abrazada a mis rodillas, esperando que todo termine. Contengo la respiración y afuera, un trueno retumba mientras la lluvia golpea los cristales con fuerza.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que los sonidos se apagan y el silencio regresa. Oigo pasos acercándose y me tenso, esperando lo peor. La puerta se abre de golpe y Luca entra, empapado, con el cabello pegado a la frente y la camisa manchada de sangre.

—¿Estás bien?

Asiento, sin poder hablar.

Cierra la puerta tras de sí mientras respira hondo y la tensión en sus hombros es palpable.

—¿Qué ha pasado? —me atrevo a preguntar con la voz temblorosa.

—Intentaron entrar. No lo lograron —responde, sin dar más detalles.

Se acerca a la ventana y observa la lluvia, como si necesitara un momento para recomponerse. Yo lo observo en silencio, viendo cómo la máscara de control se resquebraja apenas por un instante. Hay una herida en su brazo y sangre fresca que gotea hasta el codo.

—Estás sangrando —digo, señalando la mancha oscura.

Él mira la herida como si acabara de notarla. Se sienta en la silla frente a mí y extiende el brazo, sin decir nada más. Tomo el botiquín que guardo bajo la cama y empiezo a limpiar la herida. Mis manos tiemblan, pero me obligo a concentrarme. El contacto es frío, pero la piel de Luca está caliente, tensa bajo mis dedos.

—No es grave —murmuro, más para mí que para él.

Luca me observa mientras trabajo. Sus ojos grises, normalmente duros, ahora parecen cansados, casi vulnerables y por un instante, el peligro y la violencia quedan fuera de la habitación, y solo quedamos él y yo, dos personas heridas intentando sobrevivir.

—Gracias —dice en voz baja cuando termino de vendarle el brazo.

Levanto la vista y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en su mirada que me desarma, una mezcla de agotamiento, rabia y algo que no podría definir. Una vez más el silencio se instala entre nosotros y, aunque mi cuerpo permanece inmóvil, por dentro todo tiembla.

—Deberías descansar —dice finalmente, poniéndose de pie.

—¿Y tú? —pregunto, incapaz de ocultar la preocupación.

Él duda un instante antes de responder.

—No puedo permitirme descansar. No todavía.

Se dirige a la puerta, pero antes de salir se detiene y me mira una vez más.

—No salgas de la habitación hasta que yo vuelva.

Asiento, y él desaparece en el pasillo. Me quedo sentada en la cama, con el botiquín aún entre las manos, sintiendo que algo ha cambiado entre nosotros. No sé si es el miedo compartido, la sangre, o el simple hecho de haber sobrevivido juntos a otra noche, pero desde que llegué, es la primera vez desde que no siento a Luca como mi carcelero. Y eso, de alguna manera, me asusta incluso más.

Por más que lo intento, no logro dormir. Cada vez que cierro los ojos, los ecos de los disparos y el olor metálico de la sangre

regresan con una nitidez insoportable. Me levanto y camino en círculos por la habitación, intentando calmar el temblor de mis manos.

Cuando la luz azulada del amanecer empieza a filtrarse por la ventana, me siento junto a la pared abrazando mis rodillas y repaso mentalmente los últimos días: la llegada de Matteo, la fiebre, la amenaza constante, la noche de violencia. Me doy cuenta de que ya no soy la misma persona que entró en esta casa. Algo en mí se ha endurecido, pero también se ha agrietado.

Unos golpes suaves en la puerta me sobresaltan. Es Luca. Entra despacio, sin la arrogancia habitual, como si temiera romper el frágil equilibrio de la habitación. Lleva una camiseta limpia y el vendaje fresco en el brazo. Sus ojos grises se detienen en los míos y, por un instante, parece buscar algo que no sabe nombrar.

—¿Has dormido? —pregunta, con la frente arrugada.

—No mucho —admito, encogiéndome de hombros.

Él asiente y se sienta en la silla, a una distancia prudente.

—Anoche… —empieza, pero duda, como si las palabras le costaran—. No quería que esto te tocara. No así.

No sé qué responder. Quiero decirle que nada de esto es culpa suya, pero sería una mentira. Quiero gritarle que me saque de aquí, pero sé que no puede. Así que solo asiento, y dejo que el silencio hable por mí.

Luca se frota la cara con las manos, como si intentara borrar el cansancio y veo en él a un hombre superado por la situación, no solo al jefe implacable.

—Matteo preguntó por ti —dice de pronto, buscando mi mirada —. Dice que gracias a ti continúa luchando. Que le has salvado la

vida.

Siento un nudo en la garganta. No sé si es gratitud, culpa o una mezcla de ambas.

—Solo hago mi trabajo —respondo, pero mi voz suena más suave de lo que esperaba.

Él sonríe, negando con la cabeza.

—Haces mucho más de lo que te imaginas.

Se levanta, se acerca a la ventana y mira hacia fuera, como si buscara respuestas en el cielo encapotado.

—¿Tienes miedo de mí? —pregunta de repente, sin girarse.

La pregunta me toma por sorpresa. Pienso en todas las veces que he sentido su presencia como una amenaza, en todas las noches en las que he deseado escaper, pero también pienso en la forma en que me protegió anoche, en cómo se dejó curar sin una sola queja.

—A veces —admito, sincera—. Pero también creo que, si no estuvieras aquí, ya estaría muerta.

Luca se gira y me mira con una intensidad que me obliga a sostenerle la mirada.

—No quiero que me temas, Valeria. Pero tampoco puedo prometerte que todo va a salir bien.

—Solo prométeme que no me vas a mentir. Que vas a ser sincero. Lo peor de todo esto, para mí, es la incertidumbre —le pido, y me sorprende lo segura que suena mi voz.

Él asiente, despacio.

—Eso sí puedo hacerlo.

Camina hacia la puerta y antes de salir, se detiene en el umbral.

—Ven a desayunar cuando estés lista. Matteo quiere verte.

Cuando la puerta se cierra, me quedo sentada, pensativa. Algo ha cambiado entre nosotros y no es confianza, no todavía, pero es un principio. Un resquicio de algo que podría ser esperanza, si me atreviera a creer en ello.

Me levanto, me lavo la cara y respiro hondo. Hoy decido no dejarme vencer por el miedo.

Y mientras bajo las escaleras, siento que ya no soy solo una prisionera en esta casa. Soy alguien que importa. Aunque eso, en este mundo, sea lo más peligroso de todo.



CAPÍTULO 5

El olor a café recién hecho me sorprende. No es el aroma fuerte y quemado del hospital, sino uno más suave, casi reconfortante. Encuentro a Matteo sentado en la mesa, más erguido que en días anteriores, con una taza entre las manos. Sus mejillas brillan y, cuando me ve, sonríe con una calidez que me desarma.

—Buenos días, doctora —saluda, su voz aún débil, pero viva.

—Buenos días, Matteo. Hoy tienes mejor cara —le digo, y no puedo evitar sonreírle de vuelta.

Luca está de pie junto a la ventana, vigilante. No lleva chaqueta, solo una camiseta negra y vaqueros. Se gira al oír mi voz y asiente, como si ese pequeño gesto fuera suficiente para darme la bienvenida.

Sirvo café para mí y me siento al lado de Matteo. Durante unos minutos, el ambiente en la casa se siente casi normal. Como si nadie me tuviese secuestrada. Como si pudiese huir cuando quisiera. Hablamos de trivialidades, del clima, de la comida. Matteo bromea sobre el menú limitado y yo le prometo que, cuando todo esto termine, le prepararé una cena de verdad. Luca escucha en silencio, pero no interviene. Sus ojos, sin embargo, no dejan de buscar los míos.

Después del desayuno, acompaño a Matteo de regreso a su habitación. Camina despacio, apoyándose en mi brazo, pero se niega a dejarse ayudar demasiado. Cuando lo acuesto y le acomodo la manta, me toma la mano con fuerza.

—Gracias, Valeria. No solo por salvarme, sino por no rendirte —susurra, y en su mirada hay un agradecimiento sincero, casi doloroso.

Me quedo a su lado unos minutos, hasta que se duerme por el agotamiento. Perdió tanta sangre, que le va a costar reponerse. Cuando salgo al pasillo, Luca me espera. Su postura es relajada, pero sus ojos están alerta.

—¿Puedo salir al patio? —pregunto, emocionada.

Luca duda apenas un instante antes de asentir. Me acompaña hasta la puerta trasera y la abre. El aire fresco me golpea el rostro y respiro hondo, disfrutando de la sensación de libertad, aunque sea limitada.

Caminamos juntos en silencio. El patio es pequeño, rodeado de muros altos, pero hay un par de macetas con flores y una mesa de madera. Me siento en el banco y Luca se queda de pie a mi lado, con las manos en los bolsillos.

—¿Siempre fuiste así? —le pregunto, bajando la voz. No me gustó su anterior respuesta y necesito profundizar más. Conocerle mejor—. Tan… duro.

Luca se tensa, como si la pregunta le doliera y mira hacia el cielo gris antes de responder.

—No. Pero este mundo no perdona a los blandos. Aprendí a ser así para sobrevivir.

Sus palabras quedan flotando en el aire y siento una punzada de compasión, pero también de respeto. Sé que no es una excusa, pero entiendo que, en su mundo, la debilidad puede ser mortal.

Nos quedamos allí, en silencio, compartiendo el mismo aire y la misma incertidumbre.

Cuando volvemos a la casa, Matteo sigue durmiendo y los hombres de Luca parecen menos tensos. La tarde transcurre sin sobresaltos. Leo un poco, y por momentos consigo evadirme tanto que casi olvido dónde estoy.

Al caer la noche, Luca llama a la puerta de mi habitación. Trae una bandeja con sopa caliente y pan. Se sienta en la silla frente a mí y, sorprendentemente, comenzamos a hablar de cosas que no tienen que ver con el encierro ni con la violencia. Me cuenta una anécdota de su infancia, una historia trivial sobre una bicicleta y una carrera perdida. Yo le hablo de mi primer día en el hospital, de lo nerviosa que estaba y de cómo un paciente anciano me regaló una flor de papel para darme ánimo.

Reímos, y la risa suena extraña, casi prohibida en este lugar, pero es real.

Luca se levanta despacio, como si le costara abandonar la habitación. Durante un instante, se queda de pie en el umbral con la mano apoyada en el marco de la puerta. La luz tenue resalta la sombra de sus facciones, perfectas, y sus ojos, se posan en los míos sin esa coraza de frialdad que suele interponer entre nosotros.

El silencio se estira, cargado de algo que no sé nombrar y siento su mirada recorrerme, no como una amenaza, sino como una caricia contenida. El miedo y la desconfianza se disipan, reemplazados por una extraña cercanía, y no tardo en darme cuenta de que estoy

conteniendo la respiración, esperando que diga algo más, que se acerque, que rompa esa distancia que ambos fingimos no notar.

—Descansa, Valeria. Mañana será un día largo —dice al fin, y su voz suena casi íntima, como si solo existiéramos él.

Asiento, incapaz de apartar la mirada de la suya. Por un instante, sus labios se curvan apenas, como si quisiera decir algo más, pero se lo guarda. El hechizo se rompe cuando baja la vista, y la seriedad vuelve a endurecer sus rasgos. Da media vuelta y se marcha, cerrando la puerta con suavidad, pero dejando tras de sí un rastro de emociones difíciles de ignorar.

Me quedo en silencio, con el corazón acelerado y la piel erizada, dándome cuenta de que, ya no tengo miedo de cerrar los ojos. Porque, aunque no quiera admitirlo, empiezo a confiar en él.



CAPÍTULO 6

La mañana siguiente Luca no aparece en el desayuno. Su ausencia pesa más de lo que me gustaría admitir y me sorprendo buscándolo con la mirada, esperando oír sus pasos, una palabra, cualquier cosa que devuelva algo de normalidad a este encierro extraño, pero no hay rastro de él.

Después de ayudar a Matteo a volver a su habitación, me quedo sola en la cocina, removiendo el café frío y decido salir al patio a tomar un poco de aire, pero uno de los hombres de Luca me detiene en seco.

—Hoy no se puede salir —dice, sin mirarme.

—¿Por qué? —pregunto, sintiendo el primer pinchazo de ansiedad.

—Órdenes de Luca.

No insisto. Vuelvo a mi habitación, pero no consigo quedarme quieta. Camino de un lado a otro, repasando mentalmente cada gesto, cada palabra de los últimos días. ¿Me habré equivocado al confiar en él? ¿Habré confundido gratitud con algo más peligroso? La duda se clava en mi pecho como una espina.

A media mañana, finalmente, Luca me manda llamar. El hombre que viene a buscarme no es el joven amable de días anteriores, sino

uno de los más serios. Me conduce por un pasillo que nunca había recorrido hasta llegar a una puerta de madera oscura. Al otro lado, el despacho de Luca.

La habitación está en penumbra, apenas iluminada por la luz que se filtra entre las cortinas. Luca permanece de pie junto al escritorio, de espaldas a la puerta. Sostiene un teléfono en la mano, pero lo apaga en cuanto me ve entrar y lo deja junto al mío, el mismo que me arrebató el día que me raptaron. Es la primera vez que lo veo desde entonces, y no parece que tenga intención de devolvérmelo, porque lo guarda enseguida en el cajón del escritorio.

—Siéntate —ordena al fin, sin mirarme.

Obedezco, con el corazón en la garganta. Sus movimientos son precisos, controlados, como si cada gesto estuviera medido para mantenerme a distancia. ¿Qué le ocurre? No parece el mismo de ayer.

—He sido demasiado blando contigo —dice, y su voz es como el hielo—. Te he dado comodidades, te he permitido moverte, hablar, incluso confiar, pero eso se acabó.

Me quedo paralizada. Definitivamente, el Luca de los últimos días, el hombre que compartía café y sonrisas tímidas, ha desaparecido. En su lugar está el jefe, el hombre de la mafia, el desconocido que me secuestró.

—¿Por qué? —pregunto, asustada.

Él se acerca con pasos lentos y calculados. Se apoya en el escritorio, justo frente a mí y me mira a los ojos. No hay rastro de calidez en los suyos, solo una dureza que lo atraviesa todo.

—Porque no puedo permitirme debilidades. Y tú eres una de ellas. —Su voz es dura, y cada palabra es un golpe—. Aquí no hay

sitio para la compasión, Valeria. Ni para el cariño, ni para la confianza. Si quieres sobrevivir, tendrás que entender las reglas.

Me quedo sin aire. Siento que el suelo se abre bajo mis pies. Todo lo que creí, todo lo que empecé a sentir, se desmorona en un instante.

—¿Y todo esto? —pregunto, luchando por mantener la voz firme —. ¿Las noches hablando, la comida, la libertad…? ¿Era mentira?

Luca se inclina hacia mí, tan cerca que puedo ver la sombra de la cicatriz en su ceja.

—Era una tregua. Nada más. No te confundas, Valeria. No soy tu amigo. No soy tu salvador. Soy el hombre que puede decidir si vives o mueres aquí dentro.

El miedo me paraliza. Por un segundo, quiero gritar, insultarlo, golpearlo. Pero sé que sería inútil. Él ya no es el hombre que me protegió de los disparos, ni el que me dejó reír en la cocina. Es el jefe, el canalla, la bestia que sobrevive porque no se permite sentir.

—¿Por qué ahora? —susurro, sintiéndome más pequeña que nunca.

—Porque las cosas han cambiado. Porque hay amenazas fuera y dentro de esta casa. Porque si alguien cree que me importa lo más mínimo lo que te pase, te usarán contra mí. Y no lo voy a permitir. No pienso bajar la guardia, y menos por ti.

Se aparta, dándome la espalda. Su silueta recortada contra la luz de la ventana parece más grande, más fría, más lejana que nunca…

—A partir de ahora, no sales de tu habitación si no es conmigo o con uno de mis hombres. No hablas con nadie que no sea yo o

Matteo. No haces preguntas. No te encariñes. No esperes nada de mí.

Siento las lágrimas ardiendo en mis ojos, pero me obligo a no llorar delante de él. No le daré ese poder.

—¿Y si me niego? —pregunto, con la voz rota.

Luca gira la cabeza apenas lo suficiente para mirarme de reojo.

—Entonces haré lo que tenga que hacer. No me obligues, Valeria.

Me levanto despacio, con las piernas temblorosas. Camino hacia la puerta, sintiendo el peso de su mirada en mi espalda. Antes de salir, me detengo y lo miro una última vez.

—Me equivoqué contigo —digo, y mi voz suena más fuerte de lo que esperaba—. No eres mejor que ellos. Solo eres otro monstruo con una corbata cara.

Salgo del despacho, cerrando la puerta tras de mí con un portazo. Camino por el pasillo, luchando por no derrumbarme y cuando llego a mi habitación, me dejo caer en la cama hasta que las lágrimas fluyen.

Todo lo que había sentido, toda la esperanza, la complicidad, la ilusión de que Luca pudiera ser diferente… se ha roto en mil pedazos. Y en ese momento, juro que no volveré a confiar. No volveré a bajar la guardia. No volveré a dejar que nadie me haga sentir tan vulnerable.

Esta casa vuelve a ser una prisión. Y yo, una prisionera más.



CAPÍTULO 7

Las horas que siguen a la confrontación con Luca son un torbellino de emociones que no sé cómo manejar. Me siento atrapada en una mezcla de miedo, rabia y decepción que me consume desde dentro. La casa, que hasta hace poco parecía un refugio, ahora se siente como una jaula oscura, fría y sin salida. Igual que la primera vez.

Me quedo en mi habitación, cumpliendo a regañadientes las órdenes que Luca me ha impuesto. No salgo ni hablo con nadie, salvo con Matteo, que entiende más de lo que dice. Él también ha notado el cambio en Luca, y su mirada refleja una preocupación que no puede ocultar.

Durante el día, me dedico a cuidar al chico, a preparar sus medicinas y a vigilar su evolución. Pero mi mente está en otro lugar, dando vueltas a las palabras de Luca, a su frialdad, a la máscara que se ha puesto de nuevo. Me pregunto si alguna vez hubo un hombre detrás de ese muro o si siempre fue solo un animal salvaje disfrazado de jefe.

Por la tarde, escucho pasos acercándose a mi Puerta y mi corazón se acelera, pero no es Luca quien entra, sino uno de sus hombres, el joven que me mostró un atisbo de amabilidad días

atrás. Me entrega una bandeja con comida y un vaso de agua, y me mira con tristeza.

La noche cae lentamente, y con ella llega una quietud opresiva que lo cubre. Me acuesto temprano, pero el sueño no llega. Me doy vueltas en la cama, recordando cada palabra, cada gesto de Luca, preguntándome qué es lo que realmente quiere de mí.

De repente, escucho la puerta de mi habitación abrirse con suavidad y mi cuerpo se tensa, esperando lo peor, pero no es Luca quien entra, sino Matteo, con una expresión cansada.

—No puedo dormir —dice, sentándose al borde de la cama—. ¿Puedo quedarme un rato contigo?

Asiento sin palabras. Él se echa a mi lado, y por un momento, el miedo y la soledad se disipan un poco.

Al día siguiente, Luca me llama de nuevo a su despacho. Esta vez, su mirada no es solo fría, sino también cargada de una tensión que no puedo ignorar. Me dice que la situación fuera de la casa se ha complicado, que la mafia rival está más cerca de lo que pensábamos, y que tendremos que movernos pronto.

Me advierte que debo estar preparada para cualquier cosa, que no habrá segundas oportunidades. Y aunque su tono es áspero, hay una extraña preocupación que no puede ocultar.

Salgo de su despacho con el corazón en un puño. Sé que la batalla que he comenzado no será fácil, pero también sé que no

puedo rendirme. Porque, a pesar de todo, Matteo y yo dependemos de Luca.

El anuncio de Luca sobre la inminente huida lo cambia todo. La rutina —si es que alguna vez hubo una— se rompe en mil pedazos. La casa se convierte en un hervidero de movimientos, maletas que se llenan a toda prisa, armas que cambian de manos y miradas nerviosas que se cruzan en los pasillos. Nadie habla más de lo necesario. El miedo es un idioma que todos entienden.

Yo, por mi parte, me mantengo ocupada con Matteo. Reviso su herida, preparo un pequeño botiquín con lo imprescindible y le ayudo a vestirse. Él se esfuerza por mostrarse fuerte, pero sé que el esfuerzo le pasa factura. Sus manos tiemblan cuando abro la cremallera de su abrigo y sus ojos se nublan de dolor cuando intenta ponerse de pie.

—No tienes que fingir conmigo —le indico, mientras le ayudo a sentarse en la cama.

Matteo me dedica una sonrisa cansada.

—No quiero ser una carga. Ya bastante tienes tú —responde, y su sinceridad me desarma.

—No eres una carga —le aseguro, apretando su mano entre las mías—. Pero necesito que me prometas que, pase lo que pase, no harás ninguna locura.

Él asiente, y por un momento, el miedo se disipa. Pero solo por un momento.

Cuando cae la noche, Luca reúne a todos en el salón. Su presencia vuelve a llenar la habitación de esa autoridad incuestionable que me recuerda por qué todos le obedecen sin rechistar. Va vestido de negro, el rostro serio y la mirada dura como el acero.

—Nos vamos al amanecer —anuncia, sin rodeos—. El convoy estará listo. Nadie sale de la casa hasta que yo lo diga. Nadie habla con nadie de fuera. Si alguien pregunta, no saben nada.

Sus ojos se detienen en los míos un segundo más de lo necesario. Sigue sin haber rastro de la calidez de días atrás. Solo la orden, la distancia, la advertencia muda de que no tolerará errores.

Cuando termina, los hombres se dispersan en silencio. Matteo y yo subimos a su habitación, y él se acuesta sin protestar. Yo me siento en la silla junto a la ventana, mirando la oscuridad del patio y el sueño me rehúye, como si supiera que no hay descanso posible en una noche como esta.

Al amanecer, la casa se pone en marcha. El aire está helado y el cielo, cubierto de nubes bajas, parece presagiar tormenta. Luca reparte instrucciones rápidas y precisas. Me entrega una chaqueta gruesa y una mochila pequeña.

—No te separes de Matteo —me ordena, sin mirarme a los ojos —. Pase lo que pase, mantente cerca.

Asiento, tragando el nudo en mi garganta. Matteo se apoya en mi brazo, y juntos salimos al patio trasero, donde dos coches negros

esperan con los motores encendidos. Los hombres de Luca revisan el perímetro, atentos a cualquier movimiento sospechoso.

Subimos al asiento trasero del segundo coche. Luca se sienta delante, junto al conductor y el viaje comienza en silencio, solo interrumpido por el murmullo de la radio y el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

Intento mantener la calma, pero el miedo me atenaza el pecho. Miro a Matteo, que cierra los ojos y respira hondo, como si intentara convencerse de que todo irá bien. Yo no puedo permitirme ese lujo. Cada kilómetro que avanzamos siento que nos acerca más al peligro.

La carretera se vuelve cada vez más solitaria. Los árboles se agitan bajo el viento, y la lluvia empieza a caer, primero en gotas dispersas, luego en un aguacero que golpea el techo del coche como un tambor de guerra.

De repente, el conductor reduce la velocidad. Un coche atraviesa la carretera delante de nosotros, bloqueando el paso. Los hombres de Luca reaccionan al instante: desenfundan armas, gritan órdenes, se preparan para lo peor.

Luca se vuelve hacia mí, y sus ojos grises me atraviesan con urgencia.

—Valeria, pase lo que pase, no salgas del coche —ordena, con una voz tan dura que duele.

El caos estalla en segundos. Disparos, gritos, el estruendo de puertas que se abren y se cierran. Me agacho sobre Matteo, cubriéndolo con mi cuerpo y mi corazón late desbocado mientras me zumban los oídos por el estrépito de la batalla.

No sé cuánto tiempo pasa. Cuando todo termina, el silencio es tan absoluto que me parece irreal. Levanto la cabeza y veo a Luca

en la puerta del coche, empapado, cubierto de barro y sangre, pero vivo.

—¿Estáis bien? —pregunta, con la voz agitada.

Asiento, sin poder hablar. Matteo tiembla a mi lado, pero está ileso.

Luca se agacha y me mira fijamente, como si quisiera grabar mi rostro en su memoria.

—Esto no ha terminado, pero no permitiré que nadie os toque.

Por un instante, creo ver en sus ojos algo parecido al remordimiento, pero desaparece tan rápido como llega. Se levanta, da órdenes a sus hombres y nos pone en marcha de nuevo.

El viaje continúa, pero algo ha cambiado. La línea entre enemigo y protector vuelve a difuminarse, y yo, atrapada entre el miedo y la esperanza, me doy cuenta de que, aunque quiera odiarlo, hay una parte de mí que sigue esperando que Luca no sea solo el monstruo que intenta mostrarme.

Y esa esperanza, en este mundo, es tan peligrosa como cualquier bala.

El viaje continúa bajo la lluvia, con el coche envuelto en la más pura tensión. Matteo duerme apoyado en mi hombro, su respiración es irregular y su mano se aferra a la mía como un niño asustado.

Luca no ha dicho una palabra desde que salimos de la casa. Su perfil es una máscara de concentración y dureza, los nudillos blancos sobre el volante lo confirman.

La carretera se estrecha y el bosque se cierra a nuestro alrededor. El limpiaparabrisas golpea rítmicamente, marcando el paso de los minutos. Siento el cuerpo tenso, el cuello rígido, los sentidos agudizados por la adrenalina que no termina de disiparse desde el ataque y afuera, todo es sombras y ramas mojadas.

De repente, un bache nos sacude y el coche se detiene con un chirrido. Luca maldice en voz baja y apaga el motor. Lo único que se escucha es el golpeteo de la lluvia sobre el techo y me incorporo, intentando ver algo a través del parabrisas empañado.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

Luca baja del coche sin responder. Lo veo rodear el vehículo y abrir el capó. Matteo se despierta, desorientado.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta, adormecido.

—No, tranquilo. Solo es una parada —le miento, acariciándole el cabello.

Unos minutos después, Luca vuelve, cierra la puerta de golpe y compruebo que su expresión es más sombría que nunca.

—El motor está sobrecalentado. Hay que esperar a que se enfríe —dice, golpeando el volante con las dos manos.

Cada segundo parece durar una eternidad. Veo a Luca mirar el retrovisor una y otra vez, atento a cualquier movimiento en la carretera. Sus hombres, en el coche de atrás, bajan y se agrupan bajo la lluvia, armas en mano, formando un círculo de vigilancia.

Matteo tiembla a mi lado. Busco su mirada y le sonrío, intentando transmitirle una calma que no siento.

—¿Crees que nos han seguido? —pregunto, solo para Luca.

Él me mira, y en sus ojos solo hay una distancia que me hiela la sangre.

—Siempre nos siguen —responde, y su voz me hace estremecer.

Afuera, la lluvia parece arreciar y siento que cada gota es un reloj de arena, marcando el tiempo que nos queda antes de que todo vuelva a estallar.

De pronto, un disparo retumba en el bosque. Matteo se encoge, yo me agacho instintivamente y Luca reacciona en una fracción de segundo, sacando su pistola y abriendo la puerta.

—¡Escondéos detrás de los asientos! —nos ordena, y su voz es como un látigo.

Veo cómo desaparece bajo la lluvia, seguido por dos de sus hombres. El coche de atrás se vacía también y me quedo sola con Matteo, con el corazón golpeando tan fuerte que me cuesta respirar.

Los minutos se hacen eternos mientras los gritos y los disparos se mezclan con el retumbar de la tormenta. Matteo me mira, pálido y con los ojos muy abiertos.

—Valeria… ¿vamos a morir aquí?

Trago saliva, luchando contra el temblor de mi voz.

—No, Matteo. No mientras yo esté contigo.

Pero ni yo misma me creo la mentira.

De repente, la puerta se abre de golpe y Luca entra empapado y con los ojos ardiendo de rabia.

—¡Fuera! ¡Ahora! —gruñe, y nos arrastra fuera del coche.

Corremos bajo la lluvia, resbalando en el barro, hasta llegar a un claro donde los hombres de Luca han formado un perímetro. Hay dos cuerpos en el suelo, uno de ellos es uno de los suyos. Luca no se detiene y nos empuja hacia una cabaña abandonada al borde del bosque.

Dentro, el aire está viciado y huele a humedad, pero al menos estamos a cubierto. Matteo se deja caer en un rincón, jadeando. Yo me quedo de pie, temblando de frío y de miedo. Luca cierra la puerta y se apoya en ella con la pistola aún en la mano.

—¿Estáis bien? —pregunta, mirando entre las rendijas de la madera.

—Sí —respondo, aunque no estoy segura.

Luca se pasa la mano por el rostro, como si intentara borrar la tensión. Por un instante, parece a punto de decir algo, pero se contiene cuando Matteo empieza a llorar en silencio. Me arrodillo a su lado y lo abrazo, sintiendo el temblor de su cuerpo mientras Luca nos observa desde la puerta.

—No os mováis de aquí —dice al fin, con esa voz que no admite réplica—. Si alguien entra, disparad primero y preguntad después.

Entrega una pistola a Matteo y cuando sale al exterior, dejándonos solos, soy más consciente que nunca de que no hay tregua posible en este mundo. Que Luca, por mucho que a veces parezca humano, es ante todo un hombre de guerra. Y yo, una pieza más en su tablero.

La cabaña es pequeña, apenas un refugio improvisado con paredes de madera húmeda y una ventana diminuta por la que se cuela la luz gris de la tormenta. Matteo se ha dormido, agotado por el miedo y el cansancio, envuelto en una manta que encontramos en un viejo arcón.

Estoy sentada en el suelo, apoyada contra la pared, abrazando mis rodillas. La pistola de Matteo descansa a mi lado, demasiado cerca para ignorarla, pero demasiado lejos para atreverme a tocarla. El frío me cala los huesos y no tengo fuerzas ni para buscar una manta. Intento distraerme, fijando la vista en la lámpara de gas sobre la mesa, en la baraja de cartas, en las latas de comida polvorientas. Por un momento, todo parece casi normal, como si fuéramos viajeros varados por el mal tiempo…, pero una idea no deja de rondarme en la cabeza: podría disparar a Luca. Bastaría con un solo movimiento, un instante de valor o de locura y quedaría libre. Sin embargo, sé que sus hombres jamás me lo perdonarían. No duraría ni un segundo después de apretar el gatillo. La fantasía se desvanece tan rápido como llegó, y lo único que me queda es ese cansancio helado y la certeza de que, por ahora, no tengo salida.

La puerta se abre despacio. Luca entra, mojado, con el ceño fruncido y la ropa pegada al cuerpo. Cierra tras de sí y se sacude el agua del pelo. Esta vez no trae el gesto endurecido por la rabia o la tensión: solo parece cansado.

—¿Cómo está Matteo? —pregunta en voz baja, mirando hacia el rincón donde duerme su hermano.

—Agotado, pero bien. Está dormido —respondo, sin moverme.

Luca asiente y se acerca a la mesa. Saca una navaja y abre una de las latas. El olor a sopa caliente —o lo más parecido a sopa que puede ofrecer una lata vieja— llena la cabaña. Me sorprende cuando, sin decir nada, me acerca la mitad en una taza de metal.

—Toma. No es gran cosa, pero te ayudará a entrar en calor.

Acepto la taza y, por un momento, nuestras manos se rozan. El calor del metal es un alivio inesperado. Bebo un sorbo y cierro los ojos, dejando que el líquido caliente me devuelva algo de energía.

Luca se sienta frente a mí, estirando las piernas y nos quedamos así, compartiendo el calor de la sopa y la tregua que nos da la tormenta. De repente, él toma la baraja de cartas de la mesa y la agita en el aire.

—¿Sabes jugar? —pregunta, levantando una ceja.

No puedo evitar sonreír, sorprendida por el gesto y niego con la cabeza.

—No mucho. Pero puedo aprender.

—Perfecto —dice, y empieza a repartir las cartas con una destreza que me hace pensar que ha pasado muchas noches como esta, esperando que pase el peligro.

Jugamos una partida tras otra, primero en silencio, luego entre risas tímidas y comentarios sarcásticos sobre nuestras habilidades. Descubro que Luca hace trampas descaradamente, y cuando lo pillo, levanta las manos en señal de inocencia.

—¿Así es como sobrevives? —bromeo, fingiendo indignación.

—En este mundo, la suerte hay que buscarla —responde, y su sonrisa es tan joven y despreocupada que me cuesta reconocer al hombre que me asustó tantas veces.

La lluvia sigue cayendo, pero dentro de la cabaña el ambiente cambia. El miedo se disipa, al menos por un rato, y en su lugar queda una ligereza extraña, como si la tormenta nos hubiera lavado el peso de los últimos días.

Cuando me doy cuenta, Luca me está mirando con una intensidad suave, sin dureza, y siento el corazón rebotándome en las costillas, pero esta vez no es por miedo, sino por la cercanía, por la posibilidad de que, aunque solo sea por esta noche, podamos ser algo más que prisionera y carcelero.

—Gracias —susurro, sin saber muy bien por qué.

Él baja la mirada, se frota la nuca y asiente.

—No tienes que darme las gracias. Solo intento que esto sea menos insoportable.

Nos quedamos así, sentados frente a frente, compartiendo el calor de la sopa, el sonido de la lluvia y la tregua frágil de una partida de cartas. Afuera, el mundo sigue siendo peligroso, pero aquí dentro, por un instante, todo parece posible. Y, aunque sé que la calma no durará, me permito disfrutarla. Porque a veces, incluso en medio de la tormenta, la vida nos regala un respiro.

El viento sacude las paredes de la cabaña y la lluvia repiquetea en el techo como si quisiera atravesarlo. Matteo continúa dormido, ajeno a todo, y Luca y yo nos quedamos sentados en el suelo, rodeados de cartas desordenadas y tazas vacías. El calor de la sopa y el juego ha dejado una sensación extraña en el aire, como si por unas horas hubiéramos conseguido engañar al miedo.

Luca se recuesta contra la pared y estira las piernas, soltando un suspiro largo, casi aliviado. Yo me acerco un poco más a la lámpara de gas, buscando el calor de la llama y también, sin quererlo, la cercanía de él. Durante un rato, solo escuchamos la tormenta y la respiración tranquila de Matteo.

—¿Sabes? —dice Luca de pronto, con la voz más suave de lo habitual—. Cuando era niño, me encantaban las tormentas. Mi madre decía que el sonido de la lluvia limpiaba el mundo, que después de cada tormenta todo parecía empezar de nuevo.

Lo miro de reojo, sorprendida por la confesión. Hay algo vulnerable en su tono, algo que no había escuchado antes.

—Yo las odiaba —respondo, sonriendo con timidez—. Siempre pensaba que las tormentas se llevaban las cosas buenas. Que después de la lluvia, todo era más gris.

Luca se ríe, una risa baja y sincera que me desarma.

—Supongo que depende de lo que uno quiera olvidar —dice, y por un instante, el peso de su pasado parece menos insoportable.

Sonrío y por alguna razón siento que podría preguntarle cualquier cosa, pero no quiero romper la magia frágil de este momento. Él tampoco habla, pero su mirada se detiene en la mía, cálida y profunda.

—¿Tienes frío? —pregunta, señalando mi postura encogida.

—Un poco —admito, aunque en realidad es más nervios que otra cosa.

Luca se levanta y busca otra manta en el arcón. Me la pasa y, sin pensarlo demasiado, se sienta a mi lado, hombro con hombro. El contacto es casual, pero me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con el clima.

—No sé cuánto tiempo podremos quedarnos aquí —dice en voz baja—. Pero mientras dure, intentemos no pensar en lo que viene después.

Asiento, agradecida por la tregua. Me acomodo bajo la manta y, apoyo la cabeza en su hombro, notando cómo su respiración se hace más lenta, más tranquila.

—¿Crees que Matteo estará bien? —pregunto, casi en un susurro.

—Si está contigo, sí —responde sin dudar—. Eres una gran médico, Valeria.

Por un instante, siento que mi corazón se detiene. Nadie en mi familia me ha dicho nunca algo así. Me quedo mirándolo, buscando en su rostro algún atisbo de ironía, pero solo encuentro sinceridad en sus ojos. Siento una calidez inesperada, como si esas palabras encajaran justo en el hueco que dejaron años de indiferencia.

—Gracias —murmuro, con la voz un poco rota—. No sabes lo que significa para mí escuchar eso.

Luca asiente, como si entendiera perfectamente lo que no me atrevo a decir y nos quedamos así, juntos bajo la manta, escuchando la lluvia caer.

Cierro los ojos y dejo que el cansancio me venza, sabiendo que cuando despierte, todo seguirá igual, pero también sabiendo que, pase lo que pase, esta noche fue real.

Antes de quedarme dormida, siento la mano de Luca rozar la mía, apenas un gesto, pero suficiente para sentirme protegida.



CAPÍTULO 8

La mañana llega despacio, como si la tormenta se negara a marcharse del todo. El aire dentro de la cabaña parece más frío y húmedo que la noche anterior; la luz que se filtra por la ventana es gris, apenas suficiente para distinguir las formas. Abro los ojos y tardo unos segundos en recordar dónde estoy. Matteo sigue dormido, acurrucado bajo la manta y eso me preocupa. Parece más débil que estos últimos días... Luca ya no está a mi lado, pero la huella de su presencia permanece: el calor residual en la tela, el eco de su respiración tranquila, la sensación de seguridad que me envolvió durante unas horas.

Me incorporo despacio, estirando los músculos entumecidos. Me acerco a la puerta y la abro con cuidado. Afuera, el bosque huele a tierra mojada y a hojas frescas. Veo a Luca de pie junto a un árbol, de espaldas, hablando en voz baja por el móvil. Su postura es tensa y tiene la mano libre apretada en un puño. No quiero interrumpirlo, pero tampoco quiero volver a la cabaña.

Me siento en el escalón de la entrada, escuchando el canto lejano de un pájaro y, por un instante, el mundo parece ajeno a todo lo que hemos vivido. Cierro los ojos y respiro hondo, intentando retener esa paz efímera.

Cuando Luca regresa, su expresión ha cambiado. Sus ojos grises están más oscuros y la mandíbula más tensa. Se sienta a mi lado, sin decir nada al principio y siento que ambos estamos pensando en lo mismo: cuánto tiempo más podremos seguir huyendo, cuánto más podremos resistir antes de que la realidad nos alcance.

—Tenemos que movernos—dice finalmente, rompiendo el silencio—. No es seguro quedarnos aquí. Mis hombres están revisando la zona, pero no podemos fiarnos.

Asiento, aunque la idea de volver a la carretera me llena de ansiedad. No quiero volver a sentir ese miedo, esa sensación de ser una presa perseguida, pero tampoco hay alternativa.

—¿Y Matteo? —pregunto, bajando la voz—. ¿Crees que podrá soportar otro traslado?

Luca suspira, y lo veo dudar.

—No lo sé. Pero si nos quedamos, corremos más peligro. Hay rumores de que la banda rival ha puesto precio a mi cabeza… y a la tuya.

La noticia me golpea como una ola helada. No es la primera vez que siento miedo, pero sí la primera que lo siento tan real, tan inminente. Miro a Luca, buscando en su rostro alguna señal de esperanza, pero solo encuentro determinación.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —me atrevo a preguntar.

Luca me mira, y en sus ojos veo algo que no había visto antes: vulnerabilidad. Baja la mirada, como si le costara encontrar las palabras.

—No puedo prometerte nada, Valeria. Solo que haré todo lo posible para que salgas viva de esto. Aunque eso signifique… —se interrumpe, apretando los labios—. Aunque eso signifique dejarte ir

cuando llegue el momento. No puedo seguir reteniéndote, solo te estoy poniendo en peligro.

Siento el corazón en la garganta. Como si quisiera escaparse de mi pecho. Quiero decirle que no me importa, que quiero quedarme, que el miedo es menos insoportable cuando él está cerca, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, incapaces de salir. Debo estar volviéndome loca. ¿Quién en su sano juicio querría seguir aquí?

Luca se acerca un poco más, y por un segundo, el aire entre nosotros se llena de todo lo que no decimos. Sus ojos buscan los míos, y en ese instante siento que ambos compartimos el mismo miedo: el de perder lo poco que hemos construido en medio de tanta oscuridad.

—No era esto lo que quería para ti —dice al fin, en un susurro—. Secuestrarte… fue un error. Pero ahora que estás aquí, no puedo dejar de preocuparme. No solo por lo que pueda pasarte, sino por lo que me está pasando a mí.

Quiero decirle que no estoy lista para irme, que algo en mí ha cambiado, que su presencia se ha vuelto una necesidad dolorosa. Pero me limito a asentir, tragándome las palabras y el miedo. Algo no debe estar bien en mí.

Él parece entenderlo, porque se queda un momento más, como si tampoco quisiera romper ese frágil lazo. Finalmente, se da la vuelta y entra a la cabaña, dejando tras de sí la puerta entreabierta.

Pasamos el resto de la mañana preparando la salida. Luca y dos de sus hombres revisan el coche, cargan provisiones y reparten armas. Yo me ocupo de Matteo: le ayudo a vestirse, le doy de comer, le reviso la herida y observo que está más callado que nunca, como si intuyera que algo importante está a punto de suceder.

—¿Tienes miedo? —me pregunta en voz baja, mientras le abrocho las ropas.

—Sí —respondo, sin mentirle—. Pero estoy contigo. Y eso me da fuerzas.

Matteo sonríe, una sonrisa triste, pero sincera. Me abraza con torpeza, y yo le devuelvo el gesto, intentando transmitirle todo el valor que me queda.

Cuando todo está listo, salimos de la cabaña. El bosque parece más oscuro, más cerrado. El coche espera en un claro, con el motor en marcha. Luca me ayuda a subir a Matteo al asiento trasero y luego se sienta a mi lado. Sus hombres ocupan los otros asientos, atentos a cualquier movimiento.

El viaje comienza y el miedo vuelve a instalarse en mi pecho, pero esta vez es distinto. No es solo miedo a los enemigos, a la muerte, a la violencia. Es miedo a perder lo que he encontrado aquí, por retorcido que sea: una razón para luchar, una conexión que no esperaba, una esperanza que no me atrevo a nombrar.



A media mañana, el coche se detiene en una gasolinera abandonada. Luca baja primero, revisa el perímetro y luego nos hace una señal para que salgamos. Aprovechamos para estirar las piernas y buscar algo de comida en la tienda semiderruida. Matteo se sienta en un bordillo con la cabeza entre las manos y me siento a su lado.

—¿Estás bien? —le pregunto, tocándole el hombro.

—Solo cansado —responde, pero veo el miedo en sus ojos.

Le paso una botella de agua y le sonrío.

—Vamos a salir de esta, Matteo. Te lo prometo.

Él asiente, aunque sé que ninguno de los dos está seguro de nada.

Luca se acerca y su sombra nos cubre a ambos. Se agacha a mi altura y me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

—En cuanto lleguemos al siguiente refugio, tendrás que decidir —dice, solo para que yo lo escuche—. Si quieres seguir conmigo… o si prefieres que te ayude a desaparecer.

La pregunta queda flotando entre nosotros, tan real y tan peligrosa como todo lo que hemos vivido. No respondo. No puedo. Porque en este momento, ni siquiera yo sé cuál es la respuesta.

El resto del día transcurre en una sucesión de kilómetros y miradas furtivas. La tensión entre Luca y yo es un hilo invisible, tenso y vibrante, que amenaza con romperse en cualquier momento. Pero también hay algo más: una ternura contenida, una necesidad de protección que no tiene nombre…

Cuando finalmente llegamos al nuevo refugio —una casa de campo aislada, rodeada de árboles y un riachuelo—, el sol está cayendo y el cielo se tiñe de naranja y violeta. Luca aparca el coche y me ayuda a bajar a Matteo, que camina despacio, pero firme. Sus hombres descargan las provisiones y revisan la seguridad del lugar.
Entramos en la casa. Es grande, fría y vacía, pero al menos parece segura. Luca me guía hasta una habitación en la planta baja.

—Aquí estarás bien —dice, y su voz suena más suave de lo que esperaba.

Me quedo de pie en el umbral, sin saber qué decir. Quiero pedirle que se quede, que no me deje sola, pero el orgullo me lo impide.

—Gracias —murmuro, bajando la mirada.

Luca duda un instante, luego se acerca y me toma la mano. Su contacto es firme, cálido y real.

—No tienes que decidir si quieres marcharte ahora, pero cuando lo hagas, quiero que sea porque tú lo eliges. No porque yo te lo imponga.

Asiento, sintiendo las lágrimas arder en mis ojos. Él me suelta la mano y se marcha, dejándome sola en la habitación.

Me siento en la cama, y dejo que el cansancio me venza.



CAPÍTULO 9

Esta casa de campo es distinta a cualquier otra. El crujido de la madera y el viento se cuelan entre las rendijas y no consigo dormir. Doy vueltas en la cama, inquieta, con la mente llena de imágenes de la huida, del miedo, de Luca disparando bajo la lluvia.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho pasos en el pasillo y, como siempre, me tenso, pero enseguida reconozco el ritmo: es Luca. La puerta se abre sin llamar. Aparece en el umbral, con el pelo revuelto y la camiseta arrugada. Sus ojos grises me buscan en la penumbra.

—¿No puedes dormir? —pregunta con voz baja, casi ronca.

Niego con la cabeza. Él entra, cierra la puerta tras de sí y se apoya en la pared, cruzando los brazos. Se queda ahí, observándome, como si estuviera decidiendo si acercarse o no. Al final, suspira y se deja caer en la silla junto a la ventana, mirando hacia fuera.

—No me gusta este sitio —dice, sin mirarme—. Demasiado silencio. No se puede confiar en los lugares donde todo parece tranquilo.

Me incorporo en la cama y lo observo de reojo. Hay algo en su postura, en la forma en que aprieta la mandíbula, que me dice que está tan tenso como yo.

—¿Tienes miedo? —pregunto, sin pensarlo demasiado.

Él suelta una risa seca, pero no hay humor en ella.

—Siempre. El que dice que no tiene miedo es un idiota o un mentiroso.

Nos quedamos callados, cada uno perdido en sus pensamientos. Siento la distancia entre nosotros, pero también esa electricidad sorda que siempre aparece cuando compartimos la misma habitación. Me doy cuenta de que, a pesar de todo lo que ha pasado, de todo lo que me ha hecho, hay una parte de mí que busca su compañía.

De pronto, Luca se levanta y cruza la habitación. Se sienta en el borde de mi cama, sin pedir permiso, y apoya los codos en las rodillas. Me mira, y en sus ojos hay algo que no logro identificar.

—Mañana saldremos temprano —dice, bajando la voz—. No te separes de mí ni un segundo. Si algo sale mal, corres. ¿Entendido?

Asiento, tragando saliva con la piel erizada. Luca se inclina un poco más hacia mí, y por un momento creo que va a decir algo importante, pero se detiene. Me mira a los labios, luego a los ojos, y sonríe de lado, esa sonrisa torcida que siempre esconde algo.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunta—. Te he dado la oportunidad de haber escapado mil veces.

—¿Y para qué? —respondo, encogiéndome de hombros—. Afuera no hay nada seguro. Aquí, al menos, sé a qué atenerme.

Él asiente, como si mi respuesta le gustara. De repente, alarga la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara. El gesto es brusco, casi torpe, pero su mano se queda un segundo más de lo necesario rozando mi mejilla. Siento el calor de sus dedos, el temblor contenido en su pulso.

—No te confundas conmigo, Valeria —susurra, acercándose un poco más—. No soy bueno. No lo he sido nunca.

—No te estoy pidiendo que lo seas —respondo, y me sorprende lo firme que suena mi voz.

Nos quedamos así, tan cerca que puedo sentir su respiración mezclándose con la mía. El ambiente se carga de algo eléctrico. Por un instante, ninguno de los dos se mueve. Entonces, sin previo aviso, Luca me besa. No es un beso dulce ni lento: es urgente, un poco salvaje, como si quisiera recordarme que sigue siendo peligroso, que sigue siendo ese hombre al que temí la primera vez.

Le respondo sin pensar, con la misma intensidad. Siento su mano en mi nuca, su cuerpo tenso, el sabor a rabia y deseo mezclados. Cuando se separa, me mira con esa expresión oscura, casi desafiante.

—No te acostumbres —murmura, con la voz rasgada—. Esto no cambia nada.

—No esperaba que lo hiciera —le contesto, y sonrío, porque sé que los dos estamos mintiendo.

Luca se levanta de la cama y vuelve a la silla junto a la ventana. Se queda allí, vigilando la noche, como si nada hubiera pasado. Pero yo sé que sí. El roce de sus labios sigue ardiendo en los míos, y el pulso me late en las sienes.

Nos quedamos cada uno en su rincón, pero la distancia ya no es la misma. Hay algo nuevo entre nosotros: un deseo que ninguno quiere nombrar, pero que nos mantiene despiertos hasta que la noche empieza a clarear.

No he dormido más que un par de horas, y aun así me siento extrañamente despierta. El recuerdo del beso de anoche flota en el aire, cargado de tensión y preguntas sin respuesta. Luca sigue en la silla con la cabeza apoyada en la mano, los ojos abiertos y fijos en la nada. No sé si ha dormido en algún momento o si ha pasado la noche en vela, vigilando la casa, vigilándome a mí.

Me incorporo despacio, estirando los músculos adormecidos. No digo nada, y él tampoco. Como si los dos supiéramos que cualquier palabra podría romper el endeble equilibrio que hemos alcanzado.

Luca se levanta, se estira y se acerca a la ventana. Mira afuera, atento a cualquier movimiento entre los árboles. El gesto es puro instinto: siempre alerta, siempre preparado para lo peor, y me doy cuenta de que, a pesar del momento de anoche, sigue siendo el mismo hombre peligroso, el mismo Luca que puede ser ternura y amenaza en la misma mirada

—Tenemos que salir en media hora —dice al fin, sin mirarme—. Mis hombres ya están listos. No quiero sorpresas.

Asiento, tragando el nudo en la garganta. Me levanto y empiezo a recoger mis cosas, intentando no pensar en lo que pueda pasar cuando crucemos esa puerta. Siento su mirada en mi espalda, y me giro. Está ahí, de pie, con los brazos cruzados y la expresión dura, pero los ojos… los ojos tienen algo distinto. Una sombra de duda, de deseo, de algo que no se atreve a mostrar.

—¿Estás bien? —pregunta, y suena sincero.

—Sí. ¿Y tú?

Luca no responde enseguida. Se acerca, se detiene a medio metro de mí. Por un momento, parece que va a decir algo importante, pero se limita a rozarme el brazo con la mano, apenas un segundo, como si necesitara comprobar que sigo aquí, que soy real.

—Recuerda no separarte de mí —murmura, y en su voz hay una mezcla de orden y súplica.

—No lo haré —respondo, y nuestros ojos se encuentran. Hay electricidad, pero también comprensión: sabemos que lo que pasó anoche no lo cambia todo, pero sí lo suficiente como para que el miedo y el deseo se mezclen en cada gesto.

Salimos de la habitación y Matteo está ya vestido, sentado en la mesa de la cocina, con los ojos hinchados de sueño. Luca le da una palmada en el hombro, un gesto rápido, casi brusco, pero que a Matteo le arranca una sonrisa.

—¿Listos? —pregunta Luca, mirando a los dos y asentimos.

El resto de la casa está en movimiento: hombres revisando armas, mochilas, mapas. El ambiente es tenso, pero también hay sensación de equipo, de familia improvisada en medio del caos.

Antes de salir, Luca se detiene a mi lado. Me mira con esa intensidad que me deja sin aliento, y baja la voz para que solo yo lo escuche.

—No pienses demasiado en lo de anoche —dice, con una media sonrisa torcida—. No soy el tipo de hombre que hace promesas.

—No las necesito —le contesto, y aunque intento sonar segura, sé que en el fondo una parte de mí sí las querría.

Luca se inclina, como si fuera a besarme de nuevo, pero se detiene a un suspiro de distancia. Sus labios rozan mi mejilla, cálidos y fugaces.

—Vamos —me pide, y salimos al exterior, donde el frío de la mañana nos recibe como un balde de agua.

La casa de campo se va vaciando poco a poco. Matteo, todavía débil, pero más animado, ayuda en lo que puede y de vez en cuando me lanza una sonrisa cómplice, como si entendiera más de lo que dice.

Yo me mantengo ocupada, pero no dejo de sentir la presencia de Luca en cada rincón. Cada vez que pasa cerca, el ambiente se tensa, como si el aire mismo se electrificara. A veces me roza la espalda al pasar, otras me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario. No hay palabras dulces, no hay caricias evidentes, pero la tensión entre los dos es tan palpable que cualquiera podría cortarla con un cuchillo.

Después de comer, Luca me llama al despacho improvisado. Entro y cierro la puerta tras de mí. Él está de pie junto al ventanal, de espaldas, observando el bosque. No se gira cuando entro, pero sé que sabe que estoy ahí.

—¿Te has acostumbrado ya a vivir con miedo? —pregunta.

—Uno nunca se acostumbra —respondo, apoyándome en el marco de la puerta—. Solo aprende a no dejar que se note.

Él se da la vuelta despacio y clava sus ojos grises en los míos. Su mirada me desafía, me reta a apartar la vista, pero no lo hago. Me mantengo firme, aunque el pulso me lata en el cuello.

—Eso me gusta de ti —dice, acercándose hasta quedar a un paso—. No eres de las que se quiebran fácil.

Siento la tensión en el aire, esa mezcla de peligro y deseo que se ha ido construyendo entre nosotros desde el primer día. Luca levanta una mano, la apoya en la pared junto a mi cabeza, y me encierra entre su cuerpo y la puerta. No me toca, pero su proximidad es suficiente para que me tiemblen las rodillas.

—No te confundas, Valeria —su aliento roza mi mejilla—. No soy bueno. No te conviene confiar en mí.

—No lo hago —le contesto, y sé que es verdad… pero también sé que no puedo evitar quererlo cerca.

Luca sonríe, una sonrisa torcida y oscura, y baja la mirada a mis labios. Por un instante, creo que va a besarme, pero se detiene a unos milímetros de distancia. Su mano roza mi cintura, firme, posesiva, y siento cómo el calor sube por mi piel.

—¿Vas a huir? —pregunta, y la pregunta es un reto y una invitación al mismo tiempo.

—No —respondo, tragando saliva—. No esta vez.

Siento el poder que ejerce sobre mí, el modo en que controla el ritmo de cada acercamiento, cada roce, cada palabra. Y, aunque debería asustarme, descubro que me atrae, que me hace sentir viva de una forma que no recordaba.

Luca se separa de golpe, como si le costara contenerse. Me mira de arriba abajo con la mandíbula apretada, y luego suelta un suspiro frustrado.

—Prepárate. Salimos en una hora —ordena, volviendo a su tono de jefe, pero sus ojos siguen clavados en los míos, como si no pudiera soltarlos del todo.

Salgo del despacho con el pulso acelerado, la piel ardiendo y la cabeza llena de preguntas. Sé que esto no es amor, que lo nuestro es una batalla de voluntades, de deseo y de peligro, pero también sé que, mientras Luca siga siendo tan oscuro y contradictorio, yo seguiré buscándolo, aunque solo sea para sentir el vértigo de estar al borde de algo que podría destruirme o salvarme.

Y mientras me preparo para la huida, no puedo evitar pensar que, en este juego de poder, ninguno de los dos está dispuesto a ceder. Y eso, en el fondo, es lo que más nos une.



La casa de campo, que por unas horas fue refugio, ahora es solo una escala más en esta huida constante. Todos se mueven con nerviosismo y yo intento mantenerme ocupada, pero la verdad es que no puedo dejar de pensar en Luca. En su forma de mirarme, de acercarse sin tocarme, de ejercer ese poder que me asusta y me atrae a partes iguales. Me doy cuenta de que, aunque no lo admita, busco su presencia en cada rincón, en cada sombra. Y él lo sabe. Sabe que tiene ese efecto sobre mí, y lo utiliza con una maestría que me deja sin defensas.

Cuando por fin llega la hora de salir, Luca aparece en el pasillo. Va vestido de negro, me mira, pero no dice nada, solo se acerca y me toma del brazo, guiándome hacia la puerta principal. Su mano es firme, cálida, y el contacto me sacude por dentro.

—Vas conmigo —dice, sin opción a réplica.

Asiento, sintiendo el pulso de nuevo acelerado. Matteo camina delante de nosotros, y los hombres de Luca nos siguen en fila, atentos a cualquier movimiento. Salimos al exterior, donde los coches esperan con los motores en marcha.

Luca me abre la puerta del asiento delantero y me indica que suba. Cuando lo hago, se inclina sobre mí para abrocharme el cinturón. Su rostro queda tan cerca del mío que puedo ver la sombra de su barba, el brillo oscuro en sus ojos y por un segundo, el mundo se reduce a ese espacio mínimo entre nosotros.

—Pase lo que pase, no olvides mantenerte a mi lado —susurra, con una voz cargada de advertencias.

El coche arranca y nos ponemos en marcha. El viaje es tenso, pero distinto a los anteriores. Esta vez, Luca no se limita a conducir en silencio. De vez en cuando, su mano busca la mía y la aprieta con fuerza, como si necesitara recordarme que sigo siendo suya, al menos por ahora. Cada vez que lo hace, una corriente eléctrica me recorre el cuerpo, y me descubro deseando que no me suelte nunca.

Paramos en una gasolinera a las afueras de un pueblo. Luca me hace bajar con él, y mientras uno de sus hombres llena el depósito, él me guía hacia un rincón apartado del aparcamiento y me apoya contra la pared, dominante, pegando su cuerpo al mío.

—¿Te asusta que te haga esto? —pregunta, ladeando una sonrisa traviesa.

—Me asustas tú —respondo, sin apartar la vista—. Pero no quiero que pares.

Luca curva de nuevo su boca, dejándome ver esa sonrisa torcida, peligrosa, que solo me muestra a mí. Se inclina y me besa,

esta vez sin urgencia, pero con una firmeza que me deja sin aire. Sus manos me sujetan por la cintura, y el beso se vuelve más profundo, más posesivo. No hay dulzura, pero sí una honestidad brutal, una necesidad que no pide permiso ni ofrece disculpas.

Cuando se separa, me sostiene la mirada con sus labios apenas rozando los míos.

—Si tardas mucho en decidir si te vas o te quedas, quizás después no te deje marchar.

—No lo hagas —aseguro, y en mi voz hay tanto deseo como desafío.

Luca se aparta despacio, pero su mano sigue en mi cintura mientras volvemos al coche. El viaje continúa y la tensión entre nosotros no hace más que crecer. Cada roce, cada mirada, cada palabra no dicha es una provocación, y ninguno de los dos está dispuesto a ceder.



CAPÍTULO 10

La noche avanza mientras el coche devora kilómetros de asfalto bajo un cielo sin luna. El interior está envuelto en penumbra, iluminado solo por las luces del salpicadero y el resplandor fugaz de los faros al cruzar algún pueblo perdido. Matteo duerme en el asiento trasero, ajeno a la tensión que crece entre nosotros.

Luca conduce con los ojos fijos en la carretera, pero de vez en cuando, su mano se posa sobre mi muslo, firme, posesiva. Cada vez que lo hace, siento cómo el poder que ejerce sobre mí se intensifica, cómo mi cuerpo reacciona a su control, a su cercanía, a ese deseo que me mantiene vulnerable.

Paramos a mitad de la noche en una posada de carretera. Luca baja primero, inspecciona el lugar con una mirada rápida y luego me indica con un gesto que lo siga. El recepcionista apenas pregunta nada: Luca paga en efectivo y nos entrega una llave sin hacer más explicaciones. Matteo sube a la habitación y cae rendido en la cama más cercana. Yo me quedo en el baño, lavándome la cara, intentando calmar el pulso, pero la imagen de Luca, su olor, su presencia, me persigue incluso con los ojos cerrados.

Cuando salgo, Luca está de pie junto a la ventana, vigilando la calle desierta. La luz tenue dibuja sombras en su rostro, acentuando

la dureza de su expresión. Me acerco despacio, sintiendo el calor de su cuerpo incluso antes de que me toque.

—¿Crees que estamos seguros aquí? —pregunto.

Luca no responde enseguida. Se vuelve, me mira de arriba abajo, y en sus ojos veo el mismo fuego oscuro de antes, esa mezcla de deseo y advertencia que me hace temblar.

—Nada es seguro —dice al fin—, pero mientras estés conmigo, nadie te va a tocar.

Me acerco un poco más, desafiando la distancia, el miedo, el orgullo y, siento su mano en mi cintura, firme, guiándome hacia él. Me sostiene la mirada, y el mundo se reduce a ese espacio mínimo entre su boca y la mía.

—¿Por qué sigues ejerciendo ese poder sobre mí? —susurro, sin apartar los ojos de los suyos.

Luca sonríe.

—Porque puedo. Porque te gusta. Y porque, aunque no lo admitas, lo necesitas tanto como yo.

No hay tiempo para más palabras. Me besa con una urgencia contenida, con la seguridad de quien sabe que puede romperme y protegerme al mismo tiempo. Sus manos me recorren la espalda, me acercan más, me reclaman. Yo respondo, perdida en el vértigo de ese control, de ese deseo que me consume y me asusta a partes iguales.

Cuando nos separamos, ambos respiramos agitados. Luca apoya la frente en la mía con sus dedos aún firmes en mi cintura.

—No soy bueno, Valeria. Y no voy a cambiar —murmura, casi con rabia—. No sé qué esperas de mí, pero no creo que te lo pueda dar.

—No lo necesito —respondo, y es la verdad. Porque lo que hay entre nosotros no es fácil, ni dulce, ni seguro. Es peligroso, adictivo, real.

Luca se acerca de nuevo, y esta vez no hay dudas ni distancia: me toma de la cintura una vez más y me arrastra hacia él, pegando su cuerpo al mío para besarme con hambre, con una urgencia que me desarma. Sus manos recorren mi espalda, bajan por mis caderas, me sujetan con fuerza. Siento el calor de su piel, la dureza de su cuerpo, la forma en que me domina sin esfuerzo. Yo respondo igual de intensa, aferrándome a sus hombros, buscando su boca, su cuello, el sabor de su piel.

Luca me empuja suavemente contra la pared, sus labios bajan por mi mandíbula, mi cuello…, mordisqueando, reclamando. Sus manos suben bajo mi camiseta, la deslizan por mi torso y la lanzan a un lado. Sus dedos recorren mi piel, firmes, seguros, como si quisiera memorizar cada centímetro. Yo tiemblo, pero no de miedo, sino de anticipación.

Me desabrocha el sujetador con una sola mano, sus ojos recorren mi cuerpo y sonríe, esa sonrisa oscura y traviesa que me vuelve adicta a él. Sus labios bajan, besan, muerden, su lengua juega con mis pezones, y un gemido se me escapa sin querer. Luca lo escucha y sonríe aún más, satisfecho de su poder.

Me levanta en brazos y me lleva a la cama, me tumba y se coloca sobre mí, su peso, su calor, su control absoluto me hacen sentir pequeña y poderosa a la vez. Me mira a los ojos con una mano en mi mejilla y la otra bajando por mi vientre, desabrochando mi pantalón con una lentitud exasperante.

—Pídemelo —susurra con voz grave, ronca—. Dime que quieres.

—Tómame. Hazme tuya. —respondo, sin poder evitarlo, porque en ese momento es la única verdad que conozco.

Luca sonríe, me quita el pantalón y la ropa interior de un tirón. Su boca baja por mi vientre, sus manos me abren, me exploran, me reclaman. Siento su lengua, sus dedos, su aliento caliente, y el placer me sacude, intenso, incontrolable. Me arqueo bajo él, me aferro a sus hombros, le pido más, y él me lo da, sin reservas, sin límites.

Se desviste con la misma urgencia, su cuerpo es duro, marcado, perfecto. Se coloca entre mis piernas, me mira a los ojos y, sin apartar la vista, me penetra de un solo movimiento. El dolor es mínimo, el placer lo cubre todo. Luca se mueve dentro de mí con fuerza, con ritmo, con una pasión que me arrastra y me consume.

Cada embestida es una declaración de poder y de entrega. Sus manos me sujetan, me marcan, me hacen suya. Yo le respondo con la misma intensidad, buscándolo, retándolo, perdiéndome en él.

El clímax llega como una ola, me rompe, me arrastra, me deja temblando bajo su cuerpo. Luca no se detiene, me besa, me muerde, me susurra palabras en italiano, palabras que no entiendo pero que me atraviesan el alma. Cuando él también llega, lo siento en cada músculo, en cada latido, en cada suspiro.

Nos quedamos así, jadeando, sudorosos, entrelazados en la oscuridad. Luca apoya la frente en mi hombro y puedo sentir su respiración caliente en mi cuello. Me abraza fuerte, como si no quisiera soltarme nunca.

Hoy no hay máscaras, no hay juegos de poder. Solo nosotros, desnudos y vulnerables, compartiendo un momento que lo cambia todo.

Y mientras la noche avanza afuera, sé que, pase lo que pase, ya no hay vuelta atrás.

Luca sigue encima de mí, su respiración pesada, su piel pegada a la mía. No me suelta, no se aparta. Solo baja la cabeza y apoya la frente en mi clavícula, como si necesitara ese contacto para no perderse.

Mis manos recorren su espalda, marcando el contorno de sus músculos, sintiendo el temblor sutil que aún queda en su cuerpo. No hay palabras, solo el lenguaje de la piel, del calor, del deseo satisfecho y la vulnerabilidad compartida. Ya no parece un jefe, ni un enemigo, ni siquiera un protector. Es solo un hombre, exhausto y humano, que me abraza como si el mundo fuera a romperse en cualquier momento.

Pasan minutos —o tal vez horas— hasta que él se mueve. Se aparta despacio, pero no me deja ir. Se tumba a mi lado y, sin pedir permiso, me atrae hacia él. Apoyo mi cabeza en su pecho y me rodea la cintura con su brazo. Siento el latido de su corazón, fuerte y rápido, y me dejo llevar por la calma que nos envuelve.

—No deberíamos haber hecho esto —murmura, pero su voz no tiene reproche, solo una honestidad cansada.

—No me arrepiento —susurro, y es la verdad. Porque siento que pertenezco a algo, aunque sea solo a este instante.

Luca se queda en silencio. Su mano dibuja círculos lentos en mi espalda, y me permito imaginar que podríamos quedarnos así para siempre, pero sé que no es posible. Afuera, sigue la guerra, la huida, la amenaza de la mafia rival… todo sigue ahí, esperando.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sin poder evitar que mi voz tiemble un poco.

Luca no responde enseguida. Me aprieta un poco más contra él, como si quisiera protegerme de todo lo que viene después.

—Ahora descansamos —dice al fin, y su tono es más suave de lo que jamás le había escuchado—. Mañana… mañana volveremos a ser quienes tenemos que ser.

Siento un nudo en la garganta, pero no lloro. Solo me aferro a él, a su calor, a la certeza de que, aunque solo sea por esta noche, Luca es mío y yo soy suya.

El sueño me vence poco a poco, arrullada por el ritmo de su respiración, por la seguridad de sus brazos. Antes de quedarme dormida, siento sus labios en mi frente, un beso breve, pero real. Esta noche será solo nuestra. Un secreto guardado entre las sombras, un respiro, un recuerdo al que aferrarme cuando todo vuelva a ser peligro y distancia.

Porque en el fondo, aunque Luca siga siendo ese hombre contradictorio, aunque mañana vuelva a poner sus muros y a ejercer su poder, esta noche me ha dejado ver su verdad. Y yo, contra todo pronóstico, he decidido quedarme. Aunque duela. Aunque arda.

Aunque mañana, el mundo vuelva a ser de él.
Y yo, inevitablemente, también.



CAPÍTULO 11

La luz dorada se filtra por las cortinas, tiñendo la habitación de un resplandor suave y cálido que contrasta con la noche anterior. Estoy envuelta en los brazos de Luca y siento su respiración profunda y regular en mi nuca. Su mano aún está aferrada a mi cintura como si temiera que pudiera escaparme mientras duerme.

El peso de su cuerpo junto al mío, el calor compartido bajo las sábanas, el silencio tranquilo: todo parece tan sencillo, tan lejos del peligro y todo lo que nos espera... Me giro despacio, sin querer despertarlo, y lo observo. Tiene el rostro relajado, la mandíbula menos tensa y la cicatriz en la ceja es apenas visible bajo la luz de la mañana. Hay algo vulnerable en él cuando duerme, algo que pocas veces deja ver.

Me acerco y rozo su mejilla con la yema de los dedos. Luca se remueve, abre los ojos y me mira, primero desorientado, después con esa intensidad que siempre me deja sin aire. No dice nada, pero su mano se desliza por mi espalda, me atrae hacia él y me besa en la frente, un gesto breve, casi posesivo.

—Buenos días —su voz está ronca por el sueño.

—Buenos días —respondo, y no puedo evitar sonreír.

Por unos minutos, nos quedamos abrazados, sin necesidad de palabras, pero la realidad no tarda en filtrarse. Los sonidos del pasillo, el rumor de las voces, el peso de todo lo que aún no se ha

resuelto... Luca se incorpora, se pasa una mano por el pelo y me mira con seriedad.

—Tenemos que movernos de nuevo—dice, y su tono vuelve a ser el del jefe, el hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas—. No podemos quedarnos aquí mucho más.

Asiento, aunque una parte de mí se resiste a dejar este pequeño refugio. Me levanto, busco mi ropa y me visto en silencio. Luca hace lo mismo, pero sus ojos no dejan de buscarme en el reflejo del espejo. Hay algo nuevo en su mirada, una mezcla de deseo y preocupación, como si lo que compartimos anoche hubiera abierto una grieta en su coraza.

Antes de salir de la habitación, me detiene con un gesto. Se acerca, me toma del rostro y me besa, esta vez despacio, con una ternura inesperada. Cuando se separa, sus manos siguen en mis mejillas y sus ojos fijos en los míos.

—No confíes en nadie fuera de esta habitación —advierte con voz baja—. Ni siquiera en mí, si las cosas se ponen feas.

—¿Por qué me lo dices ahora? —pregunto, sintiendo de nuevo el vértigo de estar al borde de un precipicio.

—Porque anoche… —se interrumpe, como si le costara admitirlo —. Porque anoche fuiste mía. Y no sé si eso me hace más fuerte o más débil.

No sé qué responder. Solo asiento, entendiendo que en su mundo, el amor y la vulnerabilidad son armas de doble filo.

Salimos juntos al pasillo y, Matteo ya está despierto, sentado en la cama, con la mirada alerta. Cuando nos ve, sonríe, pero sus ojos se detienen en Luca, buscando una señal de que todo sigue bajo control.

Luca reparte órdenes rápidas a sus hombres y mientras recogemos nuestras cosas, se acerca de nuevo a mí. Esta vez no hay palabras, solo el roce de su mano en mi cintura, el contacto fugaz de

sus labios en mi cuello, y sé que ya no tengo escapatoria: le pertenezco por completo.



El recuerdo de la noche anterior sigue vivo en mi piel, en el leve ardor de mis labios, en la forma en que mi cuerpo reacciona solo con mirarlo, pero también está el peso de sus palabras, esa advertencia de no confiar en nadie, ni siquiera en él. Es como si el placer y el miedo se hubieran entrelazado para siempre entre nosotros.

Paramos en una estación de servicio a las afueras de un pueblo diminuto. Luca baja primero, revisa el lugar con la mirada de un hombre acostumbrado a la amenaza constante. Me hace un gesto para que lo siga y mientras Matteo se queda en el coche, yo salgo, sintiendo el aire fresco en la cara y el pulso acelerado por la tensión.

Dentro de la tienda, Luca me guía con una mano firme en la espalda, siempre atento, siempre dominante. El dependiente apenas nos mira; Luca compra café y algo de comida, paga en efectivo y no pronuncia más palabras de las necesarias. Cuando salimos, me detiene junto a la máquina de café y se inclina hacia mí.

—Hoy será un día largo. Quédate cerca y haz todo lo que te pida —ordena, y su tono no admite réplica.

Asiento, sintiendo esa mezcla de sumisión y desafío que solo él despierta en mí. Me gustaría rebelarme, decirle que no puede controlarlo todo, pero sé que aquí, ahora, la supervivencia depende de su instinto y de su poder. Y, una parte de mí encuentra consuelo en ese control, sabiendo que, mientras esté a su lado, nada ni nadie podrá tocarme.

De vuelta en el coche, Luca arranca y deja atrás el pueblo. El viaje continúa en silencio, pero la tensión entre nosotros es un hilo invisible, vibrante, que se tensa con cada roce accidental de nuestras manos sobre la palanca de cambios. En un momento, Luca se detiene en un arcén apartado. Apaga el motor y se queda quieto, mirando al frente.

—Ven aquí —dice y obedezco.

Me inclino hacia él cuando su mano sube a mi nuca y me atrae para un beso profundo, posesivo, que me deja sin aliento. Sus labios me reclaman, su lengua explora, y yo me pierdo en el sabor y el calor de su boca. Cuando se separa, me sostiene la mirada.

—No veo el momento de volver a hacerte mía —susurra y el deseo arde entre mis piernas.

Seguimos el viaje. Matteo despierta y pregunta adónde vamos, pero Luca no da detalles. Solo dice que falta poco, que pronto estaremos a salvo. Yo lo miro de reojo, buscando en su perfil alguna grieta, alguna señal de que la noche anterior no fue solo un paréntesis, sino el principio de algo más.

Cuando por fin llegamos a una casa de ladrillo rojo, rodeada de árboles y con aspecto de fortaleza, Luca aparca el coche y baja primero. Revisa el perímetro, habla con uno de sus hombres y luego me hace una seña para que baje. Matteo va delante, yo detrás, y Luca cierra la marcha, siempre en control.

Dentro, hay un par de habitaciones preparadas, mantas limpias, comida en la mesa. Por un momento, todo parece normal, pero la tensión no desaparece. Luca me observa mientras me lavo las manos, mientras ayudo a Matteo a acomodarse, mientras recorro el salón con la mirada. Es como si necesitara recordarme, a cada instante, que sigo siendo suya, que nada de lo que pasa entre nosotros ocurre sin su permiso.

Cuando cae la noche, Matteo sigue durmiendo, agotado de tanto viaje, y los hombres de Luca montan guardia fuera. Yo me encierro

en mi habitación, pero no tardo en escuchar los pasos de Luca y la puerta se abre sin llamar.

—No pienses que lo de anoche fue debilidad —dice—. Fue porque lo quise.

Se acerca, me toma de la cintura y me besa, esta vez más lento, más profundo, dejando claro que el poder, el control, el deseo, siguen siendo suyos. Y yo, lejos de resistirme, me dejo llevar, sabiendo que, en este juego, perder el control es lo único que me hace sentir viva.



CAPÍTULO 12

La luz tenue de la lámpara sobre la mesilla da al cuarto un aire íntimo, casi clandestino. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Luca y yo nos quedamos callados, desnudos y entrelazados.

Él se incorpora primero. Se viste en silencio, sin prisas, y se acerca a la ventana para echar un vistazo al exterior. Yo lo observo desde la cama, envuelta en la sábana, notando cómo la tensión habitual de su cuerpo vuelve poco a poco, como si la noche anterior hubiera sido solo una tregua. Se pasa una mano por el pelo y, durante un instante, le observo. Su cuerpo es perfecto.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome? —pregunta sin girarse, con esa voz suya que mezcla ironía y autoridad.

—Solo estaba comprobando que sigues aquí —respondo, y me sorprende lo natural que suena.

Él se gira, me lanza una de esas miradas suyas que no permiten adivinar nada, y se acerca para sentarse a mi lado. Sus dedos rozan mi mejilla, y el gesto es tan tierno que me desarma.

—No me voy a ir —dice—. Pero tampoco puedo asegurarte que esto será fácil.

—Nunca lo ha sido —contesto, y ambos sonreímos, sabiendo que no necesitamos fingir.

Unos golpes secos en la puerta nos interrumpen. Es uno de los hombres de Luca, que informa de la llegada de un visitante

inesperado: un contacto de confianza, alguien que trae información sobre los movimientos de la banda rival. Luca se pone en pie de inmediato, su rostro se endurece y la máscara de jefe vuelve a colocarse en su sitio.

—Vístete y baja conmigo —ordena.

Me visto rápido y lo sigo por el pasillo. En la sala principal, un hombre alto, de barba descuidada y ojos astutos, espera junto a la chimenea apagada. Cuando nos ve, asiente con respeto, pero sus ojos se detienen en mí con curiosidad.

—Ella se queda —dice Luca, cortando cualquier objeción antes de que empiece.

El visitante, que se presenta como Marco, saca un sobre de su chaqueta y se lo entrega a Luca. Hablan en voz baja con frases cortas, llenas de nombres y lugares que no reconozco. Yo escucho, atenta, sintiendo que estoy empezando a formar parte de algo más grande que mi propio miedo.

De pronto, Marco se vuelve hacia mí.

—¿Eres la doctora? —pregunta, y mi cuerpo se tensa.

Asiento, sin bajar la mirada.

—He oído hablar de ti. Dicen que salvaste a Matteo cuando nadie más podía.

No sé qué responder y Luca interviene, apoyando su mano en mi espalda, como si quisiera protegerme.

—Has oído bien. Ella es la razón por la que sigue vivo —le confirma.

El resto de la reunión transcurre rápido. Marco se marcha, dejando tras de sí una sensación de inquietud, pero también la certeza de que la red de Luca es más amplia y compleja de lo que imaginaba.

Cuando volvemos a la habitación, Luca se sienta en el borde de la cama y me mira, serio.

—Vamos a tener que movernos otra vez, pronto, pero esta vez no será una huida. Quiero que estés preparada para lo que venga.

—Estoy contigo —digo, y lo siento de verdad. No porque me lo haya pedido, sino porque ahora, después de todo, no sé estar en otro sitio.

Él asiente, y percibo algo parecido al orgullo en su rostro. No dice nada más, pero su mano busca la mía, y ese gesto, sencillo y directo, vale más que cualquier palabra.



El día siguiente comienza extraño, como si la visita de Marco hubiera cambiado algo en la casa y en nosotros. Nadie habla de tranquilidad, pero tampoco hay ese miedo paralizante de otras veces. Luca se levanta temprano, repasa mapas y documentos junto a la mesa del comedor, rodeado de sus hombres. Yo preparo el desayuno para Matteo, que se muestra más animado, aunque todavía arrastra agotamiento en la mirada.

Luca me observa de reojo mientras organiza la salida: sus gestos son más cortos, su voz más baja, pero no hay frialdad. Al contrario, hay una especie de respeto, como si la noche que compartimos hubiera marcado un antes y un después en la forma en que me incluye en su mundo.

Cuando los hombres de Luca terminan de cargar el coche, él se acerca y me toma de la mano, un gesto breve, pero firme. Me mira a los ojos, buscando algo que no sé si puedo darle, pero que igual intento ofrecerle: confianza, lealtad, asegurarse de que no voy a flaquear.

—Hoy no va a ser fácil —me dice bajando la mirada—. Puede que tengamos que separarnos un rato. Si eso pasa, haz caso a Marco. Él sabe lo que hace.

Asiento, tragando el nudo en la garganta. No me gusta la idea de separarme de Luca, pero entiendo que en su mundo, a veces, la supervivencia depende de la flexibilidad y la rapidez.

Salimos de la casa en dos coches distintos. Marco conduce el mío, Luca va en el otro, con Matteo y dos hombres más. El plan es despistar a cualquiera que nos siga, cambiar de ruta en un punto acordado y volver a reunirnos en una casa segura a las afueras de la ciudad. El viaje es tenso, pero Marco resulta ser un conductor hábil y un conversador inesperado. Me cuenta historias de su infancia, anécdotas de otros tiempos, y aunque no baja la guardia ni un segundo, logra que el trayecto no sea solo una carrera de huida.

En un momento, Marco cambia el tono y me mira de reojo.

—Luca confía en ti más de lo que crees —dice—. No suele hacerlo con nadie. Ni siquiera conmigo.

No sé qué responder. Siento el peso de esa confianza, pero también la responsabilidad que implica. No quiero fallarle, no quiero fallarnos.

El coche se detiene en un claro del bosque. Marco me indica que espere mientras él revisa el perímetro. Me quedo sola unos minutos con el corazón acelerado y repasando mentalmente todo lo que podría salir mal, pero cuando Marco regresa, asiente con una sonrisa y eso me tranquiliza.

—Todo en orden. Vamos.

Llegamos al punto de encuentro poco después. El otro coche ya está allí, y ver a Luca bajando, ileso, me provoca un alivio tan grande que casi me hace reír. Él me busca con la mirada, y cuando nuestros ojos se cruzan, mi corazón se salta un latido.

Nos reunimos en una casa antigua, de techos altos y ventanales polvorientos y los hombres de Luca se dispersan para asegurar el lugar. Luca se acerca, me toma de la mano y me lleva a una habitación apartada. Cierra la puerta tras de sí y se apoya en ella, mirándome con una intensidad que me deja sin aliento.

—Lo has hecho bien —dice, repasando mi cuerpo con su mirada —. No sé si te lo he dicho antes, pero… me gusta tenerte cerca.

Me acerco para abrazarlo, y él me sostiene fuerte, como si en ese gesto pudiera protegernos a ambos. Nos quedamos así, respirando juntos, disfrutando del momento y entonces, Luca se separa apenas lo justo para mirarme a los ojos.

—No sé qué va a pasar mañana, Valeria, pero hoy, solo me importas tú.

Matteo, poco a poco, recupera fuerzas y yo me adapto como puedo a mi nueva vida. Evito pensar en mi trabajo, mis amigos y en todo lo que dejé atrás…, como si al mantenerlo fuera de mi mente pudiera protegerme del dolor que me provoca su distancia, pero a veces, la casa se me viene encima y los recuerdos se cuelan sin permiso en mi mente.

Echo de menos la rutina del hospital, el bullicio de los pasillos, el sonido tranquilizador de las máquinas y las voces conocidas. Me pregunto si mis compañeros se estarán preguntando dónde estoy, si alguien habrá notado mi ausencia más allá de los turnos perdidos. Pienso en los pacientes que dejé a medias, en los casos sin resolver, y una punzada de culpa me atraviesa el pecho.

Mi familia aparece en mi mente en los momentos más inesperados, pero no como un refugio, sino como una sombra que

no consigo apartar. No los extraño a ellos, extraño la idea de una familia que nunca tuve. No creo que me busquen, ni que me esperen. Quizá, en el fondo, nunca les importé lo suficiente como para hacerlo.

Intento no dejarme arrastrar por la nostalgia, pero hay días en los que la soledad pesa más que el miedo. Me aferro a pequeñas rutinas para no perderme del todo: vigilar a Matteo, preparar comidas, limpiar la habitación. Son gestos simples, pero me ayudan a mantener los pies en la tierra.

A veces me descubro soñando con volver, con recuperar mi vida anterior, pero otras veces me asusta la idea de que, después de todo esto, ya no encaje en ese mundo. Aquí, en medio de la incertidumbre, he cambiado. Y aunque me duela admitirlo, una parte de mí teme que, cuando llegue el momento de marcharme, no sepa cómo regresar a lo que antes era mi hogar.

Luca y yo compartimos pequeños momentos robados al caos: una conversación en la cocina, una mirada cómplice, el roce de sus dedos en mi espalda cuando nadie más mira. La tensión sexual sigue ahí, latente, pero ahora hay algo más.

Una tarde, mientras reviso el botiquín en el despacho, Luca entra sin avisar y su presencia llena la habitación, como siempre, pero esta vez noto que algo lo inquieta.

—¿Qué pasa? —pregunto, dejando a un lado las vendas.

Él tarda en responder y se pasa una mano por el pelo.

—Marco ha recibido información —dice al fin—. Saben que estamos aquí. No tenemos mucho tiempo.

El miedo me golpea, pero lo disfrazo con una calma que ya casi me sale natural.

—¿Cuánto?

—Unas horas, tal vez menos. Tenemos que salir antes de que cierren el cerco.

Me acerco, busco su mano y la aprieto. Él me mira, y en sus ojos veo la rabia de tener que huir otra vez.

—Estoy contigo —le digo, y lo digo en serio. No porque no tenga miedo, sino porque ya no sé estar en otro sitio.

Luca asiente y su expresión se suaviza cuando me atrae hacia él para besarme.

—No te separes de mí —susurra contra mis labios—. Pase lo que pase, no me sueltes.

Asiento, y mi mundo se reduce a ese contacto.

Una vez más la casa se llena de actividad. Los hombres de Luca recogen lo imprescindible, y hasta Matteo ayuda en lo que puede. Yo preparo un pequeño botiquín y reviso que llevamos suficiente medicación para él. El plan es sencillo: salir por la parte trasera, tomar un coche distinto y desaparecer antes de que la banda rival llegue.

Cuando todo está listo, Luca me toma de la mano y me guía hacia la salida. Sus dedos entrelazados con los míos son lo único que me mantiene cuerda en medio del caos.

—¿Lista? —pregunta, acariciando mi mentón.

—Siempre —respondo, y no es mentira.

El plan de huida se pone en marcha antes de que el reloj marque la medianoche. Matteo se mantiene cerca de mí, con la mirada alerta

y los labios apretados, como si supiera que esta noche no hay margen para errores.

Salimos por la puerta trasera, cruzando el jardín en silencio. El coche espera oculto entre los árboles con el motor en marcha y las luces apagadas. Marco conduce, Luca va a mi lado y Matteo detrás. El resto del equipo se dispersa en otros vehículos, siguiendo rutas diferentes para despistar a cualquiera que nos siga.

El trayecto es tenso, cada cruce y cada curva parecen durar una eternidad. Luca no suelta mi mano en ningún momento y su pulgar acaricia mi piel mientras la noche se convierte en un laberinto de caminos secundarios y bosques cerrados.

De pronto, Marco frena en seco. Un coche bloquea la carretera, dos figuras armadas se recortan contra los faros. El silencio se rompe con un disparo al aire y Luca reacciona al instante empujándome hacia el suelo del coche a la vez que saca su arma.

—No te muevas —me ordena con voz urgente.

Los segundos se estiran, los gritos y el crujido de ramas bajo las botas de los atacantes llenan el aire. Matteo tiembla junto a mí, pero no dice nada. Marco intercambia disparos con los hombres del coche rival y el estruendo de las balas retumba en mis oídos.

Luca sale del coche, se cubre tras la puerta y responde al fuego. Veo su silueta recortada por la luz que emiten los faros, la seguridad de sus movimientos, la forma en que protege a los suyos sin dudar. El peligro parece hacerlo más valiente, más real, más él.

En un momento de calma, Luca se asoma al interior y me busca con la mirada. Sus ojos grises brillan con intensidad. Como si fuese el cazador en vez de la presa.

—Cuando te diga, corres hacia el bosque. No mires atrás. Marco irá contigo. Yo os cubro.

Asiento, tragando el miedo y sintiendo el pulso en la garganta. Luca me toma el rostro entre las manos, me besa rápido, intenso,

como si ese gesto fuera un amuleto contra la muerte.

—Confía en mí —asiento con los ojos llenos de lágrimas y no nos da tiempo a nada más.

El grito de Marco es la señal. Salgo del coche, corro junto a Matteo y Marco hacia la espesura. Las ramas me arañan la piel, el aire frío me corta la respiración, pero no me detengo. Detrás, los disparos se alejan, se apagan, hasta que solo queda el sonido de mi corazón desbocado.

Nos refugiamos tras un tronco caído. Marco revisa a Matteo, que está ileso, pero pálido. Yo me asomo entre las ramas, buscando a Luca. El tiempo pasa lento, cada segundo es una tortura. Finalmente, escucho pasos rápidos y, de la oscuridad, emerge él, con la camiseta hecha girones y cubierto de sangre, pero vivo.

Se acerca y me abraza con fuerza, como si no existiera nadie más. No dice nada, pero el modo en que me sostiene lo dice todo. Nos quedamos así, jadeando, hasta que la adrenalina baja y el peligro inmediato pasa.

—No vuelvas a soltarme —le susurro, y él me besa de nuevo, sin importarle que haya nadie delante.



CAPÍTULO 13

El bosque nos envuelve mientras avanzamos entre raíces y ramas caídas. Marco va delante, abriendo camino con una linterna pequeña y la pistola en la otra mano. Matteo camina a mi lado, respirando rápido, y Luca va detrás, atento a cada posible amenaza. El peligro no ha desaparecido, pero ahora es más sutil, como si nos acechara desde el mismo aire.

Llegamos a un claro donde Marco se detiene y hace una señal para que nos agachemos. Nos ocultamos tras unos arbustos con los cuerpos pegados al suelo mojado y Luca se acerca a mí con el rostro manchado de barro.

—¿Estás bien? —murmura.

Asiento, aunque las piernas me tiemblan y Matteo asiente también, intentando mostrarse más fuerte de lo que realmente está.

Marco escucha algo y nos hace callar. Unos pasos se acercan y nos quedamos inmóviles, conteniendo la respiración. Luca me toma la mano, apretándola con fuerza, y en ese gesto hay más poder que en cualquier palabra. Siento el calor de su piel, el control absoluto que ejerce incluso en medio del caos, y me dejo llevar, confiando en él.

Las voces se alejan y Marco nos indica que es seguro avanzar. Caminamos en silencio, guiados solo por la luz de la linterna y la determinación de Luca. El bosque parece interminable, pero

finalmente divisamos una casa abandonada entre los árboles. Marco revisa el lugar y nos da la señal para entrar.

Dentro, apesta a moho y madera vieja. Luca cierra la puerta tras de sí y se apoya en ella, respirando hondo mientras yo me dejo caer en el suelo, exhausta, y Matteo se sienta a mi lado.

Nadie habla y solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones. Luca se acerca, se agacha frente a mí y me toma el rostro entre las manos. Sus dedos están fríos, pero su mirada arde.

—Nunca dudes de mí —susurra, y sus labios buscan los míos, primero con rabia, luego con una ternura inesperada.

El beso es largo, profundo, y en él se mezclan el miedo, el alivio y el deseo que llevamos acumulando desde hace días. Siento su poder, su necesidad de control, pero también su vulnerabilidad, esa grieta que solo yo conozco.

Cuando nos separamos, Luca me abraza fuerte y su cuerpo tiembla aún por la tensión de la huida.

Marco se acerca y nos informa de que la zona parece segura por ahora, pero que debemos descansar y estar listos para movernos en cuanto amanezca. Luca asiente, pero no me suelta. Me guía hasta un rincón más resguardado de la casa y se tumba conmigo, rodeándome con su brazo.

—Esta noche no pienso dejarte sola —dice en mi oído y nos quedamos así, abrazados en la oscuridad, mientras Matteo duerme y Marco monta guardia.



CAPÍTULO 14

Cuando amanece, todavía sigo envuelta en el abrazo de Luca, notando su respiración cálida en mi cuello y su brazo firme rodeando mi cintura. Incluso dormido, no puede permitirse soltarme. Por un instante, me permito la ilusión de que el peligro ha quedado fuera, pero la realidad no tarda en reclamar su espacio. Marco se acerca en silencio, se agacha junto a nosotros y habla en voz baja, sin mirarnos.

—Tenemos que movernos ya. Antes de que vuelvan a rastrear la zona —informa con tono urgente.

Luca despierta al instante, se incorpora y me ayuda a levantarme. Con su mano en mi espalda guía cada uno de mis movimientos y puedo ver en sus ojos el cansancio, pero también la determinación. No tiene ninguna intención de rendirse.

Matteo bosteza y se despereza en el rincón, pero no protesta. Se ha acostumbrado a la vida en fuga, a la disciplina silenciosa que impone Luca. Marco reparte café instantáneo y unas galletas duras que devoramos rápido para no pensar en el sabor.

Antes de salir, Luca se acerca y me toma del rostro.

—Mírame —ordena, buscando mis ojos, y solo cuando los encuentra, continúa —. Prométeme que solo atenderás mis órdenes. Que no confiarás en nadie más que en mí.

—Te lo prometo —Hay algo en él que me inquieta, como si intuyera que algo malo está por suceder, y cuando salimos al bosque en fila, no puedo quitarme esa sensación de la cabeza.

Marco va delante, Luca y yo en el centro y Matteo atrás. El sol apenas calienta el aire, pero el sudor me recorre la espalda.

Cruzamos un arroyo, trepamos por una ladera cubierta de hojas húmedas y en un momento, Luca se detiene, me toma de la cintura y me aparta del grupo. Nos quedamos unos metros atrás, ocultos entre los árboles.

—¿Qué pasa? —pregunto, con voz baja.

Él me mira, y en sus ojos veo el conflicto: el hombre que quiere protegerme y el jefe que no puede permitirse sentir. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano, en un gesto tan tierno como desesperado.

—Algo no va bien —admite—. No puedo darte todos los detalles, pero algo no encaja.

Duda un instante, como si estuviera tomando una decisión importante y finalmente, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca mi móvil, ese que me había quitado al principio.

—Toma —dice apenas en un susurro y me lo tiende, cerrando mis dedos suavemente sobre el aparato—. He agregado mi número. En cuanto lleguemos al próximo pueblo, debemos tomar caminos separados. Esto no es seguro para ti y no podría perdonarme si te ocurre algo.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Quiero decirle que no me importa, que ya no sé vivir lejos de él, pero sé que no es tan sencillo.

—No me sueltes ahora —le pido, casi suplicante—. No quiero. No después de todo lo que hemos pasado.

—Pueden matarte —insiste.

—Lo prefiero antes de alejarme de ti.

Luca me besa, un beso rápido, casi doloroso, como si intentara grabar mi sabor en su memoria antes de perderme y cuando se separa, su mirada es más oscura, más decidida.

—Vamos —dice, apretando sus labios—. Debemos seguir.

Nos reunimos con Marco y Matteo y seguimos avanzando. El bosque se va abriendo poco a poco, y en la distancia se divisan los tejados de un pueblo. Marco señala una casa apartada, nuestro próximo refugio temporal.

Entramos, y como ya viene siendo habitual, revisamos el lugar. Cuando todo parece estar en calma, me quedo en la cocina lavándome las manos, intentando aplacar el temblor que me recorre. Ya no por la tensión de los momentos vividos, sino por la decisión que Luca pueda tomar. No quiere ponerme en peligro… y eso me asusta.

Luca aparece a mi espalda y me rodea con los brazos, apoyando la barbilla en mi hombro y, por un instante, deja caer la coraza.

—No sé cuánto tiempo más podremos seguir así —susurra—. No tengo miedo de morir, Valeria. He vivido con esa posibilidad desde que era un crío, pero... —hace una pausa, como si le costara pronunciar las palabras— tengo miedo de perderte. Y eso me aterroriza más que cualquier bala.

Sus brazos se tensan alrededor de mí.

—Nunca había sentido esto —continúa con la voz quebrada—. Esta necesidad de que alguien esté bien, de que alguien vuelva a casa cada noche. He construido mi vida siendo invulnerable, pero contigo... contigo todo se desmorona.

Me giro entre sus brazos y lo abrazo fuerte, sintiendo el latido acelerado de su corazón contra mi pecho. En sus ojos grises veo una fragilidad que nunca había mostrado, una honestidad brutal que me llega hasta los huesos.

—Tengo miedo de que un día no pueda protegerte —susurra contra mi cabello —. De que mi mundo te haga daño, de que lo que soy termine destruyendo lo que más me importa, pero también tengo miedo de dejarte ir, porque sin ti... sin ti ya no sé quién soy. Has cambiado mi mundo, para convertirte en él…

Hay días en los que la casa parece el único lugar en el mundo, y otros en los que siento que las paredes se cierran poco a poco sobre nosotros. Luca pasa horas revisando mapas y hablando en voz baja con Marco; a veces lo escucho suspirar desde la otra habitación y me pregunto en qué estará pensando. Matteo mejora despacio,

aunque todavía arrastra las secuelas de su herida. Yo intento cuidar de todos, y me aferro a la rutina porque es lo único que me ayuda a no perderme en esta maldita incertidumbre que nos está matando.

Luca y yo compartimos caricias, miradas y besos cuando nadie nos ve… Por las noches, cuando la casa se sumerge en la oscuridad, dormimos juntos, espalda con espalda o piel con piel. No hablamos del futuro: nos conformamos con el calor compartido bajo las sábanas. A veces me busca con una urgencia casi animal, como si mi cuerpo pudiese descargarle del cansancio y la culpa. Otras veces, solo me abraza, y no se mueve hasta que siento cómo se le relajan, uno a uno, todos los músculos.

Esa noche, después de la cena, la lluvia por fin arrecia. Marco se retira pronto, cansado, y Matteo se encierra en su cuarto con un libro. Me quedo sola en el salón, recogiendo platos, cuando Luca entra y se queda de pie, observándome.

—Ven aquí —dice al fin.

Me acerco despacio, con la piel erizada por la anticipación y Luca me toma de la muñeca para atraerme hacia él.

—¿Sabes lo que más odio de este encierro? —susurra con sus labios rozando mi oído—. No poder tocarte cuando quiero. No poder hacerte mía cada vez que me lo pide el cuerpo.

Me estremezco, no solo por sus palabras, sino por la sinceridad que percibo en ellas. Yo también he sentido esa ansiedad, esa necesidad de perderme en él para olvidarme de todo.

Luca me besa con hambre, con una urgencia que me deja sin aire. Sus manos recorren mi espalda, bajan por mi cintura, me levantan en brazos y me llevan a la habitación. Me tumba en la cama sin dejar de besarme y me cubre con su cuerpo.

Nos desnudamos con prisa, como si el tiempo pudiera acabarse en cualquier momento. Hacemos el amor con una mezcla de rabia y ternura, de necesidad y consuelo. Cada caricia es una promesa, cada

gemido una confesión. Cuando llegamos juntos al clímax, siento que el mundo se detiene, que solo existimos él y yo.

Después, Luca me abraza fuerte y su respiración agitada calienta mi cuello.

—Eres mía. Solo mía —murmura, vulnerable.

Cierro los ojos y me aferro a él, sintiendo cómo su voz y su cercanía me atraviesan por completo. Ya no puedo negarlo más: estoy enamorada. No es solo deseo ni necesidad, es algo más profundo.



CAPÍTULO 15

Me levanto a por un vaso de agua y el zumbido de la nevera es lo último que escucho antes de que la casa se sumerja en una oscuridad abrupta y absoluta. Las luces se apagan todas a la vez, como si una mano invisible hubiera desenchufado el mundo. Por un instante, nadie se mueve y puedo oír mi propia respiración, rápida y superficial.

Un trueno retumba afuera, y el resplandor de la tormenta ilumina fugazmente las siluetas tensas de Luca y Marco en el pasillo. Matteo, que estaba leyendo junto a la ventana, se pone de pie de un salto con los ojos muy abiertos. El generador no arranca.

—Quietos —ordena Luca—. No os separéis.

Marco se mueve a tientas, buscando su arma y yo me pego a la pared con el corazón martilleando en mi pecho. La tormenta arrecia, y cada trueno parece acercarse más. Un crujido en la madera del piso de arriba. Un portazo…, algo me dice que no estamos solos.

—Cúbrete —me susurra Luca, empujándome hacia la cocina—. No salgas hasta que venga por ti.

Pero antes de que pueda reaccionar, un estruendo sacude la puerta trasera. Gritos. Pasos apresurados. El caos estalla en segundos: disparos, cristales rotos, el grito ahogado de Matteo. Me agacho detrás de la isla de la cocina, temblando, mientras escucho el sonido inconfundible de botas golpeando el suelo y muebles cayendo.

Un hombre irrumpe en la cocina con la linterna de su arma barriendo la oscuridad y sus ojos me encuentran en un segundo. Sonríe, dedicándome una mueca cruel iluminada por un relámpago y me arrastra fuera de mi escondite, apretando mi brazo con fuerza. Intento resistirme, pero es inútil.

—¡Luca! —grito, con la esperanza de que me escuche entre el estrépito.

El hombre me empuja contra la pared y me apunta con la pistola. Su respiración huele a alcohol y odio. Siento el cañón frío en la sien y presiona con sus dedos mi cuello.

—Dile a tu jefe que salga —escupe—. O te mato aquí mismo.

Mi mente se acelera. Intento recordar todo lo que aprendí en el hospital sobre mantener la calma bajo presión, pero el miedo me araña desde dentro. Escucho a Luca forcejeando en el pasillo, los gritos ahogados de Matteo y el estruendo de la tormenta.

El hombre me sujeta con fuerza, manteniendo la pistola inmóvil en mi cabeza. Un sudor frío me baja por la espalda y cuando escucho el clic metálico del seguro de la pistola, mis piernas tiemblan.

—¡Luca! —grita el hombre, apretando aún más el arma contra mi piel—. ¡Sal o la mato!

El tiempo se dilata y cada segundo se siente como una eternidad.

Luca escucha los gritos y sin pensarlo, irrumpe en la estancia con la pistola en alto y los ojos fijos en el hombre que me apunta.

—¡Suéltala! —ruge con la voz cargada de furia, casi desesperado.

El atacante me aferra con más fuerza, usándome como escudo humano y aprieta más el cañón frío contra mi sien. Por el rabillo del ojo, veo a Marco en la puerta, con la respiración agitada. Por un instante, pienso que viene a ayudar, que va a lanzarse sobre el atacante… pero entonces, algo en su mirada me hiela la sangre.

Marco no se mueve. No grita, no hace nada. Solo observa la escena con los labios apretados y los ojos demasiado fríos para alguien que debería estar aterrorizado. El atacante, al notar su presencia, le sonríe con complicidad y entonces lo entiendo todo.

—¿Ves, Luca? —dice el hombre, con voz burlona—. No estabas tan seguro de tu gente como creías.

Luca duda apenas un segundo, pero ese segundo basta para que todo cambie. Marco da un paso adelante y su traición resuena como un trueno en la habitación.

—Mátalos —le dice al atacante y la realidad nos golpea con toda su crudeza.

Marco, el hombre en el que confiamos, está del otro lado. Luca lo mira, incrédulo y lleno de rabia.

—¿Marco…? —le habla, como si aún esperara una explicación.

Pero ya no hay tiempo para buscar respuestas. El atacante me zarandea; el cañón de su pistola se clava en mi cabeza, y la presión es tan intensa que siento la piel arder bajo el metal. El pulso me retumba en los oídos, y la sangre se espesa en mis venas como si el miedo la volviera densa.

Luca, de pie frente a nosotros, mantiene el arma en alto y los ojos fijos en los míos, como si intentara sostenerme solo con la fuerza de su mirada. Su mandíbula está tensa y los nudillos blancos alrededor del arma. Sabe que cualquier movimiento en falso puede ser el final.

Marco, inmóvil junto a la puerta, observa la escena con una calma perturbadora. La traición se palpa en el aire, como un veneno lento que lo ha contaminado todo. Luca lo mira, y en ese cruce de miradas hay una historia de confianza rota, de lealtades que se han evaporado en un segundo.

El atacante continúa utilizándome como escudo y aprieta con su mano mi brazo hasta dejarme sin circulación. Siento el temblor en

sus dedos, el sudor que le resbala por la frente, pero no titubea. Quiere que Luca vea cada segundo, que sufra, que entienda que el control ya no está en sus manos.

Nadie sabe quién va a romperse primero, quién va a disparar, quién va a caer. Todo se reduce a este triángulo de traición, rabia y desesperación. Y yo, con la pistola clavada en la cabeza, solo puedo esperar, sabiendo que puedo morir en cualquier momento.

—Siempre fuiste demasiado confiado, Luca —dice Marco con la voz afilada como una navaja—. Pensaste que todos te seguiríamos hasta el final. Pero algunos aprendimos a no esperar nada de nadie.

El atacante me zarandea de nuevo, como si quisiera acelerar el desenlace y mi respiración se vuelve superficial, preparando cada músculo en mi cuerpo para el dolor. Marco saca su propia pistola y apunta a Luca sin vacilar.

—Ríndete —ordena Marco—. No tienes salida.

Luca no se mueve. Su mirada se desplaza de Marco al hombre que me retiene, calculando, buscando una oportunidad. Otro relámpago ilumina la estancia, y por un segundo, todos nuestros rostros quedan al descubierto: el odio de Marco, la determinación de Luca, mi propio terror reflejado en los cristales de la ventana...

—Déjala ir —dice Luca con la voz tensa—. Esto no tiene por qué acabar así.

Marco ríe y el sonido hueco de sus carcajadas resuena en la cocina. El atacante me aprieta más fuerte y siento que el tiempo se detiene.

—No eres tú quien decide —responde Marco a la vez que intercambia una mirada cómplice con el atacante y sé que están a punto de tomar una decisión definitiva.

Luca da un paso adelante y cierro los ojos sabiendo que ninguno de nosotros saldrá ileso.

El eco de la última amenaza de Marco aún flota en el aire cuando un golpe sordo retumba en el piso superior. Todos se tensan, incluso el atacante que me sujeta. Un segundo golpe, más fuerte, hace que el hombre gire la cabeza, desconcertado.

De la escalera, una sombra desciende a toda velocidad. Matteo, con el rostro desencajado, aparece empuñando un atizador de hierro. Sin vacilar, se lanza sobre el atacante que me sostiene, descargando el golpe con toda la rabia y el coraje que ha guardado durante días.

El hombre que me tenía como escudo suelta la pistola y cae de rodillas, aturdido. Aprovecho el desconcierto para apartarme, tropezando hacia Luca. Marco reacciona tarde, apunta a Matteo, pero Luca, rápido, dispara primero y la bala impacta en el hombro de Marco, que deja caer su arma y se derrumba contra la pared.

El atacante intenta levantarse, pero Matteo lo golpea de nuevo, esta vez en la cabeza, alejando el arma. Luca se arrastra hasta mí, sangrando, pero con la mirada fija en Marco, que gime en el suelo, derrotado.

Matteo, temblando, deja caer el atizador y me abraza. Sus manos, manchadas de sangre y sudor, buscan las mías.

—No podía dejaros solos —susurra con las emociones a flor de piel.

Luca se apoya en la pared con el rostro pálido y cuando sus ojos encuentran a Matteo, el orgullo y el alivio se mezclan en su rostro, pero enseguida la mirada de Luca se endurece al posarse en Marco, que intenta incorporarse, tambaleante.

Marco levanta la vista, suplicante, como si aún esperara clemencia y Luca se acerca a él, arrastrando los pies con la pistola firme en la mano. Se detiene a un metro de distancia, y por un instante, el tiempo parece suspenderse.

—¿Recuerdas cuando éramos amigos, Marco? —dice Luca con la voz rota por la decepción—. Cuando creí que podía confiar en ti con los ojos cerrados. Cuando todo esto era diferente. Cuando te salvé la vida mil veces…

Marco no responde. Solo baja la cabeza, derrotado, incapaz de sostenerle la mirada.

—Tú has elegido este final —continúa Luca, sin apartar la pistola —. Pudiste quedarte con nosotros. Pudiste ser familia.

Luca acerca la pistola a su cabeza hasta que, el hombre que había irrumpido en la casa, recupera la conciencia y se arrastra por el suelo, intentando alcanzar la pistola que le arrebató antes Matteo, pero Luca reacciona en una fracción de segundo. Gira el arma, apunta y dispara. El disparo retumba en la casa y el hombre cae de bruces con la mano aún extendida hacia el arma y sus sesos se esparcen por todas partes. El olor a pólvora se mezcla con el de la sangre y siento unas terribles nauseas.

Marco, aún agachado, aprovecha el desconcierto y se lanza hacia la ventana, rompiendo el cristal con el antebrazo, y rodando por el suelo empapado del exterior. Se incorpora, sangrando y echa a correr bajo la lluvia. Luca reacciona tarde, el disparo se pierde en la noche y solo alcanza la madera exterior. Marco desaparece entre los árboles y logra escapar.

La amenaza inmediata ha desaparecido, pero la huida de Marco deja claro que nada ha terminado realmente y que volverá a buscarnos con refuerzos.



CAPÍTULO 16

Salimos de la casa sin decir una palabra. El barro se nos pega a los zapatos y la lluvia apaga cualquier sonido, como si todo alrededor quisiera borrar lo que acaba de pasar. Luca y Matteo caminan con paso firme y la mirada al frente, acostumbrados a moverse entre la violencia. No se miran ni se hablan; para ellos, la muerte ya es casi una rutina, una más de tantas cosas que hay que esquivar para seguir adelante.

Yo, en cambio, siento que me falta el aire. El olor a sangre no se me va de la nariz, y la imagen de Marco tirado en el suelo no deja de aparecer en mi cabeza. Camino detrás de ellos por puro impulso,

como si mi cuerpo se moviera solo. Me tiemblan las manos, y cualquier ruido del bosque me hace saltar. No puedo dejar de mirarlas, como si esperara ver alguna marca que me dijera que esto fue real.

Luca se detiene un momento para asegurarse de que no nos siguen. Ni siquiera me mira; él y Matteo ya aprendieron a vivir con esto. Para ellos, la muerte es parte del camino, pero yo no puedo hacer como si nada. Cada sombra me pone en alerta y cada rama que cruje me recuerda que crucé una línea de la que ya no hay vuelta atrás.

Seguimos caminando en fila, envueltos en un silencio espeso. Ellos avanzan con la calma de quienes han visto demasiado, y yo cargo con el peso de una muerte que no sé cómo digerir. Siento que algo dentro de mí se rompió, que ya nada va a ser igual. Y aunque trato de no volver la vista, sé que esa imagen se va a quedar conmigo mucho después de que todo esto pase, si es que alguna vez pasa…

Cuando por fin nos detenemos, mis piernas tiemblan y me apoyo en un árbol para recuperar el aliento.

Sin poder callarme más, me giro hacia Luca, que se limpia la sangre seca del rostro con el dorso de la mano, y le lanzo la pregunta que me arde en la garganta desde hace días:

—¿A qué nos enfrentamos realmente, Luca? Sé que hay bandas, sé que hay odio, pero nunca he entendido por qué esta guerra. ¿Por qué todo esto?

Luca se queda quieto y por un momento, parece que va a esquivar la pregunta, pero luego suspira, como si se quitara un peso de encima.

—Esto empezó hace mucho tiempo, Valeria —dice, sin mirarme—. No es solo por dinero ni por territorio. Es una cadena interminable de venganzas, traiciones y cuentas que nunca se saldan. Cada grupo tiene algo que reclamar, algo que proteger. Nadie quiere ceder, nadie

sabe cómo parar. Lo que pasó esta noche… solo es una consecuencia más de todo lo que llevamos arrastrando desde hace años.

Miro a Matteo, que se abraza a sí mismo y siento que la respuesta de Luca no es solo para mí, sino para los tres. Por lo que cuenta, no existe un solo enemigo, ni una razón sencilla. Todo está podrido desde la raíz, y cada herida solo abre otra nueva.



El parabrisas del coche apenas consigue apartar la lluvia. Nos alejamos de la casa sin mirar atrás, cada uno sumido en su propio silencio. Luca conduce con una mano apretada al volante y la otra presionando la venda improvisada en su costado. Matteo, en el asiento trasero, mira por la ventanilla con los ojos fijos en la oscuridad, como si esperara ver aparecer a Marco entre los árboles.

Me abrazo las rodillas, incapaz de dejar de temblar, y miro por el retrovisor. El olor a sangre y pólvora sigue pegado a mi ropa. No sé si es el frío o el recuerdo de todo lo que ha pasado, pero no logro dejar de sentirme fuera de lugar, como si el mundo se hubiera vuelto ajeno de repente.

Paramos en un motel de carretera, uno de esos lugares donde nadie hace preguntas y las paredes son tan finas que se oyen los suspiros de las habitaciones vecinas. Luca paga en efectivo, sin levantar la vista, y nos reparte las llaves. Matteo y yo compartimos una habitación y me decepciona que Luca hoy no quiera dormir conmigo, aunque entiendo que necesita estar solo. Matteo se tumba en la cama sin decir nada, mientras yo me encierro en el baño, abro el grifo y dejo correr el agua hasta que el vapor empaña el espejo.

Me miro y no me reconozco. Hay manchas oscuras en mi cuello, arañazos en los brazos, y una expresión endurecida en mis ojos que no estaba ahí hace unas semanas. Me lavo las manos una y otra vez, como si pudiera borrar la imagen del cuerpo en el suelo, la traición en el rostro de Marco o la violencia de Luca.

Cuando salgo, Matteo está durmiendo con el cuerpo encogido bajo la manta. Me acerco a la ventana y veo a Luca afuera, fumando bajo la marquesina. Tiene la cabeza inclinada y los hombros caídos. Por un momento, parece tan perdido como yo…

Esa noche no duermo. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ver la sangre, los disparos, la huida de Marco. Me repito que sobreviviremos, pero no me consuela. No sé si esto es vivir o solo resistir.

Al amanecer, Luca entra en la habitación. Sus movimientos son lentos, medidos. Se sienta en el borde de la cama y me mira con los ojos enrojecidos.

—Marco conoce todos nuestros escondites —dice, sin rodeos—. Sabe cómo encontrarnos. Y ahora no somos solo nosotros contra él. Hay otros que lo buscan, y él tiene algo que ofrecerles.

No pregunto qué es ese "algo". La respuesta está en la tensión de su mandíbula, en la forma en que evita mi mirada. Siento que hay secretos entre nosotros, cosas que Luca no dice, pero que pesan en el aire como una amenaza invisible.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —añade—. Esta vez no hay refugios seguros.

Matteo despierta y se incorpora:

—¿Qué vamos a hacer?

Luca no responde de inmediato. Se levanta, apaga el cigarrillo y mira por la ventana, como si buscara una salida en el horizonte.

—Sobrevivir —dice al fin—. Y no dejar que Marco termine lo que empezó.

Salimos del motel cuando el sol apenas asoma. Dejamos atrás otra cama, otro techo y otro nombre falso en el registro.

El asfalto brilla bajo la luz de la mañana, como si el mundo hubiera decidido darnos una tregua. El aire es cálido, casi pesado, y por primera vez en días no hay rastro de humedad en la ropa ni en el pelo. El agua, que antes era otra amenaza, ahora queda atrás, y el sol, aunque tenue, nos da la bienvenida.

Luca conduce en silencio con la mirada fija en la carretera y los nudillos pálidos de tanto como está apretando el volante. Matteo va en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en el cristal y los ojos cerrados. Yo observo el paisaje que pasa, intentando grabar cada detalle, como si el aire pudiera arrancarme el miedo que aún me recorre la espalda.

Paramos en una estación de servicio a las afueras de un pueblo minúsculo y Luca aprovecha para revisar el maletero y asegurarse de que nadie los sigue. Matteo y yo entramos en la tienda, buscando agua y algo de comida.

De vuelta al coche, Luca nos espera apoyado en la puerta con el rostro más relajado, aunque la preocupación sigue ahí, agazapada bajo la superficie.

—Marco no va a parar —dice, sin rodeos—. Ahora que está libre, puede vendernos a cualquiera. No solo a los que ya conocemos.

Matteo asiente en silencio y yo me atrevo a preguntar:

—¿Por qué nos busca tanta gente? ¿Qué tiene Marco que los demás quieren?

Luca se toma un momento antes de responder, como si pesara cada palabra.

—Información. Contactos. Secretos que pueden destruir a cualquiera. Marco sabe cosas que nunca debió saber. Y ahora, con él fuera, todos los que alguna vez confiaron en nosotros están en peligro.

Me quedo callada. Marco no solo es un traidor; es una bomba a punto de estallar, y nosotros estamos demasiado cerca del epicentro.

Matteo rompe el silencio:

—¿Y si ya ha contactado con alguien? ¿Y si ya lo saben todo?

Luca se toma su tiempo para responder.

—No podemos saberlo —admite al fin—. Pero si Marco habla, no solo nosotros estamos acabados. Hay gente ahí fuera que mataría por silenciarlo.

Un escalofrío me recorre la espalda. De pronto, la carretera ya no parece un refugio, sino un escenario donde cualquier coche que se cruce puede ser una amenaza. Siento la urgencia de moverme, de no quedarme quieta ni un segundo más.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, consciente de que la respuesta puede cambiarlo todo.

Luca me mira por el retrovisor.

—No vamos a escondernos —dice, con una calma que no sé si es real o fingida—. Vamos a buscarlo antes de que él nos encuentre a nosotros.

Matteo levanta la cabeza, sorprendido y yo trago saliva, sintiendo cómo el miedo se transforma en algo más: rabia, necesidad de sobrevivir, ganas de no dejar que Marco decida nuestro final.

—¿Sabes dónde puede estar? —insisto.

Luca asiente despacio.

—Tengo una idea. Y si tengo razón, no estará solo mucho tiempo.

El motor arranca de nuevo y ya no siento que huimos, sino que vamos al encuentro de lo inevitable.



CAPÍTULO 17

El sol cae a plomo sobre el asfalto cuando dejamos atrás la carretera principal y nos adentramos en caminos secundarios y desiertos. Luca conduce sin perder la concentración, guiándose más por la intuición y los recuerdos que por el GPS. Matteo y yo apenas hablamos.

Paramos junto a una vieja nave industrial abandonada. Luca apaga el motor y observa el edificio durante un largo rato, como si esperara ver movimiento tras las ventanas rotas.

—Si Marco busca refugio, será en un sitio como este —dice, sin apartar la vista del lugar.

Matteo se remueve en el asiento, inquieto y yo contengo la respiración, notando cómo el pulso se me acelera. Luca revisa su pistola y me entrega un cuchillo pequeño, por si acaso. No me atrevo a protestar. A estas alturas, la inocencia ya quedó muy atrás.

Entramos en la nave por una puerta lateral. El aire dentro está cargado de polvo y ese olor metálico que nunca se va del todo. Caminamos en silencio, atentos a cualquier sonido y el eco de nuestros pasos resuena entre las paredes desnudas.

De repente, una sombra se mueve al fondo y Luca levanta la mano, indicándonos que nos detengamos. Un murmullo, un roce de tela, y Marco aparece de la nada, flanqueado por dos hombres armados.

—Sabía que vendrías, Luca —anuncia Marco con la voz cargada de veneno—. Siempre has sido muy predecible.

Luca no responde. Da un paso adelante con la mirada fija en su antiguo amigo y Matteo se queda a mi lado.

—Esto no tiene por qué acabar peor —interviene Luca, aunque su tono deja claro que no espera redención.

Marco carcajea y su risa retumba por todas partes.

—¿Ahora quieres negociar? Ya no tienes nada que ofrecerme. Todo lo que necesitaba lo saqué de ti hace tiempo.

Los hombres de Marco levantan sus armas y el aire se carga de amenaza. Nerviosa, aprieto el cuchillo en el bolsillo y puedo notar como el sudor resbala por la palma de mi mano.

—No tienes por qué arrastrar a más gente contigo, Marco —dice Luca—. Esto es entre tú y yo.

Marco niega con la cabeza y vuelve a reír.

—No, Luca. Ahora es entre todos nosotros. Y te aseguro que no pienso perder otra vez. ¿Quieres saber por qué te vendí? —No espera una respuesta—. Porque durante años llevaste mi nombre a

la ruina. Porque me robaste el respeto de la organización con tus decisiones, porque convertiste mi vida en una sombra de la tuya. Pasé años pagando por tus errores, viendo cómo todos te seguían y yo recogía los restos. Así que sí, te vendí. Porque preferí ser el traidor antes que seguir siendo tu fantasma.

Luca lo observa, con los labios apretados.

—No era necesario llegar a esto, Marco.

—Para ti, nunca lo es —responde Marco, rabioso—. Para mí, siempre lo fue.

En ese cruce de miradas, todo lo que alguna vez fue lealtad se convierte en pólvora. Y ya no queda espacio para el perdón.

El primer disparo resuena en el interior de la nave, rebotando en las paredes de hormigón. Todo ocurre demasiado rápido: Luca y Matteo se lanzan al suelo, y yo corro hacia una columna con el corazón desbocado. El estruendo de los disparos, los gritos, el sonido de los casquillos cayendo al hormigón. El mundo se reduce a polvo, miedo y el deseo desesperado de sobrevivir.

Cuando el eco del último disparo se apaga, el silencio regresa. No sé quién ha caído, quién sigue en pie. Solo sé que la caza ha comenzado y que, esta vez, nadie saldrá ileso.

Me mantengo agazapada tras la columna con el cuchillo apretado en la mano y el pecho subiendo y bajando con esfuerzo. El polvo flota en el aire, iluminado por los haces de luz que se cuelan por los agujeros del techo. Los disparos han cesado, pero el eco de la violencia sigue vibrando en mis oídos.

Escucho a Luca moverse entre los escombros, su silueta deslizándose entre sombras. Matteo, desde el otro lado de la nave, llama a su hermano en voz baja, intentando no delatar su posición. Marco y sus hombres se han dispersado, ocultándose tras viejas máquinas y montones de chatarra.

Avanzo a rastras y el suelo áspero araña mis rodillas. La adrenalina me mantiene alerta y con los sentidos aguzados a cualquier movimiento. Un crujido a mi izquierda: uno de los hombres de Marco se asoma con el arma lista. Contengo la respiración, esperando que no me vea, pero sus pasos se acercan, seguros, y sé que no tengo otra opción.

Cuando está lo bastante cerca, me lanzo hacia él con el cuchillo por delante. El filo corta el aire y se hunde en su brazo. El hombre grita, suelta el arma y me empuja, pero yo ya estoy corriendo, buscando refugio detrás de una pila de cajas. El disparo que me lanza pasa rozando mi hombro y se pierde en el vacío.

Luca aprovecha la distracción. Surge de entre las sombras y dispara dos veces, rápido, preciso. El cuerpo del atacante cae de espaldas, inmóvil. Marco grita una orden y el otro hombre dispara a ciegas, pero los proyectiles rebotan en el metal oxidado.

Matteo se abalanza sobre él, lo derriba y forcejean en el suelo. Se escucha un golpe seco, un jadeo, y luego silencio. Cuando me atrevo a mirar, veo a Matteo de pie, temblando y con el arma del enemigo en la mano.

Marco queda solo, acorralado al fondo de la nave. Luca camina hacia él con la mirada fija y el arma levantada. Yo me acerco despacio con el corazón acelerado, y me detengo junto a Matteo.

—Se acabó, Marco —dice Luca con la voz firme, sin rastro de compasión.

Marco lo mira con los ojos encendidos de rabia y miedo. Sabe que no tiene salida, pero aún así sonríe, desafiante.

—Nunca se acaba, Luca. No para gente como nosotros.

El sol se filtra por los ventanales rotos, iluminando el polvo suspendido en el aire y sé que lo que ocurra ahora marcará el final de una etapa.

Luca se acerca y cada paso resuena en el suelo de hormigón. Tiene la mirada fija en Marco, que sigue apoyado contra la pared. Matteo y yo nos mantenemos a una distancia prudente, sin intervenir, sabiendo que este enfrentamiento es solo de ellos dos.

El silencio se alarga, tenso, como si el aire mismo esperara el desenlace. Marco, pese a estar acorralado, no suplica. Sostiene la mirada de Luca, desafiante, con una sonrisa torcida que es puro veneno.

—¿Vas a hacerlo tú mismo? —escupe Marco.

Luca no responde. Baja el arma apenas un centímetro, como si dudara, pero en sus ojos no hay vacilación. Da un paso más, tan cerca que podría tocarlo si extendiera la mano.

—Podrías haberlo evitado —dice Luca—. Pudiste elegir quedarte, pudiste elegir no traicionar a tu propia gente.

Marco se ríe, un sonido hueco, casi sin fuerza.

—No existe la lealtad, Luca. Solo existen los que sobreviven y los que no.

Por un momento, nadie se mueve. Siento el pulso en las sienes, la tensión en los hombros de Matteo y la rabia contenida en el rostro de Luca.

Luca levanta el arma de nuevo, pero no dispara. Se limita a mirarlo, como si esperara una última palabra, una confesión, algo que cierre el círculo. Marco, parece perder la compostura y una punzada de lástima me atraviesa el pecho cuando sus ojos buscan una salida, pero no la encuentra.

Luca coloca el cañón de la pistola en su cabeza y, sin vacilar, aprieta el gatillo. El disparo retumba en la nave, seco y definitivo. Marco cae de rodillas y la sorpresa cruza su rostro un segundo, antes de desplomarse sobre el suelo de cemento.

El silencio que sigue es absoluto. Luca baja el arma con los hombros rígidos y la respiración pesada. Matteo se acerca despacio con la mirada fija en el cuerpo de Marco, y yo me quedo quieta, sintiendo el peso de lo que acaba de ocurrir.

Nadie dice nada. Solo el eco del disparo y la seguridad de que, con la muerte de Marco, una etapa termina y otra, igual de incierta, comienza para los tres.

Luca permanece de pie con el brazo extendido y la pistola aún humeante. No hay triunfo en su rostro, solo una sombra instalada en su mirada. Yo me obligo a respirar hondo, a no apartar la vista, aunque todo en mí quiera huir de esa imagen.

Luca baja el arma, la deja caer al suelo y da un paso atrás, como si necesitara distancia de lo que acaba de hacer.

Matteo se arrodilla junto a Marco, le cierra los ojos con una mano temblorosa y murmura algo que no alcanzo a entender. Luego se incorpora y me mira, buscando en mi rostro una señal de que estoy bien.

Luca se apoya en una columna con la cabeza gacha y me acerco a él, despacio, para tomarle la mano. Siento su piel áspera, la tensión en sus dedos, el pulso acelerado. No hay palabras que puedan aliviar el peso de este momento, pero tampoco las busco. Solo quiero que sepa que no está solo, que seguimos aquí.

—Tenemos que irnos —dice Luca por fin—. No tardarán en venir.

Asiento, y juntos salimos de la nave, dejando atrás el cuerpo de Marco y una parte de nosotros mismos. Matteo nos sigue en silencio, y los tres nos alejamos, sabiendo que lo que acaba de pasar nos acompañará siempre, como una cicatriz imposible de borrar.

No miro atrás. Nadie lo hace. Porque lo único que queda ahora es avanzar, aunque cada paso pese como una condena.



CAPÍTULO 18

El camino de regreso al coche se siente interminable. Nadie habla. Cuando por fin cerramos las puertas, Luca arranca el motor y yo me hundo en el asiento observándole de reojo. Su perfil está marcado por la tensión. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados en una línea recta.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Luca rompe el silencio.

—Sabía que Marco tramaba algo… —dice, sin apartar la vista de la carretera—, pero me confié. No quería verlo...

Matteo no dice nada y yo tengo la necesidad de cambiar de tema. No quiero que se machaque con eso.

—¿Y ahora qué haremos?

Luca me mira por un segundo, antes de volver la atención a al volante.

—Ahora nos toca desaparecer —responde tajante—. Cambiaremos de nombre, de ciudad, de historia. No podemos confiar en nadie. No podemos quedarnos quietos.

Matteo cierra los ojos, como si necesitara un segundo para asimilarlo. Yo asiento, sintiendo el peso de la decisión en cada músculo.

Luca me toma la mano.

—No tienes que quedarte —dice en voz baja—. Si quieres irte, este es el momento.

Lo miro, y en sus ojos veo cansancio, culpa y una chispa de esperanza. Aprieto su mano, y aunque mi cabeza está hecha un lío, lo único que tengo claro es que no quiero huir sola.

—No voy a dejarte —respondo.

Luca asiente, y por un instante, el mundo parece detenerse. Acelera y nos alejamos, dejando atrás una vida, un cadáver y una historia que solo nosotros conocemos.

El mundo parece haberse reducido al interior del coche, o los pensamientos que ninguno se atreve a compartir. Siento el latido del corazón de Luca en la mano que aún sostiene la mía. La calidez de sus dedos, contrastan con el frío que me recorre por dentro.

Realizamos la primera parada en un pequeño pueblo y Luca consigue una habitación en un hostal que apenas se tiene en pie. Subimos las escaleras en silencio, cargando solo una bolsa con lo imprescindible y al abrir la pequeña estrecha puerta de madera, nos encontramos con dos camas y una ventana que da a un patio interior.

Luca se deja caer en la cama con los ojos fijos en el techo y me siento a su lado, sin saber si decir algo o solo quedarme ahí, compartiendo el peso de su dolor.

Me acerco, apoyo la cabeza en su hombro y cuando me rodea con su brazo, siento el temblor en su respiración. No hay palabras para lo que hemos perdido, ni para lo que queda por delante.

Matteo sale del baño, se sienta en la otra cama y nos observa en silencio, asintiendo, como si aceptara que esta familia improvisada es lo único real que le queda.

La noche avanza despacio y nadie duerme realmente. Matteo da vueltas en la cama, Luca permanece sentado junto a la ventana y yo

me quedo tumbada, mirando el techo, repasando cada detalle de las últimas horas.

Pienso en Marco, en su última mirada, en todo lo que no supimos ver a tiempo. Siento un vacío extraño, una mezcla de alivio y tristeza. No hay justicia en lo que ha pasado...

Luca se levanta al amanecer, sin hacer ruido. Se acerca a la cama y me acaricia el pelo. Es un gesto breve, casi torpe, pero cargado de todo lo que no sabe decir. Me incorporo y lo miro, buscando en su rostro alguna señal de esperanza. Algo que me indique que está mejor.

—Hoy nos vamos temprano —dice con voz ronca.

Matteo asiente desde la otra cama, ya vestido y con la mochila lista. Nadie pregunta a dónde vamos. No importa el destino, solo importa el movimiento, la necesidad de no dejar huellas.

Salimos del hostal cuando la ciudad aún bosteza. El aire es fresco y el cielo parece estar despejado. Caminamos juntos con las mochilas a la espalda y los pasos sincronizados por la costumbre. Nadie nos mira dos veces. Somos invisibles, una familia improvisada que solo busca un lugar donde empezar de nuevo.

El siguiente pueblo parece tranquilo, pero apenas cruzamos la avenida principal, noto que algo no encaja. Un coche gris, aparcado junto a la farmacia, arranca en cuanto pasamos. Luca lo ve por el retrovisor y acelera, sin decir palabra. Matteo deja la baraja y se incorpora, alerta. Siento la tensión en el aire, esa vibración sorda que precede a los cambios.

En la siguiente esquina, el coche gris se acerca demasiado. Luca gira bruscamente hacia una calle lateral, sorteando un camión de reparto y el vehículo nos sigue, pegado al parachoques. Matteo busca algo en la guantera: una linterna pesada, cualquier cosa que pueda servir si la situación se complica.

El pueblo queda atrás. Tomamos una carretera secundaria con el asfalto agrietado y la maleza invadiendo los bordes, pero el coche gris no se despega de nosotros. Luca mira de reojo la pistola en el asiento, preparado para cualquier desenlace. De pronto, el coche rival nos adelanta y se cruza en medio del camino, bloqueando el paso. Matteo baja la ventanilla y grita que nos agachemos. Dos hombres descienden del vehículo, uno con una cadena y el otro con un bate. Luca apaga el motor y sale con la pistola en la mano.

—Quedaos dentro —ordena, sin mirarnos.

Los desconocidos avanzan, confiados. Luca apunta al primero y le grita que se detenga. El hombre de la cadena sonríe, pero no obedece. Matteo, desde el asiento trasero, busca la linterna y la lanza con fuerza, golpeando al segundo hombre en la muñeca. El bate cae al suelo. Luca aprovecha la distracción y dispara al aire. El sonido retumba entre los árboles.

El hombre de la cadena vacila. Luca se acerca, le arrebata el arma improvisada y lo empuja contra el capó. El otro huye hacia el coche gris, arrastrando el bate. Luca no dispara. Solo los observa con la mirada fría, hasta que arrancan y desaparecen por la carretera. Matteo respira hondo y yo salgo del coche con las piernas temblorosas. Busco a Luca con la mirada hasta que veo que se acerca.

—Están jugando con nosotros… Debemos estar preparados —dice cuando llega a mi lado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con miedo.

—Quieren asustarnos.

—¿Y por qué? ¿Qué ganan con eso? —digo, intentando mantener la voz firme, aunque siento un nudo en la garganta.

—Están marcando territorio —responde, sin mirarme—. Haciéndonos saber que nos tienen en la mira. Que pueden aparecer cuando quieran.

Miro hacia el camino, ya vacío, como si pudieran salir de entre las sombras en cualquier momento.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguimos —confirma decidido—. Si cedemos al miedo, nos ganan.

Da un paso hacia el coche y pregunto de nuevo.

—¿Y si vuelven?

—Entonces ya no solo nos asustarán. —Se queda callado unos segundos, abre la puerta del coche y sube—, pero no lo lograrán.

Luca arranca y acelera, sin mirar atrás…



CAPÍTULO 19

No hemos avanzado ni cinco kilómetros cuando el móvil de Matteo vibra y un mensaje anónimo aparece en la pantalla: "No llegaréis lejos". Luca lo lee de reojo y aprieta los labios. Si me quedaba alguna duda, esto lo confirma. Como bien ha dicho antes, están jugando con nosotros.

Decide desviarse por un camino rural, entre campos de girasoles y casas dispersas. El polvo se levanta tras el coche, ocultando nuestras huellas. Nos detenemos junto a una granja abandonada y Luca baja primero, inspecciona el lugar con cautela y nos hace una señal para que salgamos.

Entramos, y cuando apenas llevamos unos minutos dentro, un ruido rompe la calma, como si alguien cerrase la puerta principal desde fuera. Luca corre hacia la entrada y desde el otro lado, una voz desconocida grita que salgamos.

Luca forcejea con la puerta, pero la madera podrida apenas cede unos milímetros. Al otro lado, la voz del hombre retumba de nuevo, más cerca:

—¡He dicho que fuera! ¡Este sitio es mío!

Matteo y yo nos miramos, tensos, y Luca respira hondo, conteniendo la rabia, antes de responder con firmeza:

—No queremos problemas. Solo necesitamos pasar la noche. Mañana nos vamos.

Se oyen pasos, la puerta se abre de golpe y el hombre aparece. Es corpulento, tiene la camiseta rota y el ceño fruncido. Detrás de él, asoma una mujer embarazada, abrazándose el vientre con gesto protector.

—¿Y si no quiero? —espeta el hombre, cruzando los brazos.

Luca da un paso adelante, sin dejarse intimidar.

—No tienes por qué ayudarnos, pero tampoco vamos a hacerte daño. Solo pedimos unas horas bajo techo, nada más. Mañana, al amanecer, nos habremos ido.

El hombre lo observa, buscando alguna amenaza oculta y Luca sostiene su mirada, sin revelar nada. La tensión crece, hasta que la mujer, con voz cansada, interviene:

—Déjalos quedarse, Alessandro. Solo una noche.

Alessandro resopla, pero asiente a regañadientes.

—Está bien, pero al primer rayo de sol, os largáis de aquí. No quiero líos con nadie, ¿entendido?

Luca asiente, agradecido y, aunque el ambiente sigue cargado de desconfianza, por ahora, tenemos un techo.

Durante las siguientes horas, Alessandro nos observa con recelo mientras su mujer se sienta en una silla desvencijada, acariciándose la abultada barriga. Debe estar de al menos ocho meses. Matteo y yo nos acomodamos en un rincón, evitando sus miradas y Luca permanece de pie, tenso, como un animal acorralado. Y en sus músculos puede notarse que no está nada cómodo.

Alessandro se cruza de brazos, apoyado en la puerta, asegurándose de que no intentemos nada raro.

—Recordad, en cuanto amanezca, fuera de aquí —gruñe.

Luca asiente, intentando suavizar el ambiente.

—Así lo haremos.

La mujer, con voz suave, trata de romper la tensión:

—¿De dónde venís?

Matteo duda, pero Luca responde antes de que pueda inventar una excusa.

—Solo estamos de paso.

Alessandro suelta una carcajada sonora y me asusta.

—Aquí no hay sitios seguros, y menos para los que huyen.

El comentario flota en el aire y nadie dice nada hasta que, el hombre, vuelve a hablar.

—Escuchadme bien —dice, mirando a Luca directamente—. Si de verdad queréis desaparecer mañana sin dejar rastro, no toméis la carretera principal. Hay gente merodeando y haciendo preguntas.

Luca frunce el ceño, atento, y Alessandro continúa:

—Detrás de la granja, hay un sendero viejo que cruza los campos y llega hasta un puente de piedra. Poca gente lo conocemos. Nadie lo usa porque está medio cubierto de maleza, pero aún es transitable. Si lo seguís al amanecer, podréis alcanzar la estación del pueblo vecino sin que nadie os vea.

La mujer de Alessandro asiente en silencio, como si confirmara la información. Matteo intercambia una mirada rápida con Luca, agradecido, pero aún desconfiado.

—Gracias —murmura Luca, midiendo cada palabra—. Nos será útil.

Alessandro se encoge de hombros, endureciendo el gesto.

—No lo hago por vosotros. Solo quiero evitar problemas aquí. Y recordad: mañana, al alba, ya no quiero veros.

Todavía no ha amanecido del todo cuando salimos por la puerta trasera, siguiendo las indicaciones de Alessandro. El aire es húmedo y frío, y el sendero apenas se distingue entre la maleza y los girasoles que se inclinan como centinelas dormidos. El coche avanza a duras penas, debido a que los neumáticos resbalan sobre el barro y las raíces ocultas.

Luca conduce con el ceño fruncido, esquivando ramas y baches. El motor se apaga varias veces. Un crujido más fuerte, un golpe seco bajo el chasis, y el coche queda inmóvil, encajado entre dos piedras y rodeado de zarzas.

—No hay manera —gruñe Luca, golpeando el volante. Mira hacia atrás, nervioso. El tiempo apremia. —Tenemos que dejarlo. A pie llegaremos antes.

Cogemos lo imprescindible y nos internamos entre la maleza. El sendero es estrecho y las ramas arañan la ropa y la piel. El silencio solo lo rompe el crujido de nuestros pasos y el canto lejano de un gallo. El puente de piedra aparece al fin, cubierto de musgo y casi oculto entre las hierbas.

Al llegar a la estación, el andén está casi desierto. Un tren antiguo, de esos que parecen olvidados por el tiempo, resopla y se prepara para partir. No hay tiempo para preguntas ni para comprar billetes. Luca nos empuja hacia uno de los vagones, justo cuando el tren empieza a moverse.

Subimos a toda prisa, jadeando, y nos dejamos caer en los asientos de polipiel. El vagón está medio vacío; solo una anciana y un hombre con sombrero nos miran de reojo.

Me deslizo entre los asientos del vagón, con la mirada baja y las manos apretadas en los bolsillos. Luca y Matteo discuten en voz baja unos metros más allá y yo me concentro en el paisaje que se desliza tras la ventanilla.

Un hombre, de rostro anguloso y ojos pequeños, se sienta frente a mí. Siento su mirada fija, insistente y me encojo, deseando volverme invisible. Saca el móvil y lo apoya sobre la mesa plegable, sin apartar los ojos de mi cara.

—¿Eres tú? —pregunta, señalando la pantalla.

No necesito ver la imagen para saber de qué se trata. Reconozco mi propio rostro en la fotografía que aparece en la noticia. El titular es claro: "Joven desaparecida. Familia desesperada pide ayuda". Una punzada atraviesa mi pecho y el hombre espera una respuesta, expectante.

Miro a mi alrededor. Nadie parece prestar atención, pero sé que cualquier movimiento puede atraer miradas. El hombre sigue hablando, ahora con más interés. Dice que me ha visto en la televisión, que mi familia me busca, que hay recompensas y policías preguntando en todas las estaciones.

No sé qué decir. Las palabras se atascan en mi garganta. Él insiste, quiere saber si estoy bien, si necesito ayuda, si debe avisar a alguien y niego con la cabeza, casi imperceptible. No quiero que intervenga, no quiero que nada cambie el rumbo de este viaje.

Siento el calor subiendo por mi cuello. No puedo respirar con normalidad. El hombre parece dudar, pero al final guarda el móvil y me observa unos segundos más, como si intentara grabar mi imagen en su memoria. Me levanto, con pasos inseguros, y avanzo por el pasillo, buscando a Luca y a Matteo.

Al llegar junto a ellos, apenas puedo articular lo que ha pasado. Luca me toma del brazo y me guía hacia el siguiente vagón, alejándonos del hombre y de su curiosidad.

Avanzamos por el pasillo del tren, esquivando miradas y maletas olvidadas. La sensación de ser observada no me abandona, como si cada pasajero pudiera leer mi nombre en la frente. Luca camina delante, Matteo detrás. Me siento atrapada entre ellos y la voz lejana de aquel hombre que, en cuestión de minutos, podría cambiarlo todo.

Me detengo junto a la puerta que separa los vagones y apoyo la frente en el cristal. El paisaje se difumina en manchas verdes y marrones. Me obligo a respirar hondo, a no dejar que la presión en el pecho me venza.

Matteo me alcanza y me pregunta si estoy bien. Asiento, aunque sé que mi respuesta no lo convence. Nos movemos hacia el último vagón, donde hay menos gente y el murmullo de las conversaciones se pierde entre el traqueteo y el silbido del viento colándose por las ventanas mal cerradas.

Me siento en un asiento junto a la puerta de emergencia y la tela áspera me raspa la piel a través de la ropa. Cierro los ojos y repaso mentalmente lo que podría pasar si ese hombre decide avisar a alguien. Imagino uniformes, preguntas, luces blancas y la voz de mi madre al otro lado de una línea telefónica. No quiero pensar en nada de eso, pero las imágenes se cuelan igual.

Luca se sienta a mi lado y, sin decir nada, me pasa una botella de agua. Matteo se mantiene de pie, vigilando el pasillo. El tren sigue avanzando, llevándonos hacia un destino incierto. Cada minuto que pasa siento que el margen para actuar se reduce. No puedo volver atrás, pero tampoco sé qué me espera al bajar en la próxima estación. Lo único seguro es que ya no soy solo una pasajera más.

El tren comienza a frenar, y el chirrido metálico se cuela entre mis pensamientos. Me asomo por la ventanilla, intentando distinguir el andén y veo figuras uniformadas, dos coches con las luces apagadas y varios rostros atentos que miran hacia los vagones. Un escalofrío recorre mi espalda y sé que mi miedo se ha hecho realidad, nos

están esperando. Sin ninguna duda, el hombre que me reconoció antes, ha llamado a la policía.

Luca lo percibe al instante. Me toma de la mano y se inclina hacia Matteo, que ya ha notado la presencia policial y nos miramos, sabiendo que no hay tiempo para planes elaborados. El tren se detiene y la puerta se abre. Los pasajeros comienzan a levantarse, ajenos a la tensión que nos atraviesa y Matteo señala discretamente la salida contraria, la que da al final del convoy, donde casi nadie se dirige. Salimos entre la gente, mezclándonos con un grupo de viajeros que arrastran maletas y procuro mantener la cabeza baja aprovechando mi larga melena para cubrirme el rostro.

Al pisar el andén, distingo a los policías hablando con el revisor, mostrando una foto en la pantalla de un móvil. Nos deslizamos pegados a la pared, bordeando los vagones, hasta la zona de carga. Un operario descarga cajas y aprovechamos para cubrirmos tras ellas, aguardando el momento justo.

Un silbido lejano distrae a los policías. Aprovechamos para cruzar la vía y meternos entre los setos que rodean la estación.

Cuando por fin nos detenemos, lejos de la estación, Luca me mira y asiente. Hemos conseguido escapar, pero la sensación de estar siendo buscada se queda conmigo, como una sombra pegajosa.



CAPÍTULO 20

El tren se aleja y caminamos por la carretera secundaria, con los hombros encogidos y la cabeza gacha. El pueblo aparece al fondo. Al acercarnos, percibo algo extraño. Hay demasiados coches aparcados junto a la plaza y todos con las ventanillas tintadas. Además de un par de furgonetas blancas, sin distintivos, pero con antenas largas. «Policías», pienso, aunque nadie lo dice en voz alta. Nos cruzamos con una mujer mayor que nos observa de reojo, y un niño que corre hacia su casa al vernos pasar. Luca acelera el paso y acabamos en una calle estrecha. Escuchamos una puerta cerrándose y, al momento, pasos apresurados sobre el empedrado. Al doblar la esquina, lo veo: dos agentes uniformados conversan con el dueño de un bar. Señalan hacia la carretera e intercambian palabras rápidas. Uno de ellos saca el móvil, muestra una foto y aunque está bastante lejos, reconozco mi rostro.

Luca nos detiene con un gesto y siento la piel arder. No hay tiempo para pensar. Luca susurra una orden y nos desviamos por un callejón lateral, sorteando cubos de basura y bicicletas oxidadas. El suelo está resbaladizo, cubierto de hojas húmedas y el corazón me late tan rápido que apenas puedo escuchar otra cosa.

Llegamos a un patio trasero, donde una verja baja nos separa de un campo abierto. Luca la salta con agilidad y me ayuda a pasar. Matteo cierra la marcha, mirando atrás cada pocos pasos. El pueblo queda a nuestras espaldas, pero las sirenas empiezan a sonar, lejanas, aunque cada vez más nítidas. Corremos entre los árboles y

un motor ruge a nuestra derecha. Un coche negro aparece entre los arbustos, bloqueando nuestro avance. Matteo se detiene en seco y Luca se pone delante de mí con los puños apretados. La puerta trasera se abre y tres hombres bajan, todos vestidos de oscuro, con gafas de sol y chaquetas gruesas. Por un instante, pienso que todo ha terminado, pero uno de ellos sonríe al ver a Luca y le habla.

—Te pesa el culo, amigo. Date prisa, no tenemos mucho tiempo.

Luca asiente, sin mostrar sorpresa y nos empujan hacia el interior del coche. El asiento huele a cuero y tabaco y el conductor arranca antes de que la puerta se cierre del todo. Por la ventanilla veo a los policías llegar al campo, demasiado tarde para alcanzarnos. El coche avanza por un camino secundario, alejándonos del pueblo y de la amenaza que nos perseguía.

Me hundo en el asiento con la respiración agitada y la mente llena de preguntas. ¿Quiénes son realmente estos hombres? ¿Hasta dónde llega la red de Luca? Miro a Luca, buscando respuestas, pero él solo mira hacia adelante con los ojos fijos en la carretera, como si ya estuviera pensando en el siguiente paso.

El coche avanza a toda velocidad, dejando atrás el pueblo y el eco de las sirenas. Miro por la ventanilla cómo los campos se suceden, borrosos, mientras el motor ruge y el conductor esquiva baches con una destreza que solo puede venir de la costumbre.

Uno de los hombres, el que había sonreído a Luca, se gira y nos observa por el retrovisor.

—No os preocupéis, aquí nadie va a hacer preguntas —dice, como si pudiera leer mis pensamientos.

Su tono es seguro, casi tranquilizador, pero no consigo relajarme. Los rostros de mis perseguidores siguen rondando mi memoria, mezclados ahora con estos desconocidos que, de algún modo, están de nuestro lado.

Luca intercambia unas palabras rápidas en italiano con el conductor. No entiendo todo, pero capto fragmentos: nombres, lugares, una dirección que no reconozco. Siento que, por primera vez desde que comenzó la persecución, el control de la situación ya no está en nuestras manos, sino en las de estos aliados inesperados.

El coche toma una curva cerrada y se interna por un camino de grava, oculto entre árboles altos. Nos detenemos frente a una casa aislada, de muros encalados y persianas verdes. El conductor apaga el motor y se vuelve hacia nosotros.

—Aquí estaréis seguros un tiempo. Nadie llega sin invitación.

Bajamos del coche y los hombres nos guían al interior. Una mujer joven, con el cabello recogido, nos recibe en la puerta. Nos indica un salón donde podemos sentarnos y descansar. Matteo se deja caer en un sillón, Luca se mantiene de pie, atento a cada sonido, y yo me siento en el borde del sofá, sin atreverme a soltar la mochila.

La mujer nos ofrece agua y algo de comida. Agradezco el gesto, aunque apenas tengo apetito. Luca se acerca y me susurra que confíe, que estos son viejos amigos, gente leal. Lo miro, buscando en su rostro alguna señal de duda, pero solo encuentro determinación.

Pasan los minutos y la tensión empieza a disiparse. Matteo revisa su móvil, buscando noticias, mientras la mujer nos cuenta que la policía ha bloqueado las salidas del pueblo, pero que nadie sospecha de esta casa. Los hombres conversan en la cocina, atentos a cualquier novedad.

Luca se sienta a mi lado, por fin, y me toma la mano. Su contacto es cálido, firme.

—Lo peor ha pasado —dice mientras sus dedos recorren el dorso, deteniéndose en mis nudillos, como si quisiera memorizar cada línea, cada cicatriz.

Siento su mirada sobre mí, intensa y protectora, y por un momento el bullicio de la casa desaparece. Solo existimos él y yo, sentados en ese sofá.

Me giro hacia él, buscando en sus ojos alguna grieta, una señal de que también necesita aferrarse a algo real. Luca acerca su rostro, despacio, dándome tiempo para apartarme si lo deseo, pero no lo hago. La distancia se acorta, y cuando su aliento roza mi mejilla, cierro los ojos.

Nuestros labios se encuentran en un beso contenido, cargado de todo lo que no hemos dicho. Es un refugio, una tregua, una forma de decir que seguimos aquí, a pesar de todo. Sus manos me rodean el rostro, y yo me aferro a su camisa, como si el mundo pudiera desvanecerse bajo nuestros pies y no importara.

Cuando se separa, apenas unos centímetros, noto su frente apoyada en la mía. Susurra mi nombre, y en ese instante, por breve que sea, siento que estoy donde quiero.



La casa permanece en silencio, apenas interrumpido por el rumor lejano de una radio. Me levanto del sofá y recorro el salón, observando los detalles: fotografías antiguas en las paredes, una lámpara de pie que tiñe de ámbar los rincones, cortinas gruesas que no dejan pasar la luz exterior. Todo parece cuidadosamente dispuesto para que nadie desde fuera adivine que hay vida en el interior.

Desde la cocina llegan palabras en italiano y reconozco el tono de Luca, más relajado que antes, y la risa breve de uno de los hombres que nos ayudó a escapar. Matteo aparece tras unos minutos, con el rostro algo más sereno. Se sienta a mi lado y me muestra la pantalla

de su móvil: las noticias hablan de un despliegue policial en el pueblo, de una joven desaparecida que podría estar cerca. Mi nombre aparece en titulares, acompañado de una de mis fotos.

Siento una punzada en el estómago, pero no aparto la vista. Leo los comentarios, los rumores, las especulaciones… Algunos aseguran que me han visto en la estación, otros inventan historias sobre mi paradero. Matteo me observa, esperando una reacción, pero solo leo sin decir nada. Hablan de una familia desesperada, de un hogar que en realidad nunca lo fue.

Pienso en ellos. En las cenas donde solo había reproches, en las miradas esquivas, en las palabras que nunca llegaron. Nunca fui la hija que esperaban, ni la hermana que necesitaban. Siempre fui la pieza que no encajaba, la que sobraba en la foto familiar. No me querían, no de verdad… por eso me fui. Pero ahora que he desaparecido, ahora que mi nombre circula por periódicos y redes, se aferran a mi ausencia como si fuera lo único que les pertenece.

Quizá es el peso de la culpa, o el miedo a lo que puedan decir los vecinos lo que los empuja a buscarme. Tal vez es solo el deber, esa obligación de aparentar que todo importa más de lo que realmente sienten, pero, aunque no lo admitan, sé que mi desaparición es solo otra grieta en una casa que lleva años resquebrajándose.

No puedo evitar preguntarme qué pensarán si algún día regreso. Si me recibirán con los brazos abiertos o si, tras la puerta, seguirá esperando el mismo frío que ahora se disfraza de preocupación. Aprieto las rodillas contra el pecho y dejo que el murmullo de las voces en la casa me arrulle, intentando no pensar en todo lo que nunca fue.

Luca entra en el salón y se acerca despacio. Se sienta a mi lado, apoya la mano sobre mi espalda y besa mi cabeza.

La mujer que nos recibió entra con una bandeja de café y pan recién hecho. Nos invita a comer, a descansar, a intentar dormir unas horas... Matteo acepta de inmediato; yo dudo, pero acabo cediendo

ante el cansancio. Luca me acompaña hasta una habitación pequeña, con una cama estrecha y una ventana tapada por una manta gruesa. Me tumbo y cierro los ojos, dejando que el agotamiento me arrastre.

No sé cuánto tiempo pasa, hasta que me despiertan voces discutiendo sobre algo importante. Me incorporo y escucho con atención. Alguien habla de movimientos extraños cerca de la carretera, de coches que no pertenecen a la zona. Luca entra a la habitación y me explica que debemos estar preparados para salir en cualquier momento. No hay garantías, solo la confianza en quienes nos han tendido la mano.

Me visto deprisa, guardo mis cosas y salgo al salón, donde Matteo ya espera. Los hombres que nos ayudaron, buscan la forma de sacarnos de allí si la situación se complica.

El salón se convierte en un improvisado cuartel general. Sobre la mesa, los mapas se despliegan entre tazas de café y migas de pan. Luca marca con el dedo las rutas de acceso al pueblo, señalando los puntos donde la policía y los enemigos podrían estar apostados. Matteo escucha, atento, mientras uno de los hombres de la casa —el más joven, con barba de varios días y mirada aguda— sugiere caminos secundarios para moverse sin ser detectados.

La mujer que nos ha acogido se une a la conversación, aportando detalles sobre los hábitos de los vecinos y los horarios en los que las calles suelen estar vacías. Todos aportan algo: rutas de escape, puntos ciegos, posibles escondites. Siento que formamos un equipo, aunque hasta hace unas horas éramos solo desconocidos forzados a confiar por necesidad.

Matteo propone distraer a los policías con un coche señuelo, mientras el resto se mueve por el lado opuesto del pueblo. El hombre de la barba asiente y añade que puede contactar a un par de amigos para bloquear la carretera principal con un accidente simulado, ralentizando cualquier refuerzo que llegue desde fuera.

Luca toma la palabra y con tono firme y seguro, explica que no basta con escapar: hay que dar un golpe que desestabilice a quienes nos persiguen, sembrar confusión y ganar tiempo. Sugiere atacar el punto de reunión de los enemigos, donde suelen coordinarse, para obligarlos a replegarse y dejar libre la ruta de salida.

Mientras discuten los detalles, me doy cuenta de que mi papel no será solo el de seguir órdenes.

El plan toma forma entre murmullos y gestos rápidos: dos grupos, uno de distracción y otro de ataque. Matteo y yo saldremos primero, aprovechando la oscuridad y el silencio de la madrugada. Luca y los demás nos seguirán, listos para intervenir en el momento clave. Cada uno memoriza su papel, revisa su equipo y se prepara mentalmente para lo que está por venir.

Matteo y yo nos preparamos junto a la puerta trasera, revisando los detalles una vez más. El plan es simple en apariencia, pero cada paso está cargado de riesgos. La mujer me entrega un pequeño walkie-talkie y una linterna de bolsillo. Su mano tiembla apenas al rozar la mía, pero sus ojos transmiten una calma que me contagia.

Salimos al callejón, envueltos en la penumbra y caminamos pegados a las sombras, atentos a cualquier movimiento. Matteo avanza primero, comprobando que la ruta esté despejada. Yo lo sigo, con la linterna apagada y el walkie apretado en la mano.

Al llegar a la esquina del callejón, nos detenemos. Desde aquí, puedo ver la plaza principal, iluminada por farolas anaranjadas. Hay dos coches patrulla y varios agentes conversando junto a la fuente. Reconozco a uno de los hombres que nos buscaban en la estación, ahora vestido de civil, hablando por teléfono y gesticulando con nerviosismo.

Matteo me indica que espere. Él cruza la calle con paso firme, fingiendo ser un vecino más que vuelve tarde a casa. Yo aprovecho el momento y me deslizo hacia la parte trasera de una panadería cerrada, donde me han asegurado que los aliados de Luca deberían

estar esperando. Golpeo la puerta tres veces, como acordamos, y una figura se asoma entre las sombras. Me reconoce y me hace pasar.

Dentro, tres hombres repasan el plan en voz baja. Uno de ellos me entrega una chaqueta oscura y una gorra para cubrirme. Me explican que, en cuanto reciban la señal de Matteo, provocarán un corte de luz en la plaza, sumiendo a los policías en la confusión. Mientras tanto, Luca y el grupo de ataque avanzarán desde el otro extremo, listos para interceptar a los enemigos y abrirnos paso.

El tiempo parece estirarse mientras espero la señal. Afuera, las conversaciones de los agentes se mezclan con el zumbido de las farolas. Sé que no hay margen para errores: si algo sale mal, no habrá segunda oportunidad.

El walkie crepita. La voz de Matteo llega nítida: "Ahora". Los hombres se movilizan, cada uno en su puesto. Tomo aire y salgo al callejón, lista para cumplir mi parte.

Los minutos pasan y el plan toma su forma definitiva. Los hombres de Luca deciden que la mejor manera de neutralizar a los mafiosos que los buscan es usar la propia presión policial en su beneficio. Saben que la policía está en máxima alerta por mi desaparición y que cualquier movimiento sospechoso será vigilado de cerca. Aprovecharán ese despliegue para tender una trampa a sus enemigos.

En la casa, el grupo vuelve a dividirse en equipos. Matteo y uno de los aliados de Luca se encargarán de provocar una distracción cerca de la plaza principal, donde los policías patrullan con mayor frecuencia. Mientras tanto, la mujer que los ha acogido contacta discretamente con un agente local de confianza, filtrando información sobre la presencia de hombres armados y movimientos extraños en las afueras del pueblo. El mensaje es claro: hay un grupo de forasteros que prepara algo grande y puede estar relacionado con la mafia.

Luca y el resto se mueven por los callejones, guiados por los aliados que conocen cada rincón del lugar. Se posicionan cerca del almacén donde, según sus informantes, los mafiosos han instalado su centro de operaciones temporal. Desde las sombras, observan cómo varios hombres entran y salen del edificio, hablando por teléfono y vigilando la calle.

Todo está calculado al milímetro. Cuando la policía recibe el aviso anónimo, monta un operativo inmediato. Los coches patrulla rodean el almacén y los agentes, armados y nerviosos, se preparan para intervenir. Los mafiosos, sorprendidos por la rapidez del cerco, intentan resistirse, creyendo que es una emboscada de una banda rival. El caos estalla: gritos, órdenes, sirenas y el sonido de puertas forzadas…

Mientras tanto, Luca y los suyos observan desde un edificio cercano. Saben que los policías, presionados por la repercusión mediática del caso *Valeria*, no dudarán en arrestar a todos los presentes para demostrar eficacia ante la opinión pública.

Los mafiosos, atrapados entre la policía y la falta de escapatoria, caen uno a uno. Algunos intentan negociar, otros se rinden y la operación termina con una docena de detenidos.

En ese instante, los aliados de Luca aprovechan la confusión para sacarnos discretamente del pueblo. Usan rutas secundarias, evitando controles, mientras la policía celebra su éxito sin sospechar que han sido piezas en un juego mucho más grande.

Mientras terminan de arrestar a los mafiosos, el pueblo bulle con rumores y luces azules que destellan en la madrugada. Los agentes, orgullosos por el golpe dado al crimen organizado, no imaginan que han sido guiados desde las sombras. Luca y sus hombres, ocultos entre los tejados y callejones, observan la escena con atención, asegurándose de que ningún rostro conocido quede fuera del operativo.

Aún siento las manos temblorosas cuando me acerco a Matteo y a la mujer que nos ha dado cobijo. Saben, igual que yo, que deben aprovechar la confusión para desaparecer antes de que alguien relacione su presencia con el despliegue policial. Uno de los aliados de Luca, experto en moverse sin ser visto, nos indica un camino entre patios traseros y huertos, lejos de la vista de curiosos y del perímetro policial.

Avanzamos deprisa, pegados a las tapias y se escuchan los gritos de los detenidos, las órdenes de los agentes y el estruendo de puertas abriéndose en busca de más sospechosos. El plan de los hombres de Luca ha funcionado: los policías, convencidos de que han atrapado a los responsables de la amenaza, redoblan los controles en la zona del almacén, dejando libre el resto del pueblo. Por fin las calles secundarias quedan desiertas y podemos avanzar casi sin obstáculos.

Nos guían hasta una casa segura a las afueras, donde nos esperan dos coches preparados para salir en cuanto den la señal. Saben que la situación sigue siendo delicada: la noticia del arresto puede atraer nuevos enemigos o provocar represalias.

Los coches preparados por los aliados de Luca nos esperan en una curva, ocultos tras un seto de cipreses. Aún con el pulso acelerado, me despido de la mujer que nos ayudó, agradeciéndole la calidez y el coraje, y Luca, antes de subir, dedica una última mirada al pueblo, como si quisiera grabar en la memoria el lugar donde, por un instante, el destino nos dio una tregua.

El convoy arranca en silencio, siguiendo caminos rurales que serpentean entre viñedos y campos de trigo. Nadie habla mucho; cada uno está absorto en sus pensamientos, procesando la tensión de la noche y la extraña sensación de haber ganado una batalla sin disparar un solo tiro.

Luca aprovecha el trayecto para explicar el siguiente paso: ahora que la presión sobre mi desaparición ha disminuido y los mafiosos están fuera de juego, podemos movernos con más libertad, pero

debemos seguir siendo cautelosos. El plan es llegar hasta una ciudad costera, donde un contacto de confianza nos proporcionará nuevas identidades y una ruta segura hacia el extranjero. Allí, podremos decidir si separarnos o seguir juntos, lejos del alcance de quienes nos persiguen.



CAPÍTULO 21

Cuando el mar aparece en el horizonte, azul y prometedor, comprendo que la libertad está cerca. El sol se refleja en la superficie y por un instante olvido el cansancio, los días de huida, las noches sin dormir. El aire salino se cuela por la ventanilla entreabierta y llena mis pulmones de una esperanza nueva.

Un par de kilómetros después, el pueblo costero aparece tras una curva, blanco y luminoso bajo el sol de la mañana. Casas bajas, barcas varadas en la arena y una plaza donde los viejos conversan a la sombra de los plátanos. Luca aparca en una calle tranquila y me mira, como si quisiera asegurarse de que estoy lista para lo que viene.

—Ya casi estamos —dice, y su voz suena más suave de lo habitual. Aparca y bajamos del coche.

El aire del puerto huele a sal y a gasoil. Caminamos deprisa, con la cabeza gacha, siguiendo a la mujer que nos ha dado refugio.

El contacto de Luca nos espera junto a una furgoneta blanca, estacionada en la zona más apartada del muelle. Todo parece en orden: los papeles, las mochilas, un viaje seguro lejos de todo esto… Pero algo me inquieta, una tensión sorda en el aire, como si el puerto mismo contuviera la respiración.

De repente, todo ocurre demasiado rápido. Un grupo de hombres emerge de entre los contenedores con los rostros ocultos bajo pasamontañas. No gritan, no hacen aspavientos: se mueven con una precisión que solo da la costumbre. Luca reacciona en un instante, me empuja hacia atrás, cubriéndome con su cuerpo. Matteo intenta alcanzarnos, pero uno de los desconocidos le bloquea el paso y lo arrastra hacia la furgoneta.

—¡Matteo! —grito, pero mi voz se pierde entre el estrépito de pasos y el rugido de un motor encendiéndose.

Luca me agarra del brazo y tira de mí hacia un callejón entre almacenes. Corremos, esquivando cajas y redes de pesca, mientras detrás de nosotros los hombres forcejean con Matteo. Escucho su nombre y un segundo después, el portazo de la furgoneta cerrándose. Quiero volver, quiero luchar, pero Luca no me lo permite.

—No —susurra, apretando mi mano—. Si nos atrapan a los tres, esto no habrá servido de nada.

Nos escondemos tras una pila de bidones oxidados, el pecho me arde y la cabeza me da vueltas. Desde mi escondite, veo cómo la furgoneta se aleja, llevándose a Matteo. Los otros hombres nos buscan, recorren el muelle en silencio, revisando cada rincón. Luca mantiene la calma.

El contacto de Luca aparece de nuevo, esta vez con el rostro desencajado. Nos hace una señal, nos indica un camino seguro entre los almacenes y nos empuja hacia una puerta trasera. Solo cuando estamos a salvo me permito soltar el aire y sentir el vacío que deja Matteo.

—Vamos a recuperarlo —dice Luca, con las manos sobre la cabeza y caminando nervioso de un lado a otro. Nunca le había visto así—. Pero ahora tenemos que desaparecer. Si nos encuentran, Matteo se queda solo y sin oportunidades.

Asiento, forzándome a tragar el nudo de mi garganta. El mar sigue allí, azul y resplandeciente, pero ahora es también un recordatorio de lo que hemos perdido. Mientras Luca me guía por calles desconocidas, solo puedo pensar en Matteo y en su rostro al ser arrastrado.

El miedo me quema por dentro, pero también me mantiene alerta. Cada esquina podría ser una emboscada, cada figura un enemigo. Luca se detiene junto a una verja oxidada y, en voz baja, le exige al contacto toda la información posible. El hombre le explica que no reconoce a los atacantes, pero que parecían profesionales, organizados, y que sabían exactamente a quién buscaban. No eran policías, ni matones improvisados. Alguien ha pagado bien por Matteo.

Luca asiente con sus labios tensos en una línea recta. Me mira y sé lo que está pensando: Matteo está vivo, y mientras lo esté, hay una posibilidad de recuperarlo, pero no podemos arriesgarnos a actuar sin un plan.

Volvemos a la nave y Luca se mueve como un animal enjaulado. Saca su móvil, hace llamadas en italiano, da instrucciones rápidas y cortantes. Yo me siento en el suelo, repasando mentalmente los últimos minutos una y otra vez. La imagen de Matteo, su mirada buscando la mía, me persigue como una sombra.

—No van a —dice Luca, sentándose a mi lado—. Lo quieren como moneda de cambio. Saben que vendremos a por él.

—¿Y si no podemos? —pregunto.

—Podemos —responde, y sus palabras de alguna forma me consuelan.

El móvil de Luca vibra sobre la mesa, cortando el silencio. Él lo mira unos segundos, como si pudiera retrasar lo inevitable. Yo me quedo quieta con el corazón golpeando en el pecho, hasta que la pantalla se ilumina con una imagen que me hiela la sangre: Matteo, atado a una silla con la cabeza gacha y una mancha oscura en la mejilla. Junto a la foto, un mensaje breve: "Ya sabes lo que tienes que hacer. No tardes."

Luca aprieta el móvil con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. No dice nada, pero en sus ojos veo la furia y la impotencia. Se levanta de golpe y recorre la habitación.

—¿Qué quieren? —pregunto, aunque ya intuyo que esta vez no será dinero ni información.

Luca se detiene frente a mí:

—Quieren que me entregue. —Se pasa la mano por el rostro—. Que trabaje para ellos. Que me convierta en su herramienta, su perro fiel. Que haga lo que me pidan, cuando lo pidan. Si no,

matarán a Matteo. Y si alguna vez intento escapar, también irán a por ti. A por todos los que me importan.

La casa parece encogerse a mi alrededor. El contacto del puerto entra con el rostro desencajado, confirmando lo que Luca acaba de decirme. Los hombres que han secuestrado a Matteo no buscan un trato rápido. Quieren a Luca de rodillas, sirviendo a la organización rival, sabiendo que así destruyen lo que más teme: perder su libertad, su dignidad y la de toda su familia.

Luca se sienta con la cabeza entre las manos.

—Si acepto, no volveré a ser yo mismo. Si no lo hago, matan a Matteo. Y después vendrán a por nosotros.

Me acerco y le tomo la mano, notando cómo le tiembla.

—¿No hay otra salida?

Niega despacio.

—No. Esto es lo que siempre temí. Que me atraparan por donde más duele.

El contacto le entrega la dirección del almacén donde retienen a Matteo. Luca se pone de pie, se ajusta la chaqueta y me mira, como si quisiera grabar mi rostro para siempre.

—Quiero que te vayas, Valeria. Que huyas. Si acepto, me perderás. Si no lo hago, te pondré en peligro.

—No pienso hacerlo. No voy a dejarte solo —susurro con la garganta cerrada, y niego con la cabeza, aferrándome a su brazo como si fuera lo único que me mantiene en pie.

Luca aparta la mirada con el rostro endurecido por una decisión que ya parece tomada. Siento su tensión y la rabia contenida en cada músculo. Me mira de nuevo con los ojos ardiendo, y su voz se quiebra apenas un instante:

—No entiendes lo que me piden. Si te quedas cerca, te usarán contra mí. No puedo soportar la idea de verte sufrir por mi culpa.

—¿Y yo sí debería soportar la tuya? —le escupo con el pecho a punto de estallar—. No me pidas que te abandone. No después de todo lo que hemos pasado.

Luca intenta zafarse, pero lo retengo. El silencio entre nosotros es tan denso que duele. Sé que si cedo, lo pierdo para siempre. Sé también que quedarme puede costarme la vida, pero la idea de dejarlo solo, de verlo arrodillarse ante esos hombres sin nadie que lo mire a los ojos y le recuerde quién es, me resulta insoportable.

—Si tienes que caer, caeremos juntos. Si tienes que luchar, lucharemos los dos. No me apartes, Luca. No me obligues a ser cobarde.

Él cierra los ojos con el dolor cruzándole el rostro como una sombra y me toma entre las manos.

—Eres lo único real que me queda —murmura, cediendo por fin —. Pareces estar hecha para mí. —Besa mis labios antes de buscar mi mirada—. Prométeme que, si tienes una oportunidad de escapar, la tomarás. No podré soportar verte pagar por mis errores.

—Solo si tú prometes no permitir que te hagan daño. —le respondo con los ojos llenos de lágrimas—. Te quiero, Luca. —Sus labios rozan los míos con una determinación que no deja espacio para dudas. Se detiene apenas un instante y apoya su frente en la mía.

—Te quiero, Valeria. Por ti, haré lo que sea.

Salimos de la nave al amanecer y Luca avanza primero con las manos en alto, mostrando que viene desarmado. Yo lo sigo desde atrás, con el miedo apretándome el pecho, pero no puedo dejarlo solo en esto.

Los hombres armados nos rodean. El jefe, un hombre de rostro afilado y sonrisa cruel, se acerca a Luca.

—A partir de hoy, eres nuestro. Si fallas, Matteo muere. Si huyes, ella muere.

Cuando termina de hablar, los hombres sueltan a Matteo, que cae de rodillas, exhausto pero vivo y yo corro a abrazarlo.

Luca se queda de pie, solo, rodeado por sus nuevos dueños. Me mira una última vez, y en sus ojos veo la promesa de que, aunque ahora sea un esclavo, no dejará de luchar por nosotros.

El jefe lo empuja hacia la salida y Matteo y yo nos quedamos allí, viendo cómo se aleja, sabiendo que nada volverá a ser igual. El precio de la libertad ha sido demasiado alto.



CAPÍTULO 22

El silencio tras la partida de Luca se rompe cuando un rugido de motores irrumpe en la explanada frente a la nave: varias furgonetas negras, idénticas, con las lunas tintadas, frenan en seco, levantando una nube de polvo y grava. Las puertas se abren de golpe y de su interior emergen hombres armados, vestidos de oscuro y con los rostros cubiertos. Todo ocurre en cuestión de segundos.

El jefe apenas tiene tiempo de reaccionar. Un disparo le alcanza, y el caos estalla. Los hombres de la organización rival corren a cubrirse, pero la emboscada es brutal y precisa. El estruendo de las armas retumba en el aire, los gritos se mezclan con el tableteo de las ráfagas. Algunos caen al instante; otros intentan huir, solo para ser alcanzados por las balas o atrapados entre los vehículos.

Matteo me empuja detrás de una columna, protegiéndome con su cuerpo mientras el infierno se desata a nuestro alrededor. Veo a Luca, aún rodeado por sus captores, forcejeando por liberarse en medio del fuego cruzado, y por un instante, nuestros ojos se encuentran entre el humo y el pánico.

Intento salir de mi escondite, pero Matteo me retiene.

—¡No! —grita—. ¡No podemos hacer nada ahora!

Las furgonetas bloquean todas las salidas. El suelo está cubierto de casquillos y sangre. El olor a pólvora y metal quemado lo impregna todo. Los atacantes avanzan, implacables, derribando a cualquiera que se interponga. No distingo quién está de nuestro lado

y quién no; solo sé que han venido por Luca, que esta masacre es el precio de su libertad.

Veo a Luca forcejeando con uno de sus captores. Los atacantes, perfectamente coordinados, se abren paso hasta él, cubriéndolo mientras repelen a los hombres del jefe. Un par de disparos silban cerca de mi cabeza; Matteo me empuja al suelo y me cubre de nuevo mientras el infierno desciende sobre nosotros.

En medio del caos, uno de los encapuchados se acerca a Luca, le corta las ataduras de las muñecas y le pasa un arma.

—Vamos —le ordena—, no hay tiempo.

Luca no duda. Se incorpora, dispara dos veces para cubrir a sus rescatadores y corre hacia nosotros. El jefe, herido pero vivo, observa la escena desde detrás de unas cajas con la rabia ardiendo en sus ojos y mi vello se eriza.

—¡Valeria! —grita Luca, y en ese instante siento que el aire vuelve a mis pulmones.

Corro hacia él, con Matteo a mi lado, esquivando cuerpos y escombros. El caos lo llena todo, pero puedo ver su figura recortada entre las sombras.

Estamos a apenas unos metros cuando, de pronto, todo se ralentiza. Veo al jefe moverse desde su escondite con el arma levantada y su mirada fijada en mí. Apunta con el cañón directo a mi pecho y antes de que mi mente pueda siquiera procesarlo, todo mi cuerpo se tensa, pero no tengo tiempo de reaccionar.

Luca sí. Sin pensarlo, se interpone entre el jefe y yo, empujándome hacia atrás. El disparo retumba en la nave y grito con todas mis fuerzas al ver cómo el cuerpo de Luca se arquea y la sangre comienza a brotar por su espalda. El tiempo se quiebra en mil pedazos. Luca cae de rodillas, pero no me suelta. Sus ojos buscan los míos, llenos de dolor y una furia indómita.

—¡Luca! —grito, atrapándolo antes de que toque el suelo.

Matteo dispara hacia el jefe, obligándolo a cubrirse de nuevo y me arrodillo junto a Luca con mis manos ya manchadas de su sangre. Siento el pulso acelerado y cuando la adrenalina toma el control, la médica en mí despierta, fría y precisa.

—Tranquilo, estoy aquí —le digo, presionando la herida con fuerza—. No te voy a dejar.

Me mira con el dolor brillando en sus ojos, pero también con una determinación feroz.

—No podía dejar que te hiciera daño —musita como puede.

—No hables. Vas a salir de esta —le prometo improvisando un vendaje con lo que tengo a mano.

Matteo se acerca, y juntos conseguimos levantar a Luca, apoyándolo entre los dos. El fuego cruzado sigue, pero ya solo importa sacarlo de allí. Salimos a trompicones y solo pienso en mantener a Luca consciente, en no perderlo.

Nos refugiamos tras un coche, me arrodillo junto a él y reviso el vendaje improvisado. La sangre sigue manando, aunque más despacio.

—Luca, mírame —le ordeno, sujetando su rostro entre mis manos —. No te duermas, ¿me oyes? Quédate conmigo.

Él intenta sonreír, pero el dolor le roba las fuerzas. Matteo vigila, nervioso con la pistola temblando en su mano.

—Tenemos que sacarlo de aquí, Valeria.

—Lo sé —lo corto con la voz más dura de lo que siento—. Ayúdame a levantarlo. Hay que buscar un coche, cualquier cosa que nos lleve lejos de este infierno.

Juntos, entre jadeos, conseguimos poner a Luca de pie. Su brazo se apoya en mis hombros y su aliento cálido y débil roza mi cuello.

Matteo y yo logramos meter a Luca en la furgoneta, pero mi mente no puede dejar de girar en torno a una sola idea: mientras el jefe siga vivo, nunca estaremos a salvo. Siento su sombra acechando incluso en la distancia, la amenaza latente en cada latido de Luca. No puedo permitirlo. No después de todo lo que hemos perdido y lo cerca que he estado de perderlo a él para siempre.

—Matteo, aprieta con fuerza su herida y dame tu pistola. No tardo.

Matteo me mira con los ojos abiertos de par en par y la respiración agitada.

—¿Qué vas a hacer, Valeria? ¡No puedes volver ahí, es una locura!

—No es locura, es justicia —le espeto—. Si no acabo con esto ahora, no vamos a tener un mañana. Ni Luca, ni tú, ni yo.

No espero respuesta. Tomo la pistola y salgo de la furgoneta, avanzando con cautela entre el humo y los restos de la emboscada. Camino despacio, esquivando cuerpos y vehículos destrozados con mis sentidos aguzados por la adrenalina y el miedo.

El sol ya ilumina la nave, proyectando sombras largas y nítidas sobre el asfalto. Paso junto a un coche con los cristales rotos y oigo un gemido ahogado. Sigo el sonido, bordeando el vehículo con la pistola en alto, y entonces lo veo: el jefe, encogido tras la rueda trasera de un coche destrozado, el brazo herido apoyado contra el metal y la pistola aún en la mano.

Me observa acercarme, y por un instante su mirada se cruza con la mía. No hay desafío en sus ojos, solo una mezcla de rabia y agotamiento. Su sonrisa, esa mueca cruel que me hiela la sangre, aparece de nuevo, aunque ahora se ve forzada, casi desesperada.

—¿Vienes a suplicar por tu vida, Valeria? —escupe.

—No. Vengo a asegurarme de que no vuelvas a amenazarnos nunca más.

Levanto el arma. Mis manos tiemblan, pero no dudo. El jefe intenta levantar la suya, pero soy más rápida. Aprieto el gatillo. El disparo resuena en el aire y lo veo caer hacia atrás con el odio congelado en su rostro.

Me quedo allí un segundo, respirando hondo, sintiendo cómo la tensión se disuelve y el peso de la amenaza se desvanece. No hay alivio, solo calma. Camino de regreso a la furgoneta con el eco del disparo aún vibrando en mis oídos.

Cuando subo de nuevo, Matteo me mira en silencio, entendiendo sin palabras. Me arrodillo junto a Luca, que me observa con los ojos empañados de dolor y algo más: gratitud, alivio, y una chispa de respeto.

—¿Está hecho? —balbucea.

Asiento, limpiando el sudor de mi frente y volviendo a apretar su mano.

—Ya nadie va a hacernos daño, Luca. Ahora sí somos libres.

Mientras Matteo arranca el motor y la furgoneta se aleja del infierno, sé que he cruzado una línea de la que no hay retorno.

Matteo, aunque prácticamente es un crio, conduce como su hermano. Lo ha entrenado bien. Yo permanezco junto a Luca, sosteniéndolo, vigilando su respiración, sintiendo el calor de su sangre aún fresca pegada a mis manos.

Intento concentrarme en su herida, en el ritmo de sus pulsaciones, en la urgencia de mantenerlo despierto, pero mi mente no deja de regresar, una y otra vez, al instante en que apreté el gatillo. El eco del disparo, la expresión del jefe al desplomarse, la

certeza brutal de que he cruzado una línea de la que no hay retorno. Me repito que era necesario, que no había otra salida, pero la culpa se enrosca en mi pecho como una serpiente fría.

—¿Estás bien? —susurra Luca con apenas un hilo de voz, como si pudiera leerme el alma incluso en ese estado.

Lo miro y asiento, pero sé que no le engaño. Él sabe lo que cuesta sobrevivir en este mundo, el precio que se paga por cada decisión.

—No había otra opción —le digo al fin, más para mí que para él —. Si no lo hacía, nunca dejaríamos de huir.

Luca aprieta mi mano, débil pero firme.

—Ahora sí somos libres —musita—, y es gracias a ti.

Nadie dice nada durante largos minutos. Solo la respiración de Luca llena el espacio. Apoyo la espalda sobre el respaldo y dejo que el cansancio me invada. Cierro los ojos y la imagen del jefe, su mueca de sorpresa y rabia, vuelve a mí. ¿En qué me convierte esto? ¿Era justicia o venganza? ¿He salvado a los que amo o solo he condenado mi alma a cargar con otro fantasma?

Luca me mira con una ternura inesperada.

—No te castigues, Valeria. Lo que has hecho… lo has hecho por nosotros. Por ti. Por mí.

Quiero creerle, pero sé que la culpa no desaparece, solo se aprende a vivir con ella.



CAPÍTULO 23

El teléfono de Luca vibra sobre el asiento y, por un momento, el sonido me atraviesa como un escalofrío. Me acerco, con las manos aún manchadas de yodo y vendas, y respondo con miedo, temiendo escuchar malas noticias. Al otro lado, una voz conocida, cargada de preocupación, pregunta por nosotros: si seguimos vivos, si Luca ha aguantado, si Matteo y yo estamos juntos.

Siento cómo la tensión que llevaba anudada en la garganta empieza a aflojarse. Respondo que sí, que estamos aquí, que Luca permanece estable y que Matteo no nos ha dejado solos ni un segundo y escucho el alivio en su voz.

Tras varios minutos hablando, la conversación cambia y me cuentan que van a preparar una casita para nosotros, en un rincón donde podremos escondernos el tiempo que haga falta.

—Cuando lleguéis estará todo listo, Valeria. Habrá comida, ropa limpia, un botiquín completo. Voy a enviaros la ubicación, ¿crees que Matteo logrará llegar?

—Matteo llegará donde haga falta —Le guiño un ojo y veo cómo sonríe por el retrovisor.

Agradezco la noticia y prometo avisar cuando estemos cerca. Al colgar, me quedo unos segundos mirando el teléfono, agradeciendo mentalmente que aún queda gente dispuesta a tendernos la mano.

Vuelvo mi atención a Luca y dejo un beso en su frente mientras sigo vigilando su respiración, el color de su piel y los vendajes, cada pocos minutos, como si mi atención pudiera mantenerlo a salvo.

El teléfono descansa en mi regazo, todavía caliente por la última llamada y repaso mentalmente las palabras de esa voz amiga, deseando llegar cuanto antes.

Luca está pálido, pero su respiración se ha vuelto más regular. De vez en cuando abre los ojos y me busca, como si necesitara comprobar que sigo aquí. Le acaricio el cabello, le hablo en voz baja, le cuento anécdotas absurdas de mi infancia o le describo el color del cielo, cualquier cosa para mantenerlo despierto y distraído del dolor.

En algún momento, Luca me aprieta la mano con más fuerza.

—¿Cuánto falta? —pregunta, débil.

—No mucho —le respondo, forzando una sonrisa—. Nos espera una casa con sábanas limpias y comida caliente. Y una cama de verdad…

Cuando por fin llegamos, el motor se apaga y el silencio nos envuelve. Bajo de la furgoneta y ayudo a Luca a incorporarse. Matteo nos sigue, cargando una bolsa con lo poco que hemos traído. La puerta de la casa cede con facilidad y nada más entrar, noto que la respiración de Luca se vuelve más pesada y al mirar el vendaje improvisado veo cómo la sangre ha vuelto a empapar la tela.

—Mierda, necesito ayuda —Matteo me ayuda a tumbarlo en el sofá, mientras corro al botiquín que nos han dejado preparado sobre la mesa. El pulso me retumba en los oídos, pero mis manos no tiemblan: sé lo que tengo que hacer.

Corto la camisa de Luca y retiro el vendaje empapado. La herida vuelve a sangrar, más de lo que esperaba, y tengo que presionar con gasas limpias hasta que la hemorragia cede un poco. Matteo, pálido, me acerca todo lo que pido sin hacer preguntas. Preparo la anestesia local y se la inyecto alrededor de la herida, notando cómo Luca aprieta los dientes, pero no se queja.

—Esto va a doler un poco —le advierto, mirándolo a los ojos para que sepa que estoy ahí, que no pienso dejarlo.

Cuando la zona está insensible, tomo la aguja e hilo quirúrgico. Siento el sudor en la frente, pero cada punto es firme, preciso. Coso la piel con calma, deteniéndome solo para limpiar la sangre que sigue brotando a intervalos. Luca respira hondo cuando paso la aguja por los bordes desgarrados.

Matteo sostiene una linterna para darme mejor luz y me pasa las gasas limpias. El silencio solo se rompe por nuestras respiraciones y el sonido del hilo tensándose. Al terminar, limpio de nuevo la zona, aplico una pomada antibiótica y cubro la herida con un vendaje fresco y ajustado.

Me siento a su lado, agotada, y Luca me mira con los ojos entrecerrados. Matteo se deja caer en una silla, soltando por fin el aire que había contenido todo el tiempo. Por un momento, solo escucho el tic-tac del reloj y el rumor lejano del mar. Sé que la recuperación será lenta, pero esta vez Luca está a salvo, y yo, por fin, puedo cuidarlo como merece.



CAPÍTULO 24

Dos semanas después

El tiempo aquí se siente diferente. Luca, aunque todavía está débil, ya puede levantarse solo y dar pequeños paseos por la casa. Hubo días en los que pensé que no lo lograría, que el miedo iba a devorarnos a los dos, pero aquí está, conmigo. No sé qué habría hecho sin él.

Miro el teléfono sobre la mesa y, la idea de llamar a mis padres no para de rondarme en la cabeza. He pasado la mañana observando a Luca dormir, escuchando el ritmo pausado de su respiración y preguntándome si realmente puedo dejar atrás todo lo que fui. El teléfono está tan cerca que parece tentarme, pero no me atrevo a tocarlo.

Me pregunto si debería hacerlo. Si marcar ese número serviría de algo o solo abriría heridas que llevo demasiado tiempo intentando cerrar. Imagino la voz de mi madre, primero ansiosa, luego molesta, como siempre que no hago lo que espera. ¿Qué le diría? ¿Por qué siento esa necesidad de explicarme, de que por fin me escuche, aunque sé que nunca lo hará?

Me repito que no les debo nada, que este lugar es mi refugio y que nadie puede arrebatármelo. Pero la inquietud persiste, como una espina bajo la piel. Quizá hoy reúna el valor. Quizá mañana. Por ahora, solo pienso en llamar.

Por fin cojo el teléfono, lo enciendo por primera vez desde que Luca me lo devolvió y mis manos tiemblan, pero ya no puedo seguir evitando esto. Espero a que lleguen las cientos de notificaciones que se han ido acumulando, marco el número de mi madre y espero. El tono suena largo, como si el tiempo se estirara para darme una última oportunidad de colgar, pero no lo hago.

—Valeria, ¿eres tú? ¿Dónde estás? —su voz me atraviesa, pero no me detengo y respiro hondo.

—Mamá, escúchame. Esta vez, por favor, solo escucha.

Al otro lado, silencio. Siento que tengo que aprovecharlo.

—No quiero que me busquéis más. No necesito que me entiendas, solo que me dejes en paz. —Intenta hablar, pero la interrumpo—. No sabes lo que ha sido crecer sintiendo que siempre fallaba, que nunca era suficiente para ti. ¿Alguna vez pensaste en cómo me sentía? —Oigo cómo se le quiebra la voz, pero sigo adelante. No puedo permitir que el pasado me arrastre otra vez—. He pasado años intentando encajar, esperando una palabra tuya que no llegaba, un gesto, algo… Pero ya no. He encontrado algo que nunca tuve, un lugar donde puedo ser yo misma. —Sorbo por la nariz—. Me cansé de intentar ser lo que tú querías, de esconderme para evitar tus críticas, de fingir que todo estaba bien cuando por dentro me rompía…

Mi madre solloza, pero no me detengo.

—Me enseñaste a tener miedo de equivocarme, a dudar de cada paso, a mirar mis manos y preguntarme si algún día serían suficientes para ti. Nunca lo fueron. Y lo peor es que llegué a creerte. Pensé que el problema era yo, que si me esforzaba más, si callaba más, si era más obediente, algún día me mirarías con orgullo. Qué ingenua fui.

Las palabras salen solas, como si hubieran estado esperando este momento toda mi vida.

—¿Sabes, mamá? Por fin he encontrado algo que nunca tuve contigo: paz. Soy yo, y por primera vez, estoy donde quiero estar.

No espero respuesta y cuelgo antes de escuchar su voz de nuevo. Siento que algo se rompe y, al mismo tiempo, algo se libera dentro de mí. Por fin, elijo mi propio camino.

El silencio que queda después es abrumador, pero me siento ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Giro la cabeza y ahí está Luca, apoyado con esfuerzo en el marco de la puerta. Sus ojos me observan con esa mezcla de preocupación y ternura que solo él sabe mostrar.

—Estoy orgulloso de ti —dice, sin rodeos.

No sé qué decirle. Me encojo de hombros, avergonzada y aliviada a la vez.

Luca se acerca despacio y se sienta a mi lado. Durante unos segundos, solo escucho su respiración y el latido acelerado de mi propio corazón.

—No ha sido fácil, ¿verdad? —pregunta, aunque ya conoce la respuesta.

Niego con la cabeza. Siento las lágrimas amenazando, pero esta vez no me escondo.

—No tienes que sentirte culpable —continúa—. Lo que has hecho requiere de mucho valor. Has cargado con todo eso demasiado tiempo.

Me mira, como si quisiera asegurarse de que sus palabras me atraviesan de verdad.

—Aquí nadie te va a pedir que seas otra persona. No tienes que demostrar nada. Eres suficiente, Valeria. Y si algún día dudas, yo estaré aquí para recordártelo.

No sé cómo agradecerle. Solo atino a apoyarme en su hombro y dejo que su abrazo haga el resto.

—Te quiero, Valeria —susurra en mi oído, tan cerca que siento el calor de su aliento y el temblor en su voz.

Cierro los ojos un instante y dejo que esas palabras me envuelvan, llenando todos los huecos que el miedo y la soledad han dejado en mí.

—Yo también te quiero, Luca —respondo, sin dudar.



EPÍLOGO

Varios meses después, en algún lugar…

Las mañanas aquí tienen otra luz. Abro los ojos y lo primero que veo es a Luca, dormido a mi lado, respirando tranquilo. A veces me quedo observándolo, recordando todo lo que dejamos atrás para poder vivir así, en paz. El miedo ya no es una sombra constante; ahora es solo un eco lejano que no logra alcanzarnos.

Vivimos en una ciudad pequeña, lejos de todo lo que alguna vez nos hizo daño. Nadie conoce nuestro nombre ni nuestra historia, y eso nos da una libertad nueva, limpia. Luca se ha apartado de la mafia. Rompió todos los lazos, cerró puertas y eligió este camino, aunque a veces lo vea mirar por la ventana, pensativo, como si escuchara voces del passado, pero siempre vuelve a mí.

Me sorprendo a mí misma disfrutando de lo cotidiano. Preparo la comida mientras él lee el periódico, salimos a caminar por calles tranquilas, compartiendo momentos maravillosos. Luca abrió un taller mecánico en el barrio; llega a casa con las manos manchadas de grasa y una sonrisa cansada, pero sincera. Matteo está estudiando y yo escribo, lleno cuadernos con historias y, por primera vez, siento que esas palabras me pertenecen.

A veces, por las noches, hablamos de lo que fuimos. No para lamentarnos, sino para recordar lo lejos que hemos llegado. Nos reímos de nuestros miedos antiguos, de las huidas, de los secretos. Hemos aprendido a confiar, a pedir ayuda, a no escondernos. La felicidad no es perfecta ni constante, pero es real y se construye cada día, en cada gesto pequeño.

Luca me abraza y me susurra que me quiere, y yo le respondo igual, sin miedo. No necesitamos más. Aquí, juntos, somos libres. Y, aunque a veces el recuerdo duela, sabemos que lo que tenemos es nuestro, que lo hemos ganado.

—¿Otra vez te has dejado el café sin terminar? —pregunta Luca desde la cocina, mirándome con una ceja levantada y me encojo de

hombros, intentando disimular el malestar que llevo arrastrando varios días.

El aroma del café me resulta más intenso de lo habitual y el desayuno, que siempre disfruto, ahora me revuelve el estómago.

Luca se acerca, deja la taza en la mesa y me observa con atención.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, esta vez serio, con esa preocupación que no sabe disimular.

—No lo sé… —respondo, llevándome la mano al vientre casi sin pensar—. Últimamente todo me sienta mal.

Él se acomoda a mi lado, en silencio y pone su mano sobre la mía, cálida, firme.

—¿Quieres que vayamos al médico? —sugiere, y noto el leve temblor en su voz.

Niego con la cabeza, pero en ese instante, una idea se instala en mi mente, tan clara y repentina que me deja sin aliento.

—Creo que deberíamos ir a la farmacia…

Luca me observa, primero confundido, pero luego veo cómo la comprensión le cruza la mirada. Nos ponemos las zapatillas en silencio, como si temiéramos romper el frágil equilibrio de este momento, y salimos juntos a la calle.

El trayecto es corto, pero cada paso parece pesar el doble. Camino a su lado, sintiendo su mano apretando la mía con fuerza, como si así pudiera protegerme de cualquier verdad que esté a punto de descubrirse. En la farmacia, él se ofrece a pedir el test, pero finalmente lo hago yo, con un rubor inesperado en las mejillas.

De regreso a casa, ninguno de los dos habla. El pequeño paquete en mi bolso parece arder y cuando llegamos, Luca me mira con una mezcla de nerviosismo y ternura.

—¿Quieres que espere fuera? —pregunta, y sonrío, negando con la cabeza.

—Quédate —le pido.

—¿Crees que…? —pregunta, asustado y asiento, incapaz de articular palabra.

Nos quedamos en el baño, y lo único que se escucha es el leve crujido del envoltorio mientras abro el paquete con las manos temblorosas. Luca no me suelta ni un segundo y su pulgar dibuja círculos lentos sobre mi piel, intentando calmarme, aunque sé que él también está nervioso.

Sigo las instrucciones al pie de la letra y dejo la prueba sobre el borde del lavabo mientras nos sentamos juntos en el suelo, uno al lado del otro, con la espalda apoyada en la puerta. El tiempo se vuelve tan lento, que cada segundo parece durar una eternidad.

Luca rompe el silencio primero:

—Pase lo que pase, estoy contigo.

Lo miro y asiento, sin atreverme a hablar. Cuando por fin pasan los minutos necesarios, me levanto despacio y me acerco a la prueba. Luca se incorpora detrás de mí, tan cerca que siento su respiración en mi nuca.

Miro el resultado y, durante un instante, no logro asimilar lo que veo. Luego, la realidad me golpea: dos líneas marcadas, claras, inconfundibles. Me giro hacia Luca, con la prueba en la mano y los ojos llenos de lágrimas.

—Luca… —mi voz tiembla, pero sonrío—. Vamos a tener un bebé. Vamos a ser padres… —gimoteo, emocionada.

Él me mira, primero incrédulo, y luego se le ilumina el rostro con una sonrisa enorme y me abraza con fuerza, como si quisiera protegernos a los dos del mundo entero.

—No puedo creerlo… —susurra, emocionado—. Vamos a ser una familia, Valeria.

Nos quedamos así, abrazados en el baño, riendo y llorando a la vez, sintiendo que, después de todo lo vivido, el futuro por fin nos regala una nueva vida. Y aquí, juntos, empieza otra historia.



BIOGRAFÍA

Desde pequeña, **Flora Sanchetti** se sintió fascinada por las historias que desafiaban los límites de lo cotidiano, y pronto encontró en la escritura su forma de explorar los matices más oscuros y apasionados de la naturaleza humana.

Sus novelas, ambientadas a menudo en escenarios españoles y con tramas que giran en torno a la mafia y el romance oscuro, destacan por su capacidad para sumergir al lector en atmósferas cargadas de tensión y deseo.

Flora Sanchetti es una autora que disfruta reinventando finales, explorando cómo los entornos y los conflictos familiares moldean el destino de sus protagonistas. Sus historias, narradas frecuentemente en primera persona, son un viaje emocional hacia la búsqueda de identidad, independencia y autoestima.